

EL DIARIO DE TITO REACCIONA AVENTURAS EN CUBA

Vol. 1

DANIEL MARTIN SUBIAUT



LEER

LECTURA EMANCIPADORA EN REVOLUCIÓN



EL DIARIO DE TITO REACCIONA AVENTURAS EN CUBA

DANIEL MARTIN SUBIAUT

NICOLÁS MADURO MOROS
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

DELCY RODRÍGUEZ GÓMEZ
Presidenta Encargada de la República Bolivariana de Venezuela

ANA MARÍA SANJUÁN
Ministra del Poder Popular para la Educación Universitaria

AUTORIDADES UNIVERSITARIAS

TANIA VALENTINA DÍAZ GONZÁLEZ
Rectora de la Universidad Internacional de las Comunicaciones

FERNANDO BUEN ABAD DOMÍNGUEZ
Rector Internacional

WILMAN ANTONIO VERDÚ CANACHE
Secretario

LUIS MIGUEL DELGADO ARRIA
Vicerrector de Investigación y Creación Intelectual

TIBISAY ALEXANDRA LEÓN RODRÍGUEZ
Vicerrectora Académica

TAMARA VALENTINA DÍAZ GONZÁLEZ
Vicerrectora de Asuntos Internacionales

RAFAEL SIMÓN ROSALES BENÍTEZ
Vicerrector de Tecnología y Plataformas Digitales

PEDRO LUIS PENSO SÁNCHEZ
Director del Centro de Investigación Luis Acuña

FRANCIS JOSEFINA MARVAL GONZÁLEZ
Asesora jurídica:

KARELLY OLIVARES MOROS
Coordinación de Comunicación y Publicaciones VICI

MARCOS PÉREZ
Corrección de textos VICI

FONDO EDITORIAL LEER

COORDINACIÓN EDITORIAL: Alexandra Mulino
EDICIÓN CORRECCIÓN: María Virginia Guevara
DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN: JRC

El diario de Tito Reacciona: Aventuras en Cuba (Vol. 1)

©Daniel Martin Subiaut
©LEER, 2026

Se permite la reproducción de los contenidos, en cualquier formato, mecánico o digital, siempre y cuando se cite su fuente, se respete el contenido del texto, su autoría, y se mantenga esta nota.

ISBN: 978-980-8110-26-5
Depósito Legal: MI2026000264

FONDO EDITORIAL LEER
LA UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE LAS COMUNICACIONES.
Avenida Principal de Los Cortijos, zona Transversal 3, edificio Lauicom,
piso 1, oficina Rectorado. Caracas (Petare), Miranda 1071
vrinvestigacion@lauicom.edu.ve | +58 416 185 9658
REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

EL DIARIO DE TITO REACCIONA AVENTURAS EN CUBA

VOL. 1



Índice

Prólogo	6
DÍA 1 7 de agosto	14
DÍA 2 8 de agosto	24
DÍA 3 9 de agosto	33
DÍA 4 10 de agosto	41
DÍA 5 11 de agosto	54
DÍA 6 12 de agosto	63
DÍA 7 13 de agosto	72
DÍA 8 14 de agosto	85
DÍA 9 15 de agosto	95
DÍA 10 16 de agosto	103
DÍA 11 17 de agosto	109
DÍA 12 18 de agosto	123

Prólogo

Nosotros, como cubanos, tenemos el privilegio de contar con un itinerario auténtico tan intenso, tan cargado de momentos históricos, de figuras deslumbrantes, que nos llena cotidianamente de orgullo. Tenemos una figura como José Martí, en el siglo XIX, quizás el más grande escritor, poeta de su tiempo, y a su vez, el luchador antimperialista más preclaro, más lúcido. Nadie entendió a los Estados Unidos como Martí. Antes que él, tuvimos a Carlos Manuel de Céspedes e Ignacio Agramante, y después, a Rubén Martínez Villena, Julio Antonio Mella, Antonio Guiteras, a Fidel, a tantas vidas preciosas. Es decir, la historia de Cuba en todas sus etapas está poblada de mujeres y hombres verdaderamente extraordinarios.

Recuerdo el gran discurso de Fidel en 1968 cuando, enfrentándose a todas las lecturas dogmáticas y esquemáticas de nuestra historia, dijo que realmente estábamos celebrando cien años de lucha, y agregé “entonces nosotros habríamos sido como ellos, ellos ahora hubieran sido como nosotros”, y determinadas lecturas extremistas y sectarias se disolvieron ante esa mirada. La coherencia de un revolucionario es su mayor cualidad y eso se aprecia en este libro de aventuras que usted está a punto de leer, con un tono divertido, sí, pero con la hondura del amor más profundo a la libertad y a la soberanía.

No creo que muchos países tengan una historia tan rica en acontecimientos, y lo que Daniel Martín Subiaut propone, cobra un alto valor en un momento donde se está haciendo todo lo posible por borrar la memoria de los pueblos. Hoy toda la maquinaria de manipulación, las propias redes sociales, la publicidad comercial, toda la chatarra que

llueve sobre nosotros a través de los móviles, todo eso tiende a borrar la memoria, y muchas veces nos ofrece una versión tergiversada de nuestra historia. Hoy, la historia es un terreno de batalla y lo que ofrece esta publicación con Tito Reacciona y sus viajes a distintos momentos de nuestro pasado es muy importante, porque los enemigos de nuestra independencia, los colonizadores culturales, están permanentemente distorsionando la historia de Cuba.

La relevancia de este libro radica en el esfuerzo por promover el conocimiento de la historia en los más jóvenes, y logra transmitir altos valores de una manera entretenida y eficaz en términos comunicativos, porque tiene los códigos que se manejan hoy a escala global. Ese combate por la historia es esencial, tenemos que estar orgullosos de ella, defendiéndola de manipulaciones para evitar la amnesia inducida, aquella creada para que, cuando alguien desee mirar atrás, sólo encuentre una densa bruma que impida la conexión con nuestro ayer.

Sin embargo, este libro no sólo aborda lo nacional; cruza las aguas y nos hace hablar de Cuba y México como un símbolo fuerte. Vale mucho recordar que cuando todos los países de nuestra América, presionados por los Estados Unidos, rompieron relaciones diplomáticas con Cuba, México no lo hizo. El amor entre los pueblos es desde siempre.

Acabo de estar con el embajador mexicano, Miguel Díaz Reynoso, en Pinar del Río, entregando libros, donde fue abrazado por el pueblo vueltabajero. Nos ha estimulado y emocionado mucho la amistad mostrada por la presidenta Claudia Sheinbaum y por el pueblo mexicano, baste con ver lo que se hizo en el Zócalo de la capital azteca, recogiendo medicinas y alimentos para enviar a Cuba en un momento en que Trump impuso el bloqueo absoluto a la entrada de petróleo a nuestro país amén de las penurias resultantes para población de la perla de las Antillas, amenazando con altos aranceles a cualquier país que nos vendiera combustible. Aquella hermandad que permitió que México rechazara las presiones imperiales, se ha mantenido a lo largo de los años y, en estos momentos, que tenemos a este imperio decadente y fascistoide amenazándonos a todos, México se ha portado con inmensa dignidad.

Estoy seguro que un personaje cubano-mexicano que lucha por la justicia, la dignidad, la soberanía, la solidaridad, que utiliza las formas de decir de la infancia de hoy, tiene que ser un éxito. De una forma brillante, con los códigos de los superhéroes que la industria hegemónica emplea para someterlos, con ese instrumental perverso, se ha logrado articular una herramienta para la defensa de la emancipación y de valores universales. Tiene un enorme valor, porque es cubano y mexicano, pero también es de nuestra América, y tiene un componente universal. Recordemos que José Martí dijo “Patria es humanidad” y eso late en Tito Reacciona, como la piedra angular de su universo creativo.

La presencia de China es también destacada y simpática, con ese guía espiritual y mago milenario que es Xifu, que pone al protagonista a viajar en el tiempo para encontrarse con Celia, la cubana encantadora, en busca del sentimiento más noble, el amor. Los chinos tuvieron un valiente desempeño en nuestras luchas; dijo uno de los arquitectos clave del movimiento independentista de Cuba, y muy amigo de Martí, Gonzalo de Quesada, “nunca hubo un traidor, ni un desertor chino.” Las victorias de Cuba son también las de sus aliados, que no son pocos, pues este archipiélago ha sido punto de encuentro de muchas culturas, mezcladas en esa especie de ajíaco cultural, como diría don Fernando Ortiz.

Los países amigos serán de los primeros donde se va a abrazar este libro como un arma para combatir la manipulación, un arma que genera la libertad de la que habló Martí, cuando expresó que “ser culto es el único modo de ser libres”, pero esperamos que también llegue a los Estados Unidos para que su pueblo lea y nos conozca mejor. La mayoría de los estadounidenses nada tiene que ver con su gobierno, en incontables ocasiones ha llegado a La Habana con gestos de solidaridad, y estamos llamados a vivir como buenos vecinos, y como tales, compartir los libros, que tienen un poder extraordinario para avivar la mente y hacer pensar. Hoy podemos decir que la humanidad necesita libros, historias que edifiquen el espíritu mientras vivimos una ofensiva fascista anticultural. Tenemos que aferrarnos a la cultura. Tito Reacciona es parte importante de la cultura, pensada, diseñada, proyectada para los niños, adolescentes y jóvenes nuestros, y de otras latitudes. Aferrémonos a la cultura. Si esta humanidad tiene algún futuro es aferrándonos a la

cultura frente a la barbarie, al crimen, al egoísmo que hoy florece a un nivel despiadado; la respuesta antidoto ha sido, es y será fomentar una cultura del amor y de la solidaridad.

Hoy el odio se está intentando imponer como una especie de ley universal, la ley del más fuerte. Miremos lo sufrido en Palestina, el Líbano, Gaza e Irán. Son cosas atroces. Lo de las niñas muertas en Irán es dolorosísimo, así como ver que la humanidad lo contempla sin más; y uno se pregunta cómo evitar que se naturalice el horror, el crimen, la barbarie. Esta obra sobre Tito Reacciona, sin ser retórica en ningún momento, sin apelar al panfleto, desde una lógica en términos artísticos, muy sólida, muy clara, está trabajando por los valores universales que tenemos que defender.

¿Cómo ha ido avanzando la colonización cultural en nuestras familias? Mi experiencia como abuelo es reveladora. Tengo tres nietos, de distintas edades. El más pequeño, que es lactante, es el único libre de los peligros de este fomento tóxico. Con el de seis años, con quien tengo una relación muy intensa, tengo una anécdota que funcionará como anillo al dedo. Cuando estaba en un círculo o jardín infantil, totalmente estatal, donde los niños son de familias humildes, y en el preámbulo de un viaje que yo haría al exterior, le pregunté si quería algún regalo. Me pidió un muñeco del Capitán América, ¡que era como meter a Donald Trump en mi casa! ¿De dónde habría sacado ese personaje que es un símbolo tan ajeno a nosotros si está rodeado de niños tan pequeños como él, sin aparente acceso a esos contenidos? Evidentemente eso está en el ambiente, en el clima espiritual, donde una influencia no de la gran cultura de los Estados Unidos de Edgar Allan Poe o de Walt Whitman, sino mucha chatarra, que ha ido entrando en la Cuba de hoy. Entonces, a mi nieto le dije que le traería un superhéroe y le compré un Spiderman, que terminó aceptando. Se me ocurrió que era el más cercano a nosotros, porque tiene que hacer una telaraña, es como un artesano, tiene algo proletario. En ese entonces, aún no conocía a Tito Reacciona, que habría sido el juguete ideal.

Usar la industria de estos productos consagrados y competir a nivel internacional con nuestros valores es sabio, justo y necesario. Ha sido una asignatura pendiente. A mi nieto le gusta Elpidio Valdés, el clásico animado cubano creado por el Premio Nacional de Cine Juan Padrón;

le hacen mucha gracia los diálogos que se sabe de memoria, porque ese personaje, como Tito, tiene la chispa cubana. Ambos tienen puntos en común, a pesar de las diferencias estéticas, sí tienen ese sello de cubanía, que tanto conecta con la infancia nuestra.

Hablando de cubanos, de uno muy especial celebramos su centenario, Fidel Castro Ruz. Fidel pensó mucho en las jóvenes generaciones. Sus discursos para los pioneros hay que releerlos mucho. Él tenía el don de hablarles a esos niños, a esas niñas y adolescentes, sin jamás ser ñoño, sin usar diminutivos, nunca infantilizó su alocución y les habló de igual a igual, sin paternalismo, en ese estilo único de gran pedagogo, uno fuera de serie. Siempre se interesó por acercar las nuevas generaciones a la historia; los jóvenes tienen que conocerla bien para poder amarla. Está presente en este fascinante viaje de Tito, la invitación a comprometerse emocionalmente con nuestra causa, convertirlos en protagonistas y lograr una genuina participación en las acciones del día a día. Por eso va mi apoyo a este empeño, porque uno de los proyectos de nuestros enemigos tiene que ver con la brecha generacional, a la que no hay que temer, pero sí cuidar sin jamás prohibir el acceso a materiales artísticos o pseudoartísticos, porque se produce el efecto contrario, generando un mayor interés ante lo censurado. Así pasó en la Unión Soviética y ya vimos los resultados. Debemos abrirnos a todo y prevalecer por los anticuerpos que nos da la cultura. Entre las generaciones hay diferencias naturales. Son vivencias, motivaciones y formas de manifestarse distintas que debemos aceptar para crecer como nación.

Uno de los desafíos que tienen nuestros educadores hoy es que nuestros niños, adolescentes y jóvenes, sepan quiénes son los verdaderos héroes, porque los superhéroes con sus superpoderes pueden pretender sustituir a los verdaderos héroes. En estas aventuras, Tito Reacciona refuerza a los indiscutibles héroes. Gana Cuba, México y nuestra América en un momento en el que los demonios se están multiplicando. Está el impresentable y abominable emperador, que Roberto Fernández Retamar calificó como el “Calígula Atómico”, pero en nuestra región se está reproduciendo. Lo terrible es que jóvenes latinoamericanos están votando por demagogos fascistas, porque, como preguntó el ensayista argentino Pablo Stefanoni, “¿La rebeldía se volvió de derecha?”. El sentimiento de rebeldía que, cuando

yo era muy joven, lo encontré en el Che, John Lennon, en los luchadores contra la guerra de Vietnam, Bob Dylan, ¡esa era la rebeldía! ¿Y ahora quiénes son los rebeldes? ¿Los imitadores del emperador que engañan a millones en un constante show de redes sociales? La política se ha vuelto un reality show que, con su lógica, contamina la política en parte del mundo.

Por eso es tan necesario este libro, y que llegue a todas las naciones donde se quiera conocer la verdad y las razones de Cuba y su soberanía, con humor y criolla diversión familiar, avivando la invitación a siempre pensar de forma emancipada, nunca colonial.

Disfrute su lectura, y aunque un día llegue la versión cinematográfica que seguramente será excelente, viva a fondo la experiencia mágica desde las letras, donde usted protagonizará su propia película a través de esta obra inteligentemente escrita en primera persona, como quien existe dentro de un videojuego inmersivo y revolucionario en cuatro momentos de Cuba, entre el siglo XIX y la actualidad. ¡Buen viaje!

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

La Habana, 13 de abril de 2026

EL DIARIO DE TITO REACCIONA AVENTURAS EN CUBA

Agradezco a Dios por la inspiración.

*A José Martí,
su obra para los niños de tres siglos.*

*A Abel Prieto,
por la complicidad en esta aventura que también es para tu nieto.*

*A mis Titos, Ramón Alejandro, Milán y Daniela,
por ser los faros y amores de mi vida.*

*A Yane,
por conspirar con tanto arte y amor para mejorar mi universo creativo.*

*A todos los niños, de cualquier edad, que no conocen Cuba,
¡disfruten esta travesía!*

DÍA 1

7 de agosto

¡Hola amig@!

Muchas personas me han pedido mil veces un libro donde cuente mi historia, especialmente sobre mis orígenes y qué recórcholis hice en esas dos semanas que tuve que desconectarme de internet. ¡Wow! ¡No te lo vas a creer! Dejé de publicar qué cada simple cosa de mi día para vivir algo que bien merece un libro. Este libro, y quizás hasta dos, porque realmente hubo dos momentos contrastantes que habrá que ver si cabe en un solo volumen. Ya por el título tienes la primera pista de dónde estuve. ¡Esa isla en el Caribe tiene magia! Allí encontré piratas y guerreros que me llevaron a peligrosas aventuras, a pie, a nado y a caballo, combatiendo por ciudades, bosques, montañas y hasta bajo el mar... todo por mi primer amor. ¿¡Qué no haría uno por unos ojos verdes de la niña más linda del mundo!?

Me alegra tener este programa donde uno va hablando y se escribe todo lo que dices, porque realmente con tanta emoción no me veo escribiendo tanto. Me comería las palabras al pensar más rápido de lo que escribo; si ves que el texto suena a como hablo, pues ya sabes por qué. Siempre vendrá un editor —persona que corrige los textos y hará que todo se vea perfecto—, así que, si ves algún error, no es mío, jajajaja; en la escritura, digo, porque como niño al fin, errores cometo muchos. “Sin errores

no hay aprendizaje”, leí una vez y me dije “Esta frase bien vale un Pulitzer” —ya sabes, ese premio que le dan a los mejores periodistas del mundo— y empecé a usarla con mis padres, que sí, son los mejores padres del mundo y en cada error mío, me enseñaron a ver la oportunidad para hacer mejor las cosas.

Tengo por aquí apuntadas muchas preguntas recurrentes de mi vida...

¿Cuáles son mis apellidos? Un día dije que no lo diría y cumplo mi promesa, ¡pero supón que llevo el tuyo y así somos parientes! De igual forma, ya perdí el nombre hasta en mi escuela, pues todos me conocen como “Tito Reacciona”. Así le voy a poner a estos libros, EL DIARIO DE TITO REACCIONA, porque, aunque no voy a decir: lunes (blablablá), martes (blablablá)... sí voy a contar muchas cosas que me han ayudado a llegar aquí, como un adolescente de casi doce años, de carne y huesos, que ha tenido más aventuras que muchos superhéroes de ficción.



¿De dónde vengo? Bueno... ya todos sabemos cómo se hacen los bebés, esa parte es muy obvia, y las dos partes que se unieron para crearme —mis padres— se conocieron un 14 de agosto en la Ciudad del Sol. Ambos fueron sin cita previa a la Oficina de Licencia de Conducción, en el Mall de las Américas; les tocó estar casi tres horas en lista de espera, se vieron y se pusieron a conversar y listo, ¡amor a primera vista entre un cubano y una mexicana! “Se unió el azúcar con el picante” siempre dicen al contar cómo se conocieron. Esta frase, obvio, la uso mucho con ellos cuando me van a regañar duro y le digo “ustedes hicieron a un niño que es la mezcla del azúcar y el picante, no es culpa mía ser así” y siempre ríen con eso, y me dicen “sí, tú tienes mucho sabor”. Y sí, es verdad, me gusta verle el lado bueno a todo.

El siguiente 8 de febrero —medio año después de conocerse ellos— se estaban casando y, sacando bien la cuenta, yo estuve presente en la pancita de mi mamá, porque nací casi siete meses después con 41 semanas de gestación. Mi mamá se enteró que estaba embarazada una semana antes de contraer nupcias y según el video familiar, sí estaban divinamente felices en ese crucero rumbo a Bahamas. Mmmm, el mar siempre presente en mi vida.

Me cuentan que la salud en Estados Unidos era muy costosa para cubrir con todos los honores el parto de mi mamá, entonces mi papá encontró trabajo en el Instituto Latino de la Música, en la Ciudad de México, y esa primavera nos fuimos todos para allá. Al mediodía del 17 de agosto, nací en el Hospital Médica Sur, de la capital mexicana.

Mi primera infancia en México... tú sabes, uno ni se acuerda. Me cuentan que mi papá viajaba mucho y que cuando estábamos juntos, era todo intensamente feliz, como queriendo recuperar el tiempo perdido. Mi mamá, que es paleontóloga, estudiosa del pasado de la vida en la Tierra a través de los fósiles; encontró trabajo también en México. Por ahí tengo una foto, cuando en el nortño estado de Coahuila halló restos de un dinosaurio y me llevó a la exposición. Dicen que lloré muchísimo porque quería llevarme el dinosaurio a mi casa, pero ya sabes, eso era imposible.

Viví mi primer año en la Ciudad de México, pero ya después pasaba temporadas largas con mi abuela materna en la colorida Oaxaca y con abuelo materno en el musical Saltillo. Mi papá iba, al menos una vez al mes, para pasar tiempo juntos, y digamos que mi vida fue bastante normal hasta que, a menos de un mes de cumplir cinco años, hice mi primer viaje fuera de México.

El 21 de julio llegué a uno de mis tres países favoritos: Cuba. Volamos desde la capital azteca hasta La Habana, tierra donde había nacido mi papá; allí conocí a mis abuelos Ramón y Teresa, quienes no eran pareja desde hacía miles de años, pero cada quien, desde su

estilo, me dejó un lindo recuerdo familiar. Con mi abuelo Ramón estuvimos en la playa Guardalavaca, hermosamente cristalina, y en lo que mis padres se tomaron unos días de descanso —según ellos, en “segunda luna de miel” — mi abuela Teresa, una cubanaza súper divertida e incansable, me fui a un sitio donde tuve varias aventuras mágicas de las cuales casi no me acuerdo, incluso pensé muchas veces que todo había sido un sueño en aquel sitio llamado Viñales, en la provincia de Pinar del Río, a tres horas de la Habana. Ese país, pequeño en tamaño, tiene la magia de un universo entero.

Cuando regresábamos del extremo occidental de Cuba, mi abuela me dijo que mi papá le tenía miedo a ese sitio, y si de pequeño me llevé alguna idea de por qué mi padre huiría de ese sitio encantador lleno de mogotes y rara vegetación, ahora que ya fui siendo grande, le doy toda la razón. Ese sitio tiene demasiado misterio para los niños que llevamos la magia en el corazón. De hecho, mi papá huyó a la Habana cuando tenía mi edad para vivir con sus abuelos en la capital, porque no soportó la presión de tanta magia; pero despacio... esa parte de la historia la desarrollaré después. Sigo con lo que pasó a mis casi cinco años.

Me reencontré con mis padres en La Habana. Mi papá me contó que se había caído de un caballo llamado Comanche; que esperaba poder enseñarme algún día a montar caballos y que lo hiciera mejor que él, aunque dudaba que en la ciudad donde iríamos a vivir, pudiese aprender. Yo pensé que era otro sitio de Cuba, ¡pero no! ¡Celebraría mi quinto cumpleaños viajando por primera vez a New York! Yo diría que es mi sitio favorito en el mundo, porque tiene mezcla de muchas culturas, uno puede conocer de lo que desee sin salir de una ciudad. Aunque no sé, después de lo que viví en Cuba... ay, no sé... ya quisiera la Gran Manzana tener tanto encanto sobrenatural.

Cuando mi papá me dijo que nos quedaríamos en un departamento que había rentado para nosotros frente a Central Park

y que había sido transferido a la oficina del Instituto Latino de la Música en Estados Unidos, me sentí muy feliz. Ahora nos veríamos con mucha más frecuencia. Mi mamá también hallaría trabajo muy pronto. Tres días después de mi cumpleaños comencé a estudiar en mi primera escuela, la Public Elementary School 452, en la 210 West 61st Street, por si quieren ir un día y confirmarlo.

De primer grado a cuarto mi maestra fue Vilma Donaldson-Murray, una dulce y vigorosa anciana negra que me tuvo mucha paciencia, porque yo apenas hablaba inglés en mis primeros meses de clases. Hoy hablo bien ambos idiomas, y hasta un poco de mandarín gracias a mi amigo Liú, que es chino, y se sentó conmigo el primer día de clases. Fue chistoso porque ambos estábamos fritos en inglés, pero tuvimos excelente química desde el primer día.

Mi amistad con Liú se volvió gradualmente una hermandad, siempre fuimos más *brothers* que *friends*, a la hora de ir descubriendo el idioma de Shakespeare. Gracias a él entré a la cultura china de lleno. Me apasionaban sus colores, sus dragones, las artes marciales y su comida, y en especial, que los chinos son personas divertidas y muy familiares. Desde *Chinatown* —como le decimos al barrio chino— a mi casa hay poca distancia, así que fue sencillo envolverme en su cultura.

Desde segundo grado ya empecé a curiosear como youtuber haciendo videos cortos, bromas y retos no peligrosos. Los niños en la escuela no hacían otra cosa que hablar de ello. Cada año había viajado con mis padres desde Europa hasta Argentina y sentía que podía hablar de muchas cosas. Incluso era una forma de perder el temor o miedo escénico que sólo no tenía cuando tocaba mi guitarra y cantaba, pero desde que estando en tercer grado llegó Sofia —cabello rizado color oro con iluminaciones naturales casi blancas, ojos azules, pequitas, delgadita, con brackets de colores—, entró al salón de clases, uffff, y ella me dijo:

—¡Tito! ¡Vi tu canal de YouTube! Te comenzaré a seguir si me mandas un saludo en tu próximo video.

Yo me dije “¡TENGO QUE EMPEZAR YA EN SERIO!”. Sofía fue mi eterno amor secreto desde tercer grado, hasta que viajé a Cuba y descubrí a la niña más bella del universo, al menos de mi universo que a estas alturas todo saben quién es: ¡CELIA! Sí, sin dudas comentaré cada detalle de cómo nos conocimos y nuestras aventuras juntos antes de todo esto que es de dominio público, gracias a la serie que hoy se ve en todas las plataformas.

Regresando a mi escuela, realmente mis aventuras de primero a quinto grado bien llevan un libro aparte. Hay unas cincuenta anécdotas divertidas que, si en mis redes veo que hay muchas solicitudes sobre ese tema, seguramente habrá un libro con ellas. PERO, como lo que más me han solicitado es que cuente qué pasó en las dos únicas semanas de silencio en las redes, donde —por un lado— dejé de ser youtuber, es lo que haré ahora.

Te pongo en contexto, al comenzar como youtuber, me obsesioné con mi trabajo y los primeros temas fueron de mis viajes, entrevisté a artistas de moda, con los contactos de mis padres entrevisté a jugadores del *New York Yankees*, a actores de teatro y cine, bailarines del *American Ballet Theater* y de estilo libre en las calles, con la ayuda de Juana, mi nana que me cuida cuando mis padres no están en casa. No sé si he sido el primer niño en llegar a un millón de seguidores en YouTube, pero sin dudas soy de los pocos. Mucho trabajo y años me costó.

Ya en sexto grado, en el país donde vivo comienza la enseñanza secundaria —en muchos países en el séptimo grado— era la locura, porque usualmente los chicos llegan con temores allí. La mía, West End, quedaba cruzando la calle, en la misma 61 avenida, y me sentía cada día como una estrella de K-Pop entrando a la escuela. Claro, con los valores que me enseñaron mis padres, evitaba cualquier conducta pesada. Qué va. Al comienzo me

impactó duro el éxito de ser youtuber, tuve episodios de que me creía mejor que los otros, pero mis padres me regañaron y me pusieron una vieja película de Spiderman —quizás el superhéroe más famoso de esta ciudad— donde dijo: “Un gran poder conlleva una gran responsabilidad”.

Ese momento es inolvidable. Comprendí que tenía el poder de la comunicación, de influir en otros y cuidé mucho más lo que decía o hacía para que nadie se sintiera mal a mi lado y comprendí que la mejor manera de sentirme alegre era haciendo felices a quienes me rodean. No podía lanzar telarañas y llegar temprano a la escuela, pero sí podía llevar entretenimiento sano y conocimientos a mi generación. Pocas cosas son más poderosas que la educación, ¿verdad?

Mi zona escolar es muy dinámica y bonita. El río Hudson queda a tres cuadras, también el parque Riverside y el Lincoln Center, donde siempre me han llevado a conciertos. El edificio justo al lado de mi escuela secundaria —y frente a mi primaria— es la famosa AMDA (The American Musical and Dramatic Academy) que es una de las escuelas de artes para música y actuación más importantes del país y donde espero estudiar de adulto. ¡Todo en una sola cuadra! Ya veremos, aún para decidirme estoy un poco chiquito.

Cuando terminamos el curso de sexto grado, el pasado 6 de junio, me faltaban 21 mil seguidores para llegar al número soñado. A finales del mes, llegué a mi primer millón de seguidores, y sí se volvió una obsesión para mí. Quería llegar a ese número mágico y que Sofía al verme entrar a la nueva escuela, me dijera: “¡WOW TITO TÚ SÍ REACCIONAS, MÁS DE UN MILLÓN DE PERSONAS!”.

Y así viniera, me abrazara y me diera mi primer beso de amor. Sí, ese era mi gran sueño hasta hace muy poco. Estas vacaciones les dieron vuelta a todos mis planes de hace apenas dos meses.

Como fecha ideal para celebrar esto, me llegó la placa de YouTube el propio 4 de julio, fiesta nacional en USA como día de la independencia, celebrando que en la victoria ante los ingleses en 1776. Celebración en BBQ en la casa del tío Saade, que no es hermano en sí pero muy amigo de mi papá, desde allí vimos los fuegos artificiales, y me regañaron por no soltar mi celular. A la hora de comer había una regla de que nadie tomara el celular, yo entregué un celular viejo y llevé el mío escondido, pero se me olvidó ponerlo en silencio y cuando sonó mi mamá se enojó. Luego me llamó aparte y me hizo jurar que en la mesa jamás en la mesa volvería a usar un celular, que ya yo había terminado mi show y que, aunque estuviera de vacaciones, había un tiempo para YouTube y otro para la familia, y que, si la familia me permitía hacer eso, debía respetar el tiempo en el que no.

Mi papá, quien es mi mejor amigo, habló conmigo y también lo hizo con mi mamá. Quiso ser conciliador. Me dijo que era un buen niño, pero que me tomara con calma lo de los videojuegos y YouTube. Además, anunció que estaría de vacaciones por un mes entero, en dos semanas y que me ayudaría a poder transmitir desde otras partes del mundo.

¡Di un gran salto y le dije!:

—¡Genial! Al menos podríamos volver a México. Allí hay mucho que hacer. ¡O quizás un país distante y pintoresco como Estambul, donde está la catedral de SAN-TA SO-FÍA! Ya llegué al primer millón. Ya estoy enfocado en lograr el segundo millón a cualquier costo. ¡Mientras más cosas viva, mejor youtuber seré!

Al mirar a mi padre supe, antes que hablara, que yo había dicho cosas que no le habían gustado y me replegué haciendo la típica mueca con la boca, que siempre sale cuando sé que metí la pata. Mi mamá, con tal de no decir nada, con su rostro muy enojado, se fue y nos dejó solos. Mi papá aspiró profundo, como si llevara todo un reino de paciencia a sus pulmones, calló unos segundos, hasta que dijo con su típica voz suave pero terminante y firme:

—Ya veremos, Tito. No estoy contento con cómo estás llevando lo de youtube, ¡y tu madre menos! ¡Y tú lo sabes! Tienes que bajarle la intensidad. ¿Vas a hacerlo?

Yo bajé la cabeza, triste por el regaño, porque en el fondo sé que soy muy intenso y, a veces, prometo cosas y las olvido. Claro nunca esperé lo que vendría pocas semanas después, por no ser obediente.

El resto de esa noche me porté como angelito. Mi mamá, enojada, me miraba de lejos mirando a las estrellas, sin andar con mi celular, y se sorprendía. Pasó frente a mí tres o cuatro veces, y yo de verdad que me dije que no lo tocaría más, aunque lo acariciaba por fuera del bolsillo del short, donde lo llevaba. De pronto la vi delante de mí y preguntó:

—¿Y ese milagro que este niño no ande con su celular?

Le sonreí sin despertar mis labios, casi haciendo otra mueca, y dije en una mezcla sarcasmo y tono de broma.

—Nada. —Mirando a las estrellas para después no venga alguien a decir que el celular me controla. Yo soy más fuerte que él y lo dejo cuando quiera.

Ella, que me conoce mejor que yo mismo, sabe que solo estaba intentando por las muchas veces que me regañaban. Me dio un beso en la cabeza con mucho cariño, pero al despertarse de mí, me miró achinando los ojos y se llevó el dedo índice y el del medio en forma de V hacia cerca de sus ojos y después los acercó hacia mí, queriendo decir que me estaba observando. Yo subí las cejas y sí me salió una sonrisa abierta. Sabía que ella quería evitar problemas mayores de adicción digital, que sí... eso es lo que tenía, pero no quería reconocer.

Pasé dos o tres días tranquilo, siendo el niño que querían mis padres; hacía mis shows, pero acompañaba a mi mamá al cine a ver una película que me gustaba, fui con Juana al supermercado a ver si se me ocurría algo estando allí que pudiera verlo de una manera

distinta para un show y, claro, fui algunas veces a practicar Kung Fu con mi amigo Liú, ¡LIÚ! Después de mi papá, ese gordito chino es mi súper-amigo, mi hermano, creo que, si no manejé peor el stress, es porque cinco veces a la semana sacaba dos horas para practicar esa arte marcial. También hay que reconocer que también me esforzaba más para todos los viernes demostrar cosas nuevas desde esta disciplina, cuando hacía el programa en vivo

Pero habiendo pasado poco después de una semana, exactamente el 14 de julio, ya me empecé a portar mal, o como dijo Juana mientras me ayudaba a hacer mis maletas cuando iba a las vacaciones que no pedí: “No fue lo malo que hiciste, pero esa fue la gota que derramó la copa”.

Mañana contaré lo viví aquel día, cuando explotó la crisis que me dio la oportunidad de tener ¡las mejores vacaciones de mi vida!

DÍA 2

8 de agosto

¡Hola!

Como ya empiezo a contarles todo lo que pasó en esas dos semanas de silencio digital, tomaré un tono más novelesco, detallando los hechos desde el día que cambió todo, hasta que regresé a la Gran Manzana. Algunas de las escenas que contaré no las viví en persona, pero sí las pude recuperar de la cámara de seguridad en la sala de mi casa, porque otra persona que sí estaba allí me lo contó o porque simplemente vale la pena decorar la historia con un poco de imaginación y hacer más redonda la narración de las vacaciones más llena de aventuras que los ojos de un niño han visto. ¿List@? ¡Así comienza!

Aquel 14 de julio, en la ciudad de Nueva York ya habían pasado las horas más calientes del día, y el número de visitantes se multiplicaba en su polivalente y atractivo Central Park. Miles de turistas y habitantes disfrutaban de las múltiples atracciones en aquellos 2342 metros cuadrados que servía de gimnasio, donde yo había estado corriendo en la mañana con Juana. El inmenso parque queda frente a mi casa, incluso —como feliz coincidencia— en el mismo hay una estatua del héroe nacional de Cuba: José Martí, del cual me ha hablado mucho mi papá cada vez que pasamos frente a su imagen. Martí vivió muchos años en esta ciudad y además de ser una persona que luchó por la libertad de Cuba, también era un gran

poeta y escribía para los niños. Te tienes que leer *La edad de oro*, uno de mis libros favoritos, escritos por él.

Luego de la caminata, fuimos al edificio donde vive Liú, en la céntrica Canal Street, la calle principal del barrio chino de New York —un sitio alegre y bullicioso, lleno de pequeños negocios decorados con brillantes colores—, y de allí estuvimos tres horas practicando Wushu, parecido al Kung Fu, que es una de mis pasiones de siempre. Luego nos caminamos a pie hasta el tercer piso de mi edificio verde, donde me duché, puse ropa limpia y escribí los puntos que no debía olvidar para mi transmisión de esa tarde por YouTube.

Tan pronto llegó mi mamá, se fue Juana y me dispuse a comenzar aquel maravillo show sobre los Juegos Olímpicos desde mi habitación.

¿Cómo es mi habitación? Mide tres por cuatro metros, más o menos, y está pintada de azul pastel. Tiene una cama mediana, con una mesita de noche a cada lado. El lado izquierdo tiene una ventana que da al Parque Central y el lado derecho un mueble de madera, con varios niveles, donde tengo dos lamparitas para mejorar la iluminación en las transmisiones, mi laptop con una cámara pequeña extra conectada encima. Sobre ese mueble, que tengo desde que nos mudamos —primero fue de mi papá— tengo mis libros de la escuela y mis favoritos, así como esculturas de cerámica fría de personajes como el Rey Mono, un dragón y un león chinos, samuráis y ninjas; también de Elpidio Valdés —un personaje animado cubano—, Malfada —un personaje animado argentino— y los clásicos de Disney, que también me gustan. También hay miniaturas de la Torre Eiffel, de la Estatua de la Libertad, el faro del Castillo del Morro de la Habana, la Pirámide del Sol en México, el palacio imperial de China y un portarretrato donde aparezco con Liú, cuando teníamos cinco años y apenas sabíamos saludarnos en inglés. En la pared tengo dos guitarras, una electroacústica y espero este año poder recibir una eléctrica, en mi cumpleaños.

Encendí las dos luces laterales que descansan sobre el mueble de roble. Probé el sonido diciendo el clásico UN, DOS, TRES y viendo que llegaba bien la señal a la laptop. Me miré en la pantalla, y levanté un poco más mi melena peculiar y cerré mis ojitos, buscando la mayor concentración para empezar con todo el ánimo del mundo al presionar el botón rojo para salir en vivo a todo el planeta.

“¡Hola! ¡Hola! ¡Mis amigos! ¡Qué divertido reunirme con ustedes cada día desde mi canal! It’s so fun, right!”.

Así comenzaba mi show ese día mientras cada segundo iba subiendo por cientos las personas que se conectaban. Gracias a un programa de traducción simultánea, podía hablar en español y ser comprendido por todos los niños del mundo, que me escuchaban en su propia lengua.

Mientras tanto, en la cocina mi mamá estuvo preparando una cena especial, pues mi papá regresaba de un viaje corto y ella siempre lo recibía así, con su famosa “sazón de mamá”. Si bien usaba un delantal colorido con una recreación de una obra de Frida Kahlo, debajo conservaba su ajustado vestido rojo y tacones que daban tanto realce a su atlética figura de 33 años; su cabello claro y ondeado lo llevaba recogido en una cola, lo que hacía que su hermoso rostro y largo cuello la hicieran ver como una reina joven, aunque en la casa era hábil en las cosas de la casa, como toda latina multifacética.

Sobre la mesa había ya una fuente con papas dulces con malva-viscos, otra de ensalada de brócoli y zanahorias, junto a otras dos con arroz blanco y frijoles negros cocidos, respectivamente; y, claro, un comal con tortillas mexicanas y una jarra de jugo de frutas tropicales.

Cuando ella supo que mi papá ya estaba entrando al edificio, descolgó su botella de vino favorita y lo esperó detrás de la puerta como niña traviesa, no sin antes decirme.

—¡Tito! Tu papá ya está subiendo, ¡vente a cenar!

Yo la escuché a lo lejos, pero —honestamente— no le hice caso, aparte ya casi estaba terminando el show. No me iba a demorar más de tres o cuatro minutos, al menos eso pensaba. Ellos se saludaron con mucho amor y entre risas, se sentaron a la mesa a conversar, mientras mi papá —ya canoso a sus 42 años y vestido aún con pantalón, camisa y chaqueta— sirvió vino en las dos anchas copas que estaban sobre la mesa preparada para nosotros tres.

Él colocó la botella de vino sobre la mesa, sirvió jugo en mi vaso, y mirando a mi mamá brindaron sonrientes. Él contempló la mesa y dijo, galante a mi madre.

—Se ve delicioso, te esmeraste... ¡otra vez! —Ella sonríe. Huele una pequeña fuente en la que se ve una salsa.

—Tu salsa también huele rica.

Mi papá la había comprado hacía una semana en uno de sus viajes y ella quiso ser tan cariñosa como él. Aquí entré como tema de conversación, cuando mi papá miró mi silla vacía y el reloj de pared montado en la pared del comedor, él preguntó.

—¿Y cuándo Tito vendrá a cenar? Sé que no me dio un beso de bienvenida porque a esta hora está terminando su *live*, pero se ha pasado ya unos minutos.

Ella bebió otro sorbo de vino, acopió paciencia y haciendo una de las muecas que yo hago cuando no tengo nada feliz que comentar, dijo.

—No sé, ya es demasiado esto de Tito con internet. Casi ya nunca practica Kung Fu con su inseparable amigo Liú. Hoy fue porque le insistí, pero de cinco veces a la semana, a veces sólo va dos.

Mi papá le sonrió con cariño y achinando los ojos, le dijo, buscando relajar la tensión que mi mami acumulaba gracias a mis excesos con todo lo digital.

—Me gusta Liú. Es un niño inteligente y chistoso.

Ella asintió con un ligero movimiento de cabeza, miró el reloj de pared y alzó la voz produciendo un eco en el departamento.

—¡Tito! ¡Órale!

Yo, con mi guitarra sobre la pierna derecha, sonreí a la cámara, proyectando indiferencia al llamado, aunque por dentro sabía que estaba en problemas. Algo que se confirmó con un segundo llamado un par de segundos después en su voz dulce, pero poderosa.

—¡Dinner time!

Sabía que en cualquier momento ella llegaría a mi cuarto, se pondría delante de la cámara y aquello me haría pasar la mayor vergüenza de mi vida. Juro que la vi venir. ¡Qué miedo! Entonces decidí terminar la transmisión de la manera más histriónica, en un tono más alto de lo normal para que mis padres escucharan en el comedor.

—Mañana hablaremos de los Juegos Olímpicos. Dime qué deporte te gusta. A mí me encanta correr con mi papá y con Liú, un chinito amigo mío que está un poquito loco.

Tomé el cuadro de la foto con Liú, con un movimiento intrépido, di una vuelta de 360 grados en mi silla giratoria y me despedí alzando la mano derecha, mientras con la izquierda mostraba la foto con Liú. Activé la cuña con la música identificativa del programa y cerré con la frase de siempre.

“TITO. ¡Chao! ¡Nos vemos mañana en otro video de Tito Reacciona! ¡Porque el saber tiene mucho sabor!”

Se había terminado todo. Estaba feliz y aliviado. Acomodé la foto con Liú, justo al lado de la placa que me certificó mi primer millón de seguidores. Tomé mi celular, lo metí en el bolsillo y por un momento lo iba a dejar en el cuarto, a sabiendas que estaba prohibido llevarlo a la mesa, y quizás lo hubiese sacado del bolsillo, pero escuché el último grito femenino antes de un posible caos. “¡Tito!”

Entonces ya no lo saqué de mi bolsillo, alcé los ojos en son de molestia, y salí de mi habitación diciendo. “¡Ya voy mamá!”.

Le di un gran abrazo a mi papá, un besito a mi mami buscando disculpado. Ellos estaban románticos y realmente estaban menos molestos por mi ausencia de lo que suponía. La comida se veía deliciosa, comencé a servirme, luego a comer, pero mi celular empezó a vibrar y me ganó la curiosidad. Sostenía con una mano el tenedor lleno de comida, descansándolo en el plato, mientras, con discreción, debajo de la mesa, aguantaba el teléfono con la otra mano y leyendo atentamente abajo, mientras mis padres hablaban coquetamente y se lanzaban halagos.

—Decididamente el pavo te quedó delicioso, como siempre.
—Dijo él, aún terminando de masticar, con su tono pastoso. Ella, totalmente conquistada le seguía la rima.

—¿De veritas de veritas?

Alcé por un momento la vista para ver su reacción; asintió seductor, mientras se llevó un poco de pavo a la boca y lo saboreó como si fuera lo más rico del mundo, mientras mi mamá suspiraba.

Volví mi atención al celular, aunque mis oídos estaban pendiente a cualquier pregunta con tal de que no supieran que estaba rompiendo esa regla con el celular oculto.

—Claro, mi amor. Tu pavo es único. —Le dijo mi papá con un tono más grave, como de galán, y me preguntó.

—¿Verdad, Tito? —Disimulé, levantando la cabeza, sonriente y asintiendo.

—Sí, sí...

Mis padres, ajenos a mi arriesgada travesura, me sonrieron. Sentí mucha paz al ver que no se habían dado cuenta. Entonces él sentenció, al decirle sonriendo, mientras yo volví a bajar la vista.

—Eres una cocinera Master Chef.

Por un momento me enfoqué en la pantalla del celular y me traicionó la emoción al ver tan grande noticia, dejé una explosión de entusiasmo, solté el tenedor y alcé el brazo exclamando con el celular arriba.

—¡Sssssí!

Ellos, sorprendidos, miraron al teléfono y bajaron sus ojos al unísono hasta clavarlos en los míos. Uffff... ni me había dado cuenta que yo mismo lo había puesto a la vista de todos. Hubiese querido ser avestruz y poder meter la cabeza en la tierra. Mi papá me miraba queriendo ayudar, expresando “suelta el celular, mira a tu madre cómo está cansada de eso”, juro que eso escuché mirándolo, aunque no sonó palabra alguna.

Me sabía descubierto, lo miré, entendiendo la señal dada y con disimulada sonrisa, sin atreverme a mirar a mi mamá, bajé el brazo queriendo llevar el aparato a un bolsillo de mi short, al tiempo que cargaba el tenedor con comida y se lo llevaba a la boca.

Ella, con mirada de hastiada, me hizo la peor pregunta del mundo.

—¿Estás con el teléfono?

—Como con la boca llena no se debe hablar—. La miré y le sonreí a modo de disculpas, como que no pasaba nada. Pero sus ojos mostraron que aquello acababa ahí, que esta vez ya no sería paciente y que algo grande pasaría. Terminé de tragar, casi con la garganta seca, respiré profundo y dije en un tono muy dulce.

—Es que mis seguidores están contentos... y una empresa quiere hablar con ustedes para...

Mi papá, en solidaridad con mi mamá, me interrumpió simulando estar enojado; lo conozco bien, y me dijo esto evitando que ella dijera algo peor.

—¿Cuántas veces te hemos dicho que el teléfono en la mesa no?

Pero de nada sirvió, ella soltó su tenedor, y dijo en un tono bajo pero doloroso.

—Estoy harta de eso, Tito...

A lo que intenté justificarme con extrema delicadeza, con tono pacificador.

—Pero... si estoy de vacaciones.

De nada servía lo que dijera.

—Ahora mismo estás en la mesa. ¡Hora de pasar un rato en familia!

Mientras ella hablaba, oprimía los puños queriendo contener mi ira y apretaba los ojos, pero se me soltó la lengua, desencadenando mis argumentos y el stress se apodera de sus gestos y expresiones.

—¡Si quiero convertirme en un gran influencer, necesito subir mucho contenido! ¡Sorprender a mis seguidores!

—Pero es que estás todo el día detrás de tus seguidores, o con los videojuegos. —Respondió ella. Calló por dos segundos. Expiró mientras se llevaba una mano al cabello, queriendo relajarse. Tampoco le gustaba verse mal delante de mi papá, y preguntó.

—¿No conoces a niñas bonitas? ¿No te gustaría enamorarte?

Aquello me pareció un comentario inoportuno y seguro hice un gesto de rechazo con el rostro. Las chicas tampoco eran mi prioridad.

—No pienso en eso mamá... soy un youtuber... Soy...

—Un niño maravilloso que ahora va a dormir. Right? —Decretó ella, amorosa pero seria, interrumpiendo mi reacción. Mi papá me acercó una mano con la palma hacia arriba; con la otra, se-

ñaló al cuarto. Lo hizo de una forma que yo sabía que era imposible tratar otra opción.

—Teléfono. Time to sleep.

Los miré sorprendido, con sentimientos encontrados, sabiendo que tenía que obedecer, resignado, pero me sentí incomprendido, sin que ellos tuvieran la empatía sobre mi gran responsabilidad de la atención de un millón de personas. Entregué el teléfono a mi papá y me fui refunfuñando, primero entre dientes y después dejé escucharles mi sentir, mientras llegaba a mi cuarto. Y sí, lloré de rabia. ¿A qué niño le gusta que lo castiguen?

—It's not fair! Es lo que más me gusta en el mundo y me lo acaban de quitar.

Luego, cuando ya quise hacer este libro revisé las cámaras de mi casa, me di cuenta que estaba bajo demasiado stress y debí cumplir las reglas de mi familia. Mis padres se miraron superados de la situación, sabían que yo estaba fuera de control.

—¿Ya viste como está de gacho? Todo el día estresado por el internet. —Dijo ella, mientras mi papá, un hombre muy sabio, propuso la idea que desencadenaría el contenido vital de este libro.

—¿Y si lo llevamos con el tío de Liú? Es un buen psicólogo.

Mi mamá reaccionó indecisa. Tomó la copa de vino, bebió mientras procesaba la propuesta y pensó que no era mala idea e hizo un gesto para brindar por ella, que fue correspondido por él.

DÍA 3

9 de agosto

Al otro día estaba sentado en una butaca de la oficina de la consulta del psicólogo, aunque para mí era “Raymond, el tío de Liú”, quien siempre era el más chistoso de las fiestas familiares, aunque poco o nada le entendía porque sus bromas todas eran en mandarín. Obvio, esta consulta la tuvimos en inglés y como este libro lo estoy dictando en español, haré la versión en este idioma. Antes he usado frases cortas en inglés, dado que en mi casa se usan ambos y es bueno que los amigos que leen este libro igual las aprendan para aumentar su cultura.

Supongo que lo estaría mirando con una expresión similar al gato con botas pidiendo clemencia. Él, aún joven, con lentes de pasta verde, vestido con mucha formalidad, no parecía tan simpático aquel 15 de julio, detrás de su amplio buró de madera. Me miraba parco, con ojos a media asta, como si me escaneara. Miré a mi dulce pero firme mamá, quien me miraba con amor, pero moviendo la cabeza hacia los lados, proyectando negación a que dejara de rogar con los ojos.

—Me siento bien doctor. Soy un niño feliz. —Le dije, tratando de mostrarme bromista, me incliné hasta el límite de mi butaca y hablé en un tono más bajo, como para que no escuche mi mamá.

—Los adultos no entienden a los niños... sólo ustedes los especialistas. No tengo problemas con mi celular.

Miré a mi mamá y ella estaba enojada por mi comentario. Le sonreí con una muequita, a modo de broma. Ella sabía que estaba luchando por no ser desconectado de las redes y me miró seria, como diciendo “no seas payaso, Tito”. Juro que lo entendí clarito.

El doctor mira firme al muchacho, dudando acomodó sus lentes de pasta. Lo miré con una amplia sonrisa fingida, otra mueca, ya que no me iba a poder salir una real con tanto stress en mí por todo lo que pasaba. Por debajo de la mesa, tamborileé con mis dedos sobre los muslos, y movía los pies con nerviosismo y aquello, supuestamente imperceptible para mí, se notaba a todas luces.

—No lo creo. Puedo sentir demasiado stress debajo de la mesa. —Raymond expresó, mientras me clavaba sus ojitos, como quien está a punto de dictar sentencia en un juicio. Detuve todo movimiento, creo que hasta aquello me cortó la respiración por varios segundos para evitar empeorar mi situación y sólo sonreí, con la última gotita de esperanza que me quedaba. Él se ajustó sus espejuelos y dio su tiro de gracia al decirme:

—Lo siento, Tito, pero realmente necesitas descansar. No demasiado. Dos semanas máximo.

Todo aquello me dio vueltas. La frase “dos semanas máximo” me mareó, retumbando en mí como si yo fuera el protagonista del cuadro EL GRITO del noruego Edvard Munch. Búscalo en Google ahora y verás, literalmente, cómo me sentí. Me sentía en el aire, triste, enojado, me mordí el interior de la boca, aspiré profundamente y sí, me salieron dos lagrimes. Pensé que aquello era el fin de mi carrera de youtuber y dejé caer la cabeza, derrotado por estos adultos que no entendían mi compromiso con los otros.

—Practica más Kung Fu con mi sobrino, ve a otro sitio con tus padres. ¡Estás de vacaciones!

Su mano levantó el sello que estampó “Raymond Liu Psy.D” en una prescripción médica, que, además de mis datos, agregaba su decisión de dos semanas de desintoxicación digital. Luego me contó mi madre que yo estaba hundido en el butacón, con cara de “la vida no vale nada” miraba a ambos; me sentía superado, negaba con la cabeza. Agarré la capucha de su suéter, me cubrí hasta los ojos y me puse de pie, apoyándome en los brazos de la butaca con ánimo de zombie.

Raymond, de pie, le entregó la prescripción a mi madre. Ella, también de pie, le sonrió agradecida, esperando que aquella solución funcionara.

—Gracias doctor. Todo estará bien con Tito.

—Bien frito está Tito. —Dije con expresión de zombie irreverente.

Mi mamá me miraba exigiéndome silencio y respeto. Raymond, queriendo ser cordial como en las fiestas familiares, me sonrió y me puso el puño para un saludo de despedida. Lo miré como lo haría un zombie sin alma, con desgano, choqué el puñito con el del médico y, destruido, arrastrando los pies caminé hacia la puerta que sostenía ella.

Camino a mi casa cayó un aguacero copioso, llovía fuera del auto y dentro de mí. No quería ni mirar a mi mamá. Sólo vi una vez sus ojos desde el espejo retrovisor y la noté triste. Hoy entiendo que sufría como yo, y que realmente lo hizo por mi bien, pero en ese momento, uff, el mundo se me vino encima.

Una hora después, sentado en la cama, miraba a través de la ventana de mi habitación. Seguía lloviendo, ya menos fuerte. Sabía que mi tableta electrónica estaba justo detrás de mi espalda, sentí cuando mi mamá la puso allí. Ella me habló desde el umbral de mi habitación, con cierto dolor oculto, mas mostrando resistencia, casi me ordenó:

—Sólo tienes un ratito para despedirte de tus seguidores.
¡Órale!

Sin voltearme, llevando una mano detrás de mi cintura, tomé la tableta y le hablé a mi mamá, tratando de seducirla, suplicante, en un último intento.

—¿Puedo quedarme con mi tableta, para jugar algunos juegos?

Al decir esto, uno de los juegos de la tableta se activó. Sin esperar respuesta, empecé a jugar emocionado. Esos segundos, escuchando los sonidos desde la laptop fue lo más bello del mundo; hasta que vi los pies de ella en el suelo, delante de mí, levanté la vista y ella, haciendo leves gestos de cabeza, terminó con mi felicidad instantánea y me ofreció mi celular para hacer lo último que yo desearía.

—No, Tito. Ya despídete.

Resignado y molesto, dejé de jugar, puse la tableta a mi izquierda, sobre la cama y tomé el celular. Ella salió de la habitación, dándome espacio. Desbloqueé el celular y haciendo pucheros, comencé a escribir, realmente triste y desganado. No sé cuánto me tardé.

Ya era de noche. En la sala, mi papá estaba vestido con su viejo kimono de seda azul; de la batidora sirvió batido de mango en dos vasos grandes de cristal que estaban sobre la meseta. Mi mamá llegó a hacia él abrazándolo por detrás con rostro apesadumbrado.

—Me duele verlo así. Ni quiso cenar.

Él tomó los dos vasos, dándole uno a ella, que ya se había movido a su costado.

—Ya entenderá que es por su bien.

Dijo él para después beber de su vaso. A ella le costó beber, callaba reflexionando con la mirada baja, hasta que la alzó explorando una solución.

—¿Por qué no aprovechas que tú también estás de vacaciones, y se van a un lugar distinto, cálido, con playas... sin tanto lío de internet?

Él, aun bebiendo su jugo, la miró con una mueca de interrogación. Bajó el vaso, dejando ver un pequeño bigote naranja de batido y preguntó en broma.

—¿Tahití, Bora Bora...?

Ella no estaba para chistes. Ni siquiera se rió de la gracia por seguir inmersa en un mar de ideas, hablaba moviendo las manos de maneras exageradas, como pensando en voz alta.

—Qué sé yo... hay que pensar...

Y terminando aquella frase, con el movimiento de su mano derecha chocó con un imán pegado al refrigerador, donde había muchos de ellos con nombres e imágenes de países y ciudades, echando al suelo aquella magnetizada imagen que cayó entre las sandalias de ambos. Era verde, con la silueta de una isla y la palabra CUBA en rojo.

Mis padres miraron al piso y levantan la vista al unísono, como iluminados. Mi papá, de pronto tuvo dudas de si sería una buena idea, pero a ella le encantó, casi brincaba emocionada. Él agarró el imán del piso y dijo, todavía indeciso.

—Está lejos, y no vas a poder ir.

Ella le restó importancia, sonrió feliz e hizo un gesto subiéndole los hombros. Más bien comenzó a hablarle de manera muy coqueta.

—Igual tengo mucho trabajo... y este viaje no es por mí, es por Tito... además, por fin podrías enseñarle... tu país.

Mi papá no estaba aún convencido, puso el vaso sobre la meseta. Sabía que muchas veces había dicho que alguna vez debería regresar allá

con Tito, que los abuelos paternos no lo habían visto en varios años, pero, sobre todo, tenía claro que cuando a mi mamá se le mete una idea en la cabeza, no paraba hasta lograr que él la hiciera. Ella colocó su vaso junto al de él, lo miró con tono muy cariñoso.

—Ese viaje le vendría muy bien.

En ese momento yo salí vestido con mi pijama azul y me acerqué sin que me vieran, iba triste y molesto con el teléfono y la tableta en la mano. Mis padres estaban en su burbuja. Él miró el imán elevándolo a la altura de sus hombros y su mano encuentra el tórax de su esposa que se le acercó, más coqueta, y sonrió zalamero a su mujer.

—¿Si compro los boletos ahora mismo, esta noche cena Pancho?

A lo que ella aceptó, sonriendo en grande. Yo no entendía nada de lo que hablaban, estaba al lado de ellos y me ignoraban; sólo les hablé para darles los aparatos.

—Aquí tienen. —Ellos se voltearon al verme, sonrientes. Mi mamá sostuvo lo que le di. Ellos se veían raros, yo ya tenía hambre y sólo dije.

—¿Yo también puedo cenar con Pancho?

Se rieron. Nada comprendí. Seguro que era algún chiste de adultos, como siempre que hablaban con esas risitas; pero sí me hicieron mi sándwich antes de irme a dormir.

Dos días después estaba asomada mi mamá, gritando a la acera donde estaba con mi papá.

—¡Se me cuidan! ¡Tito, cuida a tu papá que es más travieso que tú!

Él venía arrastrando dos maletas con rueditas, yo llevaba una mochila en mi espalda. Ambos vestíamos con ropas deportivas. El día estaba hermoso. Yo, muy poco entusiasta, alcé la mano, respondiendo

a mi mamá con un ligero saludo, sin voltearme; ¡es que ya ella me había dicho adiós nueve veces en menos de media hora!:

—Chao mamá.

Mi papá se volteó y agito su mano con entusiasmo por última vez.

—¡Cuídate, mi amor!

Antes de que ella me fuera a volver a decir adiós, me monté en el taxi amarillo que nos esperaba junto a la acera, mientras mi papá subía la puerta del maletero para guardar las maletas. Me acomodé en el asiento trasero izquierdo, poniendo mi mochila en el centro; me abroché el cinturón de seguridad y entró mi papá, sonriente, al auto.

—¿Listo? —Me preguntó. En broma, negué con gestos de cabeza. Él prefirió no estresarse conmigo e hizo un gesto al chofer para que pusiera el taxi en movimiento.

Ese traslado hasta el aeropuerto JFK lo sentí como una verdadera despedida de Nueva York. Mucho había viajado, pero nunca como un castigo. Todo me sabía feo y triste; con esa emoción observaba por mi ventana el icónico edificio Empire State, la no menos célebre Estatua de la Libertad, y tantos otros sitios que pude ver despacito, porque el tráfico en esa ciudad es siempre un dolor de cabeza.

Ya dentro del aeropuerto todo fue sencillo. El vuelo saldría a tiempo. Nos sentamos en dos amplios asientos, quise estar en la ventana para distraerme. Era increíble ver mis manos sin celular, mis bolsillos vacíos. Increíble. Mi papá hacía su mayor esfuerzo a ver si yo levantaba mi ánimo.

—Será un viaje divertido.

Yo ni lo miré, sólo refunfuñaba, negaba aquello con ligeros gestos, observando a la nada desde la ventanilla, hasta que escuché algo en un gran tono de complicidad.

—El doctor dijo que nada de teléfono... pero te tengo una sorpresa.

¡Mi rostro se iluminó! Con una sonrisa expectante, me volteé de inmediato hacia él con los ojos llenos de expectativas y lo abracé. Él me hizo un gesto que lo sabría muy pronto, pero ahora no. Aquello me dio esperanzas.

El avión despegó. Sería un viaje directo de casi cinco horas y me recosté sobre mi papá para dormir. Él leía *El Evangelio de Sofía*, me besó en la cabeza y no recuerdo más nada de ese vuelo hasta que mi papá me despertó. Ya se veía tierra firme, un campo muy verde, sin edificios. Era muy pequeño desde mi vez anterior, ahora descubriría otra Cuba, porque seguramente aprovecharía ese viaje que no busqué a un lugar tan atípico, que también estaba en mi sangre, gracias a mi papá.

¿Qué iba a aprender de mí mismo estando allí? ¿Qué podría descubrir del pasado de mi papá que, si bien me había hablado de José Martí, nunca lo hizo de su infancia cubana? Como yo no tenía celular, no tuve tiempo de buscar información sobre ese país que, hasta ese momento, era un enigma total.

DÍA 4

10 de agosto

Salimos muy rápido al exterior del aeropuerto. Había una amplia diversidad de taxis, ¡lo nunca visto! ¡Desde 1950 hasta modernos! Había mucho calor y humedad, que iba bien con los rostros de los que nos recibían como turistas, con amplias sonrisas. Mi papá me había confesado que primero tendríamos un par de días en La Habana, antes de irnos a la casa de mi abuela a quien le daríamos la sorpresa de nuestra llegada, para que no me preocupara al no ver que ningún familiar nos estuviera esperando. Fue bueno saberlo con antelación, porque noté que los familiares cubanos al reconocerse en ese aeropuerto se daban efusivos abrazos y lloraban de emoción; nunca había visto tanta euforia en las bienvenidas y mentalmente me preparé para cuando viera a mi abuela Teresa, seguro me apretaría en su rollizo cuerpo y me cubriría de besos.

Desde que salimos del lobby de la terminal, vi un carro clásico convertible rosado parqueado junto a la acera y recostado a él, había un señor obeso, con un ancho sombrero pintoresco y una camisa hawaiana amarilla con flores rojas, ¡un foco! ¡Era imposible no verlo como una boya en la playa! También se dio cuenta de que llamó mi atención y casi estábamos frente a él cuando me miró directamente, por encima de las gafas de sol que casi tenía en la punta de la nariz; abrió los brazos y nos habló con una poderosa y aguda voz nasal, casi de pito, que nada pegaba con su físico.

—Welcome to Havana! Classic car! ¿Pa' dónde vamos?

—Para la Habana Vieja. —Dijo mi papá, mientras me observaba contemplando como si estuviese viendo algo demasiado raro.

—¿Te gusta este carro Tito? —Me dijo. Me giré hacia él, abriendo los ojos como luna llena y dije a ambos adultos.

—¿Nunca vi un carro como este. Es lindo, pero debe ser muy viejo.

—¿Dile antiguo. “Viejo” suena barato, y esto es una joyita. —El chofer me dijo, sonriente, con su voz de flautín que le daba gran comicidad. Me encanta ese ambiente feliz y le aseguré a mi compañero de viaje.

—¿Sí, papá, vamos en este.

Fueron guardadas las maletas. Mi papá y yo nos sentamos en la parte trasera del vehículo y tan pronto comenzó a sonar la canción llamada “Blen Blen” de Edesio Alejandro, el auto salió de la zona aeroportuaria. La brisa nos daba la bienvenida, y como eran casi las cuatro de la tarde, el sol se sentía bien fuerte.

Aquí comencé a ver a ver una Cuba muy distinta a la que recordaba a mis cinco años o la que me imaginaba por algunas fotos que siempre uno ve en las cafeterías cubanas de distintos lugares. Como esponja, buscaba capturar toda posible información que me sirviera para mi primera aparición en vivo por internet, mi papá —quien también miraba a todos lados con curiosidad— me había prometido una sorpresa y quizás era mejor de lo que esperaba.

Me sorprendió que, a diferencia de cualquier otro sitio conocido, las vallas publicitarias sólo tenían mensajes de contenido histórico, cultural o político. Todo era bastante sobrio, alegre, pero distinto. La primera publicidad donde me quedé sin tener idea de qué significaba era la de un bigotudo hombre mestizo, bien vestido,

de otra época, galopando sobre sobre un caballo al galope y el texto “Cuba será un eterno Baraguá”.

“¿Qué demonios es un Baraguá?”, me preguntaba intrigado, mientras veía cerca del mismo sitio, a pocos metros de la ancha avenida llamada Boyeros, a seis niños más pequeños que yo —cuatro estaban vistiendo short y pulóveres, y dos, sin camisa— jugaban béisbol con un bate y una pelota muy rústicos, sin guantes. Había de rubios a negros, de flaquitos a gorditos. Todos divirtiéndose. Yo nunca había jugado en un sitio así, pero los vi tan felices que me hubiese gustado bajarme y pasar tiempo con ellos.

Pocos minutos después vi otra valla, se veía un señor vestido como del siglo XIX y a un expresivo barbudo vestido de militar, entre los dos tenían la frase “Una Sola Revolución”. No tenía sus nombres debajo, luego supe que era el más antiguo era Carlos Manuel de Céspedes, considerado el padre de la Patria por haber empezado la lucha de independencia de la colonia española, y el corpulento era Fidel Castro, quien lideró el triunfo de la revolución cubana y fue su presidente hasta casi los 80 años de edad.

A lo largo del viaje seguí viendo publicidades así, muy formales, y cerca de la calle, a niños que jugaban con bicicletas viejas, otros jugando con perro lanzándole una rama de árbol y otros jugando fútbol con un balón todo pelado. Excepto por un niño que estaba sentado en un carro que pasó a mi lado, mirando a su tableta, no vi a nadie más que necesitara internet para estar alegres. Ya iba entendiendo la lección que me querían dar sin que esto representara que en dos semanas no volvería a mi show con más ganas y energías; pero sí, nunca había visto que se pudiese ser feliz sin estar conectado. Mmmm, quizás ni era famoso aquí, pensé, pues por lo que había visto, casi nadie tenía celular.

El taxi cruzó el pórtico del Barrio Chino. Por la acera, caminaba una señora mayor con dos niños de ocho y nueve años vestidos como practicantes de wushu, con brillantes telas de satén.

—¿Hay muchos chinos en Cuba? ¿Y aquí se practica wushu?

—Chinos 100 % chinos: hay muy pocos, aquí todo está mezclado. Aquí puro, ni el café. Y wushu, Kung Fu y todo eso sí hay bastante. ¿Tú sabes fajarte? —Respondió la voz de flautín, mientras me miraba por el cristal retrovisor. Miré a mi papá y sonreí, él habló por mí.

—Su mejor amigo es chino y practican duro hace años.

El chofer rió mientras hablaba, queriendo ser demasiado simpático. Y sí, caía bien.

—¡Aydioo! ¡Entonces el chamaquito es candela!

Siguiendo su son de broma, hice un gesto de defensa con la mano delantera abierta y la trasera, con el puño cerrado. El chofer alzó su puño derecho con energía y gracia, como simulando una victoria. Fue un momento jovial.

Al final de aquella calle de portales se veía el Capitolio, el auto ciertamente más despacio por estar en el centro de la ciudad. Mi papá me había comentado que ya estábamos cerca. En esa esquina una señal de pare, nos detuvimos, mientras una sonriente señora rechoncha cruzaba la esquina de derecha a izquierda con una bolsa de panes y algo más que no distinguí; un vendedor de frutas le regala una piña a la señora y esta le dijo imperceptible a mis oídos, a lo que él respondió con una larga carcajada.

El carro arrancó lentamente y desde esa esquina, a mi izquierda, vi aparecer a la niña más bella del mundo, con una cinta rosada pastel atada a su dedo índice derecho, una amplia risa con un hermoso diastema en sus dientes superiores ¡y unos ojos verdes! Era una perfección exótica, una piel mestiza con un tono café clarito, como durazno amarillento; y era casi rubia, pero su cabello era afro, muy rizo y abundante como una regadera. Debería tener mi edad.

Ella andaba con una amiga, ambas vestidas de practicantes de wushu con colores pasteles, venía casi trotando hasta vernos, cuando se detuvo en seco y ambos quedamos en shock.

Desde ese segundo quedamos flechados. Todo se empezó a desarrollar en cámara lenta, hasta su pestañear era en lento como una mariposa que moviera sus alas con elegancia, la cinta que flotaba haciendo pliegues en el aire comenzó a caer muy despacio. Su rostro pasó de expresar una gran alegría —por venir divirtiéndose con su compañera— a la total sorpresa, que devino en una conexión feliz, al embeleso breve, dado que el auto se alejaba mientras ambos seguíamos acoplados en la misma emoción.

¿Sería eso amor a primera vista? Aquellas explosiones de sensaciones, como fuegos artificiales en mi cabeza encontrando a la niña que superó a todas las del mundo en un solo momento, sin yo saber su nombre, y en un país que —si bien yo llevo sangre cubana— no era donde vivía, ¿cómo volverla a ver? El auto ya se había alejado demasiado cuando pensé en pedirle al chofer que se detuviera. ¡Qué mal! Yo, “Tito Reacciona”, no había reaccionado en el momento más importante y poder averiguar quién era ella.

Eran demasiadas preguntas. Miré a las nubes y lancé un decreto al universo: “¡La volveré a ver!”.

El sol, que estaba detrás de una oscura nube, apareció radiante. Su fulgor me dio paz, como señal de haber sido escuchado.



Aún no eran las cinco de la tarde. La ciudad se veía hermosa desde la ventana del hotel Parque Central, curioso que se llamara así y me quedara enfrente su parque homónimo, quizás basado en el que quedaba frente a mi verdadera casa.

Desde allí veía un hermoso teatro antiguo, el Capitolio Nacional, varios hoteles clásicos; en fin, lo normal de un centro histórico urbano. Yo sólo estaba buscando con la vista a ver si de casualidad aparecía esa niña, que era como una afrocubana rubia, o qué se yo. El encuentro había ocurrido a seis cuadras de allí, quién sabe si iría a jugar al parque frente a mi hotel, ya estaba claro que en Cuba los niños hacen de cualquier sitio un área de recreación.

Me daba vueltas la simpática frase “Aquí, todo está aquí todo está mezclado. Aquí puro, ni el café” que había dicho el chofer media hora antes y me gustaba que así fuera; donde yo vivía, aunque todos éramos tratados iguales por el color de nuestra piel, sí notaba más segmentación, los chinos usualmente se casaban con chinos, mis amigos negros tenían ambos padres del mismo color; pero en Cuba todo estaba mezclado y quizás por eso nunca vi un ser tan bello como esa muchachita que no se me salía de la cabeza. De pronto, la voz de mi papá cortó mi debate mental.

—Entonces... ¿qué te parece La Habana?

Sin despegar la vista de la ciudad, contesté sin voltearme:

—Es bonita papá... diferente.

Un poco turulato, me volteé, valorando si salía a la calle y tener más opciones de encontrarla. No ganaba nada estando allá arriba, tenía más posibilidades en la calle, pero no sabía si decirle a mi papá. Sobre la cama, abiertas, estaban nuestras maletas; él, de buen ánimo, organizaba nuestras ropas en unas gavetas. Se me escapó un suspiro que no quise que él escuchara, y volví a caer frente a la ventana, recostado en su marco, recordándola. Entonces, pregunté sin pensar.

—¿Daddy, qué cosa es el amor?

—¿Y esa pregunta? —Dijo él, con un tono sorprendido, a lo que nada dije, solo volví a suspirar y sonreír de espalda a él, prefiriendo callar por unos segundos. Me volteé hacia él quien me sonría con amor, mientras seguía sacando el equipaje.

—¿Quieres saber la sorpresa de la que te hablé en el avión?
—Me dijo, al recordar de pronto aquello comentado. Aquello me dio tanta alegría que salté ansioso, cayendo de rodillas sobre la cama. Parte de lo que quedaba en las maletas se elevó por los aires, y ambos reímos.

—Yes, Daddy, what 's the surprise? —Dije casi en un grito. Él me corrigió en buena onda.

—Tito, estás en Cuba, habla sólo español... así aprenderás palabras nuevas.

—¿Cómo cuáles? —Pregunté, exagerando mi curiosidad, como si estuviera en mi show. Él apretó los ojos por un segundo, pensando, hasta que encontró dos ejemplos.

—“Asere”, es amigo. “¿Qué volá?”, que es como “What 's up?”.

Abriendo los brazos, le sonreí, mientras armaba la frase en el modo cubano. Mi papá hablaba español, pero no tan marcadamente cubano como el del chofer, y le dije, simulando el acento del “voz de flautín”.

—¿Qué volá, asere? ¿Cuál es la sorpresa que me tienes?

Mi papá se río tanto, que tuvo que sentarse en la cama, hasta se le aguaron los ojos. Después, metió las manos en su maleta. Había algo en una división cerrada por un gran zipper. No me vi los ojos, pero mi ansiedad y emoción seguro haría que brillaran. Movía las manos, nervioso y lujuriosamente animado.

—¿Acaso trajiste mi teléfono? —Grité tan ilusionado, suponiendo la respuesta positiva, estallando anticipadamente de alegría.

—Eres genial papá, ¡será nuestro secreto!

Mi papá, quien alimentaba mi tensión y expectativa, sacó mi tableta de la maleta y me la dio. Yo no estaba cien por ciento complacido, pero igual vibraba feliz.

—Bueno, no es mi teléfono, pero... si puedo conectarme...

Él negó con la cabeza:

—Es para fotos y videos, y así al regreso compartes con tus seguidores.

—¿Y la internet?

Él, haciendo una mueca, como disculpándose, volvió a negar con la cabeza. ¡Me sentí tan decepcionado! Él trató de animarme y me dijo con entusiasmo:

—Qué importa... si hay muchas cosas para ver... y mañana conocerás a tus primos...

No me reanimaba esa propuesta, ¡yo ni me acordaba de esos primos que no veía durante más de la mitad de mi vida! Claro que uno siente amor por la familia y quiere pasar tiempo con ellos, pero estaba muy frustrado por no tener mi celular, se había vuelto una adicción tecnológica y apenas llevaba dos días en esa desintoxicación, que, al terminarla, igual solamente me dejarían usar internet dos horas al día. Pero bueno, aquello era mejor que nada. Mi papá puso su mano en mi barbilla de niño, levantando mi cabeza; lo miré tan desanimado y estresado que él hizo un gran acopio de paciencia, me tomó de la mano y salimos de allí, dejando todo como estaba.

Cuando salía de la habitación, laptop en mano, me dije: “Ahora me toca encontrar a esa niña. ¡Vamos con todo!”.

Saliendo del hotel, había parqueado una veintena de coches antiguos descapotables, de muchos colores. Aún estaba por allí el chofer que nos trajo, estaba de espaldas a nosotros, pero era imposible no advertirlo. Debí vernos desde su espejo retrovisor, porque empezó a moverse su paquidérmica figura para salir con prisa del auto. Presionó el claxon para llamar más la atención, como si fuera necesario aquello, y al estar frente a nosotros exclamó como corneta china, cual jefe de escena en un circo:

—¡Qué cosa más grande, chico! Ahora mismo estaba pensando en ustedes.

—¡Gracias, pero queremos caminar! —Le dije sin soltarle la mano a mi papá, ni parar, mientras nos adentrábamos al parque central. Él no esperaba eso e intentó despedirse con una frase chistosa, que la verdad no entendí.

Pocos metros después, estábamos en el centro del parque, frente a la estatua de un hombre de frente ancha, que había sido esculpido con ropa elegante, con pose de orador, como quien aconseja.

—Papá, ¿ese señor no es el mismo que está en un caballo en Central Park frente a donde vivimos? ¡El escritor!

—Sí, José Martí. Pero es más que un escritor. Es como el Washington o el Lincoln para la historia cubana. —Dijo mi papá, con orgullo mientras miraba la estatua.

Sabía que siempre me había hablado de él, pero no sabía que lo impresionara tanto. Nunca me lo había planteado hasta ese minuto, pero en el fondo nunca entendí por qué en New York teníamos a una señora en bata, con una corona, una antorcha y la placa con la fecha de la declaración de independencia nunca me había parecido más importante que el homenaje a la vida de alguien real que dedicara su vida a servir a otros.

—¡Un héroe! ¡Deberíamos tener a Washington donde está la estatua de la Libertad?

Mi papá estuvo en silencio por unos segundos, como viajando en su mente, hasta encontrar la mejor respuesta:

—Quizás sí. Lo curioso es que, por muy pocos votos de diferencia, aquí pudo haber estado también una Estatua de la Libertad. ¡Qué bueno que ganó Martí! Pero aquella imagen en el puerto de Nueva York también es hermosa; fue un regalo de Francia después

de la Guerra Civil norteamericana. Martí estuvo presente en su inauguración y escribió encantado sobre eso. ¿Nos vamos a tomar un rico chocolate?

Salté con entusiasmo, aceptando con movimientos de cabeza como roquero feliz. El chocolate es mi sabor favorito. Ya que no encontraba a aquel encanto cubano de ojos de selva, tomaría algo que me relajaría. Dimos media vuelta, pasamos frente el Museo Nacional de Bellas Artes —que recién había cerrado— y bajamos por la calle Obispo, que más es un boulevard donde encontré estatuas humanas de piratas cubiertos por pinturas que los hacían parecer de bronce, también —como una algarabía de colores y música carnavalesca— llegó algo definido como “gigantería” que consistía en una docena de artistas, vestidos de arlequines con brillosos colores y extravagantes diseños, bailando y tocando tambores, pandereta, platillos, bombo y trompeta subidos en sancos. ¡Pura fiesta! Todo lo que veía lo iba capturando en fotos y videos con la tableta. Unos niños estaban bailando conga en plena calle, dos de ellos me hicieron señas para que fuera con ellos y me dio vergüenza, porque no estaba muy claro en cómo eran los pasos del baile. Mi papá me quitó de las manos el dispositivo electrónico y casi me lanzó al medio de la danza, diciendo.

—Dale. ¡Que tú tienes sangre cubana! ¡Baila!

Y sí, claro que eso corría dentro de mí, porque tan sólo me puse en medio de ellos, me tomó diez segundos ver lo que hacían, imitarlos y ya estaba en aquella conga como si lo hubiese hecho toda la vida. Bueno, sé que han visto el video cuando subí el primer show de lo que hice en La Habana, de lo que hice que sí tenía imágenes para probarlo.

Al final del boulevard, llegamos a la Plaza de Armas, donde se vendían muchos libros, de todo tipo, especialmente cubanos, donde aparecían héroes ya vistos en las vallas de toda la ciudad. En el centro del cuadrante, varias palomas comían granos que un anciano

les echaba a pocos metros de la imponente estatua. Mi papá lucía muy animado.

—He visto que tu sangre cubana va reaccionando a La Habana.

—Extraño New York y mi celular, pero me gusta estar aquí.

Le dije, honestamente, ¿cómo sentirme mal en un sitio que en menos de dos horas me tenía ilusionado, bailando y con la promesa de un chocolate? Solté la mano de mi papá y corrí hacia las palomas que se dispersaron al vuelo. Todos reímos. Dos de las palomas se posaron en la estatua erguida a pocos metros. No era Martí, pero sí lo había visto en la publicidad de “Una Sola Revolución”.

—¿Y este señor también vivió en New York?

—Que yo sepa no. Él comenzó la revolución, la guerra de independencia. Su nombre es Carlos Manuel de Céspedes.

Me gustó tanto el sitio, escoltado por palacios y castillos de piedra, con banderas cubanas, que le pedí a mi papá hacernos un selfie donde se viera Céspedes, y de después, reclamé mi chocolate cubano, que estaría a pocas cuerdas de allí.

Llegamos a otra plaza, llamada de San Francisco de Asís, varios cubanos se veían en caminando, quizás ya regresando a sus casas. Vi a cientos de turistas sonriendo, tomando refrigerios, todo con excelente y seguro ambiente; algunos se hacían fotos con las hermosas muchachas que vestían con trajes coloridos de la época colonial. Noté que mi papá —aunque quiso disimular— se puso un poco más galante de lo normal cuando vio que caminaríamos frente a tres de aquellas chicas. Para colmo, ellas le sonrieron coquetamente al él y recordé lo que dijo mi mamá. Tenía que cuidar a su gallo. Y mi papá, en vez de ponerse serio les sonrió con complicidad, casi con embeleso. Le di un codazo por debajo de las costillas, y sí, celoso, le dije a las muchachas mientras él intentaba disimular la pena:

—¡Él está casado!

Las muchachas rieron a carcajadas, haciendo gestos cómicos de que no lo van a mirar. Yo le di nuevamente la mano a mi papá y lo miré exigiendo que se portara bien. Había cumplido la misión encomendada. Había demasiadas cosas lindas para estar distraído con mujeres que no son su esposa, por ejemplo, las majestuosas edificaciones desde casi al lado de la Fuente de Leones, con palomas en bandadas que llegaban a la amplia plaza., desde la Lonja del Comercio hasta la Basílica de San Francisco. Hasta varias quinceañeras, con trajes inmensos, se hacían fotos esa tarde. Mi papá se notaba encantado de volver, y aunque después veríamos a nuestros parientes, entendí que quisiera primero tener este tiempo para nosotros.

—Sí, Tito, ¡hermoso... y tantos años sin venir!

Saca su teléfono del bolsillo derecho y hizo fotos de las construcciones. Me enfoqué en las incontables palomas que van aterrizaron alrededor nuestro. Una de ellas, de color blanco, se posó en mi cabeza. Di vueltas mirando hacia arriba, tratando de verla, pero ella me lo impedía, como si jugara conmigo, hasta que pasó a mi hombro izquierdo. Le sonreí, poniendo el brazo extendido en forma de U y ella caminó hasta llegar a mi muñeca. La miré de frente y moví mi brazo, impulsándola a volar. Fue un momento hermoso.

Llegamos a un callejón que terminaba en una casona abandonada. A ambos lados hay otros edificios coloniales, en la derecha hay un cartel como un ecléctico restaurante que allí llaman Paladar —que se ubican en casas dedicadas al servicio gastronómico, como si fuera un restaurante— nombrado Terymar. La adoquinada daba un encanto especial a ese camino que daba al raro inmueble que nos quedaba de frente. Mi papá parecía conocer el lugar y empezó a hablar de una forma histriónica, como si actuara en un teatro.

—En la época de la colonia, pasaron por esta calle en sus carruajes, marqueses, condes, piratas también estuvieron por aquí... y

esclavos traídos de África, chinos de Cantón... Todos trajeron mucha magia a esta Ciudad. ¡Magia de verdad!

Me encantaba que él me hiciera cuentos, pero tampoco iba a creer aquello.

—La magia es fantasía, Daddy. No realidad.

Él me sonrió como si supiera algo en especial que cambiaría mi forma de pensar. Como me hablaba mientras caminábamos, no me había percatado que casi estábamos frente a la casona colonial, vieja y abandonada, ¡y que tenía ciertos detalles de casa embrujada! A cada lado del portón, hay una escultura de piedra con leones chinos. La entrada estaba cubierta con tres grandes tabloncillos podridos, clavados en el umbral; el del centro estaba tan podrido que sólo quedaba un lado clavado, el otro extremo estaba suelto por la descomposición de la madera, dejando un espacio amplio en forma de rectángulo escóseles a la altura de mi cintura. Desde el inmueble salió una brisa fría que contrastaba con el calor del verano habanero. Me pegué un poco a mi padre, estando medio asustado.

Mi papá dio dos pasos adelante, miró hacia atrás mientras decía con cierta expresión infantil:

—Desde niño no entraba aquí.

Lo miré con ojos de luna llena. Él no debía entrar a ese lugar tan raro. Podría ser peligroso. Oía a humedad y tenía como un microclima que ya se sentía desde la acera. Mi papá, en un movimiento ligero, tomó la tabla que estaba desprendida de un lado y terminó de bajarla lo suficiente como crear un espacio de casi un metro donde pudiera entrar. Yo no lo podía creer, él me sonrió, haciendo un gesto con la cabeza, y casi me ordenó mientras entraba primero, “ven”.

DÍA 5

11 de agosto

No entendía nada, pero ¿qué iba a hacer sino seguir a mi padre en la locura de entrar a un sitio tan fantasmagórico, con microclima, una iluminación fría quizás apoyada por vitrales azules que vislumbraban en la medida que avanzábamos en su recibidor? No eran ni las seis de la tarde y allá adentro parecía que fuera de noche, amén de que algunos rayos de sol entraban por varios sitios, trayendo aún más confusión a esta experiencia.

Las paredes y los techos, deteriorados, se estaban invadidos por una vegetación silvestre. El flash del celular de mi papá, asustaron a dos gatos que huyen, que se desplazaron por una escalera de mármol que estaba rota en varios escalones, y en su pasamanos tenía un gran reptil no venenoso llamado “majá de santamaría” quien nos miró sin moverse demasiado, quizás porque estábamos a más de diez metros de él.

Nos dirigimos a la derecha, donde descubrimos un antiguo patio interior, de forma circular —quizás de ocho metros de diámetro— con una fuente seca que, en su centro poseía un ángel de rostro risueño, con dos cuernitos en la frente y alas en la espalda, en posición de estar orinando, orificio por el cuál habría salido alguna vez el agua de hacia el pequeño estanque hoy cubierto de hierbas silvestres. En ese patio también se encontraban dos bancos

de piedra, bastante dañados; sobre uno de ellos dormía un escorpión. Le hice señas a mi papá, pero a él nada le asombraba, más bien su rostro expresaba placer.

El techo de aquel patio interior era una especie de tragaluz azul que daba un ambiente inquietante. En la segunda planta, dos balcones se apreciaban unidos por dos columnas que se unían en dos arcos de triunfo, y si todo lo visto hasta ahora no fuera suficientemente raro, desde el de mi izquierda, un buitre nos miraba mientras se rasca el ala con el pico, no de manera amenazante, sino con la curiosidad de qué queríamos. Me quería ir ya, pero mi papá parecía tan cómodo allí.

—No te imaginas cuánto me divertía aquí, cuando tenía tu edad. —Dijo él, mientras seguía haciendo fotos con su celular.

Entonces, honestamente al no sentir mucho miedo, me dije que lo mejor era grabar todo con mi tableta y pensar en un episodio en la casa embrujada de La Habana, porque —aunque no hubiese brujas— se veía bastante *creepy*. Di unos pasos atrás y empecé a hacer fotos y videos. Avanzando hacia la derecha se veía un largo corredor, con un inmenso tragaluz en forma de vitral en el techo —de casi tres metros de ancho por veinte de largo— donde se veía un inmenso dragón, justo al final de ese corredor con puertas desvencijadas entreabiertas a cada lado, sólo la última de la izquierda estaba abierta, y de allí salía una luz cálida, color durazno, con una especie de humo suave.

Fue más fuerte la curiosidad que el temor. Nada debía salir mal, mi papá estaba cerca de mí y si pasaba algo, gritaba y él me rescataba. Encendí la linterna de mi laptop y fui empujando cada puerta, ligeramente, pero no se veía nada hacia adentro. Sí sentía que mientras más me acercaba a la última, más bajaba la temperatura. Me detuve delante de ella, di cuatro pasos hacia adentro y la iluminación cambió de durazno al típico tono azul que da la luz negra, y aquello me hizo dar dos pasos atrás casi volviendo al umbral.

Agucé la mirada dentro de la habitación en penumbras, se veía inmensa, ciertamente tenebrosa con un puntal de quizás seis metros y se notaba que había algo en el centro. La linterna de mi tableta no funcionaba. Entonces, de una claraboya que había en el medio, comenzó a entrar una luz fría cenital, con humo espeso, que bañaba el centro del aposento y pude ver que había una silla más bien parecida a un trono, de alto espaldar, donde estaba sentado un hombre adulto, asiático, con un raro báculo en la mano, vestido con ropas muy antiguas y coloridas, mirándome con mucha atención, casi con los ojos cerrados y una muy seria expresión facial. Estiró una mano, con uñas largas, que tocó la parte más fuerte de la luz y ordenó, en un tono que parecía más una bisagra oxidada al abrirse una vieja portezuela: “Acércate”.

Ni loco lo haría. Tampoco podía irme sin hacerle una foto a este hombre tan raro como el sitio donde estaba. Me asomé en un salto al pasillo a ver si mi papá estaba por allí, no lo vi. Mejor era hacerle la foto y regresar corriendo al área de la fuente. Entré, di seis o siete pasos e hice una foto, al revisarla se ve enfocada la silla, pero el extraño anfitrión más bien parecía una sombra. Tuve que casi ponerme frente a él y repetir la foto, estando muy nervioso, más cuando se inclinó hacia adelante, acercando su tronco casi a un metro del lente de mi dispositivo. Aquello me asustó y subí mucho la tableta al hacer la foto y no se vio nada; cuando terminaba de chequear esto ya ese delgado señor estaba parado frente, y se echó a reír diciendo, burlonamente. “¿Me tienes miedo?”.

Al verlo reír a carcajadas y con aquella voz tan fañosa, casi chistosa, le perdí el miedo. Aparte, no hay algo que me caiga peor que el hecho de que se burlen de mí. Entonces me replanteé todo, sonreí —una buena técnica para confundir siempre al contrincante— e intenté hacerme explicar:

— Disculpe señor...

El asiático dejó de reír, sorprendido por el tono firme en que le hablé, e hizo un gesto un tanto burlón, como esperando a ver qué diría.

—Mi papá y yo... pensamos que era una casa abandonada.

—Abandonada no. Hay que limpiarla un poquito... Repararle unos detalles, pero... —Me dijo con desenfado, mostrando una sonrisa enigmática, para cambiar el tono como vendedor ambulante, al decir:

—Aquí hay MA-GIA!

¿Magia? Pensé, haciéndole una muequita; entonces, le pregunté con sarcasmo abriendo los brazos, sacudiendo las manos, imitando su tono de vendedor.

—¿Y usted es un MA-GO?

Fue notable que tampoco le gustaba que se rieran de él, pero no se dejó provocar. Cerró los ojos, buscando su paz interior, mientras hacía un gesto de pare con la mano izquierda, que no sostenía el báculo.

—Empecemos de nuevo. Soy Xu Fu. ¿Y tú?

—Soy Tito.

Dije subiendo las cejas, ya con ganas de hacerle una buena foto e irme, hasta que recordé quién era Xu Fu por un libro de historia de China que leí hace casi un año. Si fuera verdad, este hombre —también conocido Fangshi— sería el hechicero que fue enviado por el emperador Qin Shi Huang para encontrar el elixir de la inmortalidad y nunca regresó a China. ¡Estaría vivo porque sí encontró la fórmula de la vida eterna!

—¿Eres el hechicero que salió de China hace miles de años a buscar el elixir de la inmortalidad?

Xu Fu me puso su puño izquierdo hacia adelante en son de saludo.

—¡Ese mismo!

Uní mi puño al suyo sin salir de mi sorpresa. Xu Fu me sonrió sintiéndose cómodo, parece que le gustaba pensar que era muy famoso. ¡Tremenda entrevista le iba hacer y fácilmente iba a llegar a dos millones de seguidores! Ufff, ¡la entrevista con la figura más esperada en China en dos mil años! Él detuvo mis pensamientos al asegurar:

—Sé lo que estás buscando.

—Me va a dar mi celular? —Le dije, medio en broma, pero con cierta expectativa. ¡Él era un mago! Pero sonrió observando mi ingenuidad, negó con la cabeza y decretó señalándome con el dedo:

—Estás buscando... ¡Vivir una aventura!

¡Bah!, pensé, decepcionado, y dije con desenfado.

—Nop... no busco una aventura. Estoy aquí porque mis padres y un doctor... me quitaron mi teléfono.

Xu Fu prefirió llevar el asunto con calma y volvió a poner la mano en símbolo de pare, para ahora hablar imitando mi voz.

—Todo niño busca una aventura, aunque no lo sepa y diga... “Nop... no busco una aventura”.

Puse los ojos a media asta, aburrido de burlas, hice una mueca y un gesto de pare con la mano, imitando al viejo, quien me sonrió por la forma en la que llevábamos el debate y me dijo:

—Cada niño que ha entrado aquí, ha tenido una aventura; a eso me dedico.

Ya estaba harto de escucharlo y me despedí con la intención de marcharme a buscar a mi papá para que me grabara la entrevista con él.

—Pues yo... ya me cansé. Bye!

Xu Fu me miró serio, con una expresión difícil mientras la piedra en el báculo parpadea luminosa. Levantó su bastón, sosteniéndolo con ambas manos, y la luz aumentó en la piedra bañando el cuarto de azul clarísimo. Por supuesto que aquello me empezó a asustar. El chino se puso muy serio y dijo con firmeza, sin alzar la voz:

—Tendrás tu aventura.

Baja el bastón, golpeando el suelo, lo que creó una luz azul, haciendo que el ambiente azul corriera a toda la habitación como ondas expansivas. Di un paso atrás, mirando al suelo con asombro. Todo adquiría un aspecto peculiar, empezaban a aparecer nuevos colores que se fueron mezclando entre sí, como los cuadros “El grito” de Edvard Munch, todo se movía a mi alrededor como si estuviera dentro de una batidora. Grité, aterrado.

—¡Daddy!

Es lo último que recuerdo. Debí haberme desmayado, porque no recordé más nada hasta despertar boca abajo a metros de una costa, ya atardeciendo. Intenté comprender qué pasaba, dónde estaba antes de buscarme más problemas, la vegetación me permitía estudiar el panorama sin ser visto.

Aquello era una pequeña bahía con una estrecha salida al mar, donde había una antigua embarcación de calado medio del siglo XIX. Cuatro hombres en la superficie, marineros, vestidos con ropa civil, le entregaban cajas de distintos tamaños a hombres y mujeres, vestidos todos con ropas de otra época, ¡qué clase de fiesta de disfraces era esta! ¿Habría caído en un set de filmación de una película o de una serie? No se veía ninguna cámara por ningún lado.

Cuatro hombres en la superficie, marineros, vestidos con ropa civil, le entregan pesadas cajas de madera a dos hombres con ropas más humildes, quienes se alejaban del barco atravesando unos metros

hasta llegar una especie de camino. El capitán de la embarcación, de tiros largos, observaba los movimientos. Cerca de él, un marinero, vigilante con su carabina, miraba a lo largo de la costa.

Vi a un hombre chino, casi idéntico al tío de Liú, con el cabello más largo, bigote y chivito. Vestía pantalón de traje y camisa blanca remangada, con una corbata, de nudo corrido y un fusil cruzado en la espalda. De pronto pasó al lado de una chica de cabellos rizados y rubios, que me quedaba de espaldas; él le dijo algo y ella se volteó hacia donde yo estaba, sin poder verme, gracias a la maleza.

¡No podía creer lo que mis ojos estaban viendo! La niña que vi en el centro histórico era actriz y la aventura es que me habían llevado a su película. Estaba vestida como mujer del siglo XIX, con falda ajustada con un cinturón, blusa, y un revólver en la cintura. En sus manos llevaba un fusil y vigilaba, mirando en todas las direcciones. Seguía sin ver la cámara de cine por ningún lado, pero me llamarían la atención si me levantaba e iba a verla. ¡Soy un niño y no me iban a hacer nada malo por echar a perder una toma de un filme! Aquel chino, mientras se alejaba le dijo en voz alta:

—¡Ya estamos terminando, mambisa!

—Casi, casi. —Respondió ella, mientras mostraba una ligera sonrisa.

“¿Mambisa? ¡Qué nombre más raro tiene esa niña!” Me dije yo, mientras me acercaba a ella. De pronto me fijé en mi vestuario. ¡Alguien me había quitado mi ropa y me había disfrazado también! Pero como ya estaba a pocos metros de ella, decidí saludarla y empezar mi conquista.

—¡Hola Mambisa!

Ambos nos miramos de arriba abajo, nos sonreímos mutuamente. Era ella, pero actuaba como si no me recordara del encuentro que habíamos tenido el mismo día. Quizás era parte de su jue-

go y debía seguirle la rima. Ella me observaba fijamente y sonría, y sentía el rubor en mis cachetes. ¡La había encontrado y ahí estaba derretido delante de ella!

—¿Qué pasa? ¿Cansado?

—No... es que... ¿Dónde estamos?

Ella no entendía mi pregunta. Igual, no dejaba de ser gentil conmigo, mostrando su diastema con dulzura. Yo estaba en las nubes con sólo mirarla.

—En la República de Cuba en Armas... En el campo de batalla... Estamos en 1895. ¿Te suena?

Dentro de mi mente tenía un procesador de información. Xu Fu me había mandado al pasado en medio de una guerra, con la niña que me gusta. ¿Ella también estaba viviendo su aventura o la de ella era en el futuro y esta era su realidad? Debía ser así, porque me vio en el futuro y aquí no me conoce. Bueno, al menos tendría una oportunidad pudiendo ser un héroe para ella. Quizás esta aventura duraría 24 horas o 24 días, ¡cualquier cosa sería mejor que seguirla buscando en el futuro! Aquello era como un videojuego en una realidad virtual donde nada malo podría pasar, y si alguien era buena en eso: esa persona soy yo. Ella me seguía mirando cada detalle, y preguntó:

—¿Eres de los nuevos?

—Sí... parece. —Le dije intentando controlar mi cara de despistado. ¡Tenía que actuar bien! Ella, tan dulce, me dijo condescendiente:

—Pronto te vas a acostumbrar.

Nosotros hablábamos y a mí se me había olvidado que estábamos en otro siglo, ella había dejado de estar pendiente de vigilar desde su posición. De pronto me acercó la mano, diciendo:

—Celia.

¡Caray, mejoró su nombre! Yo juraba que era Mambisa. ¿Qué sería Mambisa entonces? ¿Una vigilante? Le di la mano, después de limpiarla en mi pantalón y le dije mi nombre, mirándola como veía que hacían los de galanes de las telenovelas que mira Juana.

—Tito.

Sí, estábamos embobados, con las manos unidas; ninguno quería soltar la mano del otro. Pues logré encontrarme con Celia, la niña más bella del mundo en 1895, ¡estaba viviendo mi propio videojuego gracias a Xu Fu! Bueno, yo pensaba que era toda una fantasía. Mañana verán que no todo era de color de rosas. La guerra de independencia contra España era real. Muy real.

DÍA 6

12 de agosto

Pues ya había encontrado a Celia y tenía que ponerme más alto de lo que allí pasaba, porque realmente de la historia de Cuba no sabía casi nada, excepto los pocos héroes que había visto en estatuas y vallas, casi ni me acordaba de los nombres, ¡de Martí sí me acordaba! Pero no sabía si en ese momento estaba vivo o muerto y no quería parecer demasiado raro ante ella. Vi a dos hombres cargando pesadas cajas sobre sus hombros y pregunté:

—¿Qué hay en estas cajas?

—Armas y medicinas para los que pelean por la libertad de Cuba. Vienen de Nueva York.

Lo menos que esperaba era que dijera eso y me brotó una pregunta tonta, y si ese sitio iba a ser el tema, ahí soy yo, podía hablar una hora.

—¿De Nueva York? —Celia asintió sonriendo.

Estábamos tan embelesados que ninguno vio venir al chino que se parecía al tío de Liú que nos pegó tremendo susto al gritarnos.

—¿Pero esto ‘vejigo’ vinieron a la manigua a enamorarse o qué? ¡Así má’ nunca le ganamo ‘a lo’ pancho’!

Celia, avergonzada, se disculpó con gestos. Yo no sabía qué era “lo’ pancho”, pero si había a quien ganarle, seguramente eran

los españoles. El chino, que después supe que se llamaba Li, se alejó en dirección al barco, hablando entre dientes. Tenía que aprender a hablar cubano, porque ¿qué cosa será un “vejigo”? No me sonaba a nada conocido.

El capitán del barco descendió a tierra y avanzó, junto a cuatro marineros que lo seguían, a reunirse con un grupo de los que habían estado cargando cajas y a dos mujeres de mediana edad, llamadas Paula y Amparo. Estaban felices porque había logrado que llegara la expedición con armas desde Norteamérica, se despidieron con fraternos abrazos.

—Lo logramos, capitana.

Dijo el capitán del barco a la bien armada Paula, quien aprobó con un amplio movimiento de cabeza mientras Celia y yo caminábamos hacia ellos.

—Ahora nosotros vamos pa'l monte. El ejército mambí espera por esto.

—Nos vemos. ¡Cuba Libre!

—¡Viva Cuba Libre, Capitán!

Eran frases que escuchaba en lo que llegábamos para ver en qué podía ayudar. Li al ver que nos acercábamos, nos dio la señal de adentrarnos al monte.

Habían pasado dos horas y no parábamos de caminar. Había luna llena y bajo su luz, atravesando el camino, iba una fila de mulos con su carga de cajas. Todo se veía organizado, a pesar del desgaste que toda guerra siempre conlleva; todo era muy básico, si había que ir al baño, detrás de cualquier árbol se hallaba suficiente privacidad. Escuché que Martí, a quien llamaban “el delegado”, había muerto hacía pocos meses en la misma provincia donde estábamos, que se llamaba Oriente, y todavía generaba hondo pesar cuando hablaban del tema. Había consagrado su

vida a preparar esta guerra de independencia y no pudo vivir para ver a su Patria libre; habría sido el mejor primer presidente que hubiesen podido tener los cubanos, pero no pudo serlo, aunque Cuba —en el futuro— lo reconocería como héroe nacional.

A la cabeza del grupo, había un guía con un fusil, y Amparo, que conducía al primer mulo por las riendas. Paula, Li y el resto de los mambises caminan junto a los mulos con sus fusiles en los hombros y los machetes en sus cinturas. Al final de la fila, estaba con Celia, caminando junto a un mulo con cajas. Le pregunté a ella, declarándome incapaz de llegar a su significado:

—¿Qué cosa es un mambí?

Celia caminando, sorprendida, me habló a media voz, pero un poco alterada.

—Tito, ¿de dónde tú vienes?

Ufff, ¡aquella sí era la gran pregunta! Alcé mis cejas, me mordí la boca por dentro, intentando hallar por dónde empezar:

—Estaba en La Habana con mi papá cuando...

La propia Celia, sin saberlo, me salvó al interrumpirme.

—Por eso no sabes... allá en La Habana todavía no ha llegado la guerra. Mambises, somos los que luchamos por la independencia de Cuba, en contra del ejército español.

—¿Y tú también peleas? —Pregunté noblemente, dado que a ella le habían llamado mambisa. Ella sonrió con brillo en los ojos, emocionada, hablando con un hilo de voz.

—La libertad la queremos todos.

De pronto, se detuvo el avance de los mulos, los mambises prepararon sus armas de fuego. Celia ágilmente cargó su fusil; me impresionó al verla. Una mambisa cerca de ellos hace lo mismo y nos dio una señal para que nos acercáramos al frente en silencio. Yo

estaba ya un poco asustado, porque si aquello era real y me daban un tiro... yo sólo me decía “¿dónde me metí con lo tranquilo que estaba en Nueva York!”. Lo peor comenzó cuando se escuchó una voz con acento español, a lo lejos: “¡Mambises! ¡Fuego!”.

Un grupo de españoles —imposible saber cuántos eran— abrieron fuego contra la caravana mambisa. Amparo condujo a los mulos hacia la orilla del camino. Paula, Li, Celia y los demás se colocan a ambas orillas del camino. Yo me tiré al suelo en el medio del camino, literalmente me temblaban los dientes, cuando empecé a sentir que las balas estaban impactando cerca de mí.

Un español de bigote de escoba, con uniforme a rayas, me vio y comenzó a dispararme. Me cuentan que Celia al verme en tal peligro, le apuntó y le disparó, impactando en la parte alta del brazo, casi en el hombro. Celia me agarró por el cuello de mi camisa y me sacó del descampado como una gata saca a su cachorro, diciendo:

—¡Ven conmigo!”.

Cuando llegamos detrás de unos arbustos que estaban al borde del camino, le sonreí a Celia, muerto de miedo e hice mi mayor esfuerzo para decirle:

—Gracias.

—No hay de que, mambí...

Me dijo con gran cariño, mientras tomó con ambas manos el fusil que tenía unido a su pecho por una correa y, sin perder la ternura, me dio una orden:

—... pero quédese quieto ahí atrás, si no, va a durar poco aquí.

Celia abrió fuego contra el enemigo. Yo no tenía un arma conmigo, las manos me temblaban y estaba frustrado por no pelear. ¡Qué va! ¡Tenía que acostumbrarme pronto a la guerra porque si no jamás la iba a ser mi novia!

Aquel combate fue corto. Creo que quince minutos más porque los mambises se dividieron en dos flancos y obligaron a los españoles a huir. Me volvió el alma al cuerpo cuando escuché a Paula gritar el alto al fuego y que todo ese escándalo volviese a ser pura paz en esa noche que ya iba perdiendo el calor de las primeras horas.

Aún estaba en el suelo, cuando Celia vino hacia mí. Me puse de pie e intenté sacudirme la ropa, que ya estaba bastante sucia.

—Pensé que no haría el cuento. —Le dije, con un tono lleno de gratitud que ella agradeció, y sin planificarlo me salió esta frase:

—Gracias, eres la muchacha más valiente que he conocido... la más valiente y la más bonita.

Ella, impresionada, sonrió con cierto recato. Todos salieron al centro del camino y recuperamos la marcha con el cargamento. Los nuestros no sufrieron bajas y varios españoles se fueron heridos, pero ninguno murió.

Nos tocó caminar una hora más para llegar a un ancho terreno circular donde había un campamento muy rústico, con techos de paja e iluminados con velas. Allí nos esperaban con agua fresca, arroz y una vianda para que no durmiéramos sin comer. ¡Y yo pensando en el chocolate que me iba a tomar! ¿Dónde estaba mi chocolate? Pero bueno, estaba tan emocionado con Celia, que no hubiese cambiado ese momento con ella por todo el chocolate del mundo. Mientras comíamos en platos de barro y usando los dedos, otro grupo de mambises descargaban las cajas de los mulos.

Al ratito ya me caía de sueño, los varones fuimos a una esquina y las mujeres a la otra. Había varias hamacas amarradas a varios árboles, Li estaba ya acostado en una y yo ya me caía de sueño. Casi todos estaban durmiendo.

—Esa es su hamaca. Haga una fogata que esta noche va a chiflar el mono.

Aunque Li no habló en chino, juro que nada entendí.

—¿Cuándo haces una fogata el mono que chifla se calla?

—Li rió a carcajadas, y entre risas, dijo:

Lo' cubano' dicen chiflar el mono cuando hace mucho frío.

Estaba súper cansado como para que se estuviera riendo de mí ese chino malhumorado que todo el día me estuvo viendo raro.

—Soy mexicano y hay frases que no me sé.

Li se notaba agotadísimo, pero igual quería conversar y sarcásticamente me dijo:

—Ya vi que usted y Celia se están haciendo “amiguito’ amoroso”.

Yo me sentí avergonzado. Li tenía razón. Seguro todos lo habían notado. Me senté en mi hamaca haciendo silencio por dos segundos y le dije, con tono reflexivo:

—No sé... yo nunca me he enamorado.

—Pues sí que parece enamorado, se le cae la babita cuando la mira, le brillan lo' ojito'. —Aseveró Li, con tono burlón.

Él tenía razón. Lo miré un tanto avergonzado y con una risita tímida, se me escapó la pasión en una frase:

—Es que es bonita, y valiente.

—No digo yo, está enamora'ó. —Dijo Li, risueño, mientras se acomodaba en la hamaca. Dejé escapar una sonrisita y subí los hombros, sabiendo que sí estaba enamorado. El chino rompió el silencio con el gran consejo de la noche:

—Pero si quiere amorío' con Celia tiene que avisparse. Vamo' a ver si usted se la puede ganar.

Claro que lo sabía e, incluso, era lo que más me preocupaba. En el siglo XXI yo era ¡Tito Reacciona! Pero aquí era un niño más,

en una guerra, queriendo conquistar a una guerrera que sabía disparar con pistola y fusil. Por ese día ya no podía hacer más, y me caía de sueño. Al darme cuenta de que Li se había quedado dormido, no preparé ninguna hoguera. ¡Pasé un frío brutal! Pero era tanto el sueño, que lo superé durmiendo en posición fetal.

Al amanecer, me desperté buscando a Li. A pesar de ser un poco pesado, me parecía que podía ayudarme a convertirme en un mambí. Ya él no estaba en su hamaca. Caminé un poco por el improvisado campamento, y llegué a una especie de hospital improvisado adonde dos hombres traían un herido. Junto a una mesa, donde se ven varios fusiles, Amparo y otro mambí comprueban el funcionamiento del mecanismo de dos fusiles. Vi a Li, Paula y Lamberto —un oficial que había llegado mientras dormíamos— tomaban algo, cada uno tenía una jícara en sus manos y caminaban mientras conversaban. Como tengo buen oído para la música, estaba a una distancia donde escuchaba tan reveladora plática.

—Li, buen trabajo recolectando esas armas en el norte. —
Dijo Lamberto, en tono firme y educado.

Li asintió, dando una palmadita en la espalda al oficial. Se detienen bajo la sombra de un arbusto.

—Allá nos ayudaron mucho, incluso algunos gringos.

Paula se quitó el sombrero y se abanicó con sus alas, mientras decía:

—¿Gringos...? Qué bien, desde aquí se les ayudó cuando hicieron su guerra de independencia.

Lamberto y Li ratificaron esto con gestos de cabeza. El oficial dio un giro radical al tema de conversación, siendo escuchado con mucha atención, y activó todas mis alarmas:

—Escuchen... Se acerca una columna española. El general va a dejar que avance, para mañana caerles al machete, cerca de un

cruce que conocemos bien. —Prosiguió Lamberto mientras Paula y Li consintieron con gestos.

El oficial culminó su mensaje con esta frase:

—Será una batalla dura, pero tenemos que ganarla.

Yo, al escuchar eso, supe que tenía ponerme al mil por ciento. Ya no era solamente enfrentarlos en combate, sino con machetes. ¡No sabes cuánto me alegré los años que practiqué wushu con Liú! Pero una cosa es hacerlo como deporte y otra es estar en una guerra de verdad. No había elegido enamorarme de una guerrera, y ya no tenía remedio.

Me fui a buscar a Celia y la encontré en un montecito limpiando mazorcas de maíz para el almuerzo. Las hojas las tirábamos a un lado y la barra con los granos las echábamos a una cazuela. En lo que lo hacíamos, hablábamos poco, pero nos mirábamos con zalamería y nos reíamos mucho. Ella lanzó al aire las primeras pajucitas doradas de las mazorcas. Yo, también coqueto, hice lo mismo. En pocos segundos se formó una linda lluvia de hilachas doradas. Nuestros ojos hablaban de amor. Ella hizo una transición, frunció el ceño, y dijo con la voz entrecortada:

—Mañana habrá combate, una carga al machete.

—Pues yo quiero pelear, y ser un mambí. —Dije, entusiasta y me puse de pie, alzando un puño como sosteniendo un machete.

Ella me miró como a un niño juguetero que no entiende nada y me advirtió tomando mi mano para que me volviera a sentar junto a ella.

—Es una pelea dura; montado a caballo y dando machete contra el enemigo.

—Yo puedo hacerlo... En mi teléfono yo ganaba solito cantidad de combates.

Al decir eso, la verdad es que andaba desconectado de la realidad, y llevé las manos al frente, moviendo mis dedos con agilidad, como si jugara un juego de combates en mi teléfono; reproducía, con la boca, los sonidos de los disparos de los videojuegos. Celia, con ojos de luna llena, me miraba como si yo estuviera loco, ¡y no era para menos siendo ella una niña de casi dos siglos atrás!

—¿En tu teléfono? ¿Qué es eso?

Al darme cuenta de todo lo que había hecho, bajé las manos y sonreí, disimulando, cambié de tema con histriónicos movimientos, para que ella olvidara lo anterior.

—¿No te gustaría verme volver del combate, victorioso como un gran mambí? —Ella me lo afirmó con una sonrisa.

Vi una flor silvestre a un paso a la derecha, la arranqué con movimientos de bailarín Pop y se la coloqué detrás de su oreja izquierda. Ella recordó algo y enseguida me preguntó:

—¿Y tú sabes montar caballo?

En eso sí estaba frito, y la verdad me daba temor. Tuve que responder negativamente con ligeros movimientos de cabeza. Ella rió en grande y dijo al viento.

—¡Este Tito está loco!

¿Cuál era mi solución? Hallar a Li. Ese era el santo que me haría el milagro de prepararme en un solo día para la batalla donde ya Celia caería a los pies de este guerrero. ¿Pero crees que fue fácil? ¡Para nada! Mañana te lo cuento.

DÍA 7

13 de agosto

Encontré a Li y me llamó loco, ingenuo, de todo me dijo; pero tenía que convencerlo y caminaba delante de él como si fuera un bebé con su papá para que me hiciera caso.

—Si tengo un buen maestro, puedo aprender en un día. —Le dije casi rogándole.

Él ya estaba harto de escuchar mis razones y decidió hacerme entrar en razón, para que recapacitara.

—Una carga al machete es para gente grande. Tú lo que quiere' es congraciarte con Celia.

—¿Y qué tiene de malo ser un mambí enamorado? Además... si participo en el combate... sería tremenda historia para contarle a mis seguidores de YouTube... —Le dije, zalamero, sonriendo y haciendo gestos mientras hablaba.

Ese chino cascarrabias me miró confundido, pero con una mueca y dejando caer los hombros, manifiesta que cede ante la insistencia del niño. Alcé los brazos en son de victoria; él alzó los ojos al cielo, como diciendo “¡A mí solamente me pasan estas cosas!”.

A los pocos minutos, él ya sostenía la larga rienda de un caballo que marchaba a su alrededor conmigo encima. Yo estaba feliz

por fuera, luchando internamente por poder lograrlo, y grite para que todos oyeran:

—¡Como si hubiera nacido arriba de un caballo!

—Vamo' a ver cuándo te deje solo. —Dijo, con sonrisa de medio lado; y sí que me fue complicado cuando ya tenía las riendas del caballo.

¡Que animal más intranquilo! No obedecía, daba brincos tratando de hacerme volar por los aires. Li, Amparo y dos mambises, sonríen con la escena. ¡Hasta Celia se acercó para verme y yo haciendo tal papelazo!

—¡Caballo, caballitooo!

Celia apretaba los labios para no reírse delante de mí, pero era obvio que pensaba que no lo iba a lograr. Los demás reían al verme como marioneta encima del caballo. ¡Qué vergüenza delante de ella! Sólo me quedaba un recurso: hablarle al caballo y me acerqué a sus orejas y le dije al animal en voz baja, casi entre dientes:

—Caballito, me estás haciendo pasar vergüenza con esa niña. ¿Te gustaría que te hiciera eso con una yegua?

El caballo volteó su cuello con los ojos muy abiertos hacia mí, comprendiendo la situación. Celia, con una mano, se cubrió la boca para reír de alguna manera, ya no le era soportable aguantar; y como por arte de magia, aquel corcel colaboró y marchó elegante, como en un desfile. Yo llevaba las riendas como si fuera un general.

Li, con las manos en la cintura, se rindió a la evidencia y se quitó el sombrero que apretó como diciendo “¡y yo que pensé que esto acabaría en unos minutos!”. El resto de los presentes asienten ante el progreso del jinete. Celia me sonrió y aplaudió. Yo, para aprovechar el gran momento, hice el gesto de llevar el puño de mi mano derecha al corazón y luego lanzarlo a ella, quien me sonrió e hizo como que atrapaba el corazón.

Había entrado en la segunda etapa de la preparación para el combate, tenía una rama en la mano y hacía movimientos recordando las coreografías de wushu con espada. Li frente a mí, sostiene otra, con gran expresión de sorpresa ante mi destreza.

—No soy chino, pero he hecho esto toda mi vida.

—Yo sí soy chino. ¡Pelea! —Me grito, realmente divirtiéndonos ambos, sin que pudiéramos superar ninguno al otro, hasta que el chino dijo:

—Ahora con el machete.

El cascarrabias asiático encajó una rama de su altura en la tierra, le puso un coco seco en la punta. Yo esperaba a algunos metros, sobre el caballo, machete en mano. Él me hizo una señal subiendo y bajando el brazo; entonces estimulé al cuadrúpedo golpeando levemente sus costillas con mis botas y aflojando las riendas, grité:

—¡Caballo!

A unos metros de la rama levanté el machete, lo bajé de inmediato y de un tajo el coco se dividió en dos partes. Li, orgulloso, sonrió. Celia estaba recostada a un árbol disfrutando mis avances. Ya me sentía confiado y alcé el puño derecho en símbolo de victoria, ¡este era el mejor videojuego de mi vida! Entonces me acerqué a Li y le aseguré:

—Esa mambisita va a ser mi novia mañana mismo. ¡Deja que yo regrese del combate!

Li me miró, ya resignado; yo iría al combate al que todos me aconsejaban no ir. Con paso lento, me acerqué con el caballo a la sombra del árbol donde estaba mi cubanita bella, y desmonté mientras le hablaba, rebotante de confianza.

—Voy a tener mi primer combate y no en un jueguito de te-lé...

¡Por poquito la vuelvo a echar a perder con la tecnología! Celia me miró, extrañada, a ver qué diría. Sin dejar pasar otro segundo, y estando aún más cerca de ella, dije:

—... tendré un combate de verdad.

Celia, orgullosa, me sonrió, aunque un tanto apenada.

—Yo debo quedarme en el hospital, cuidando enfermos.

—No te preocupes, yo estaré allí con los mambises, peleando duro. —Dije, en tono dramático, haciéndome pasar por un héroe romántico ante sus ojos.

Ella estaba orgullosa de mi progreso y me dio un golpecito en el pecho, como diciéndome “¡presumido!” y se retiró, mientras yo la observaba como se contoneaba al caminar.

Llegó la noche. Comimos algo. ¡Qué hambre pasaban los cubanos en ese campo con tal de lograr la libertad! Dormí en mi hamaca hasta que sentí una algarabía al amanecer.

Li se me acercó, vestido con ropa limpia, forzándome a levantarme. Me preparé, tomé café y llegué el área de enfermería, donde estaba Celia cosiendo la bandera cubana, con la tela estirada sobre la tabla. En ese momento, comprendí por primera vez el verdadero sentido de ese símbolo nacional, sabía que estaría ondeando en mi primera batalla y me estaría impulsando; no era una tela, era un símbolo de libertad nacional.

—¡Qué bonita! —Dije mientras ella, orgullosa, alzó un poco la tela, mostrándomela.

Un sonido de corneta llamó a formación, mientras se escuchaba decir:

—¡A formación! ¡Viene el general!

Corrí con Celia corren hasta llegar al descampado. Todos estaban reunidos allí. Vi llegar, en un inmenso caballo blanco, a un

hombre mestizo, bigotudo, alto, fuerte, ya maduro, vestido impecablemente con sus grados bordados en oro, y me dije: “¿este es el general Baraguá!”. ¡Yo lo había visto en una valla!

Todos lo miraban con inmensa admiración. Paula, Li, Amparo y otro oficial mambí se le acercan. El general se bajó del caballo; era altísimo, mucho más de seis pies, igual se desmontaron Lamberto y otros dos asistentes. Paula efectuó un saludo militar y todos imitamos el gesto. Bajando el saludo, habla con emoción y alegría.

—Bienvenido, general.

—Felicidades, capitana, por traer el cargamento. — Respondió, diáfano, poniendo su mano sobre el hombro de la guerrera, quien regaló con sonrisa intentando contener la emoción, pero la humedad de sus ojos la delató.

A pocos metros de ellos, estaba con Celia, observándolo. Ella me dijo:

—Ese es Maceo, le dicen el Titán de Bronce, porque ha tenido muchas batallas y las balas casi no le hacen nada.

—¿Maceo? Estoy seguro que se llama Baraguá. —Dije queriendo mostrar que también sabía de temas cubanos; pero ella me tuvo paciencia y explicó:

—Él es Antonio Maceo, que cuando no pudimos ganar la otra guerra, que duró diez años, no quiso negociar la rendición ante los españoles y a eso se llamó la Protesta de Baraguá, que es un lugar. ¡Maceo! ¡El Titán de Bronce!

¡La ignorancia es atrevida! Siempre lo escuché decir y, en este momento, había quedado claro. ¡Entonces se llamaba Antonio Maceo!

—Pues sí que parece un Titán, está fuerte como un Avenger, ¡le ganaría a Venom y al Joker en mis videojuegos! —Dije, pensando

en voz alta. Al mirar a Celia, me observaba con una muequita por no entender ni una palabra y me dijo un poco desenfadada:

—Ay, Tito, mijito, qué raro tú hablas.

Ahí fue realmente que nuevamente se había escapado contenido del futuro que nadie entendería. Me volteé hacia Maceo, buscando disimular. Li le hablaba al general, con afecto y sumo respeto.

—Las armas nuevas están listas. Ayer nos encargamos de eso.

Maceo lo miró con gratitud, luego se volteó, quedando de frente a toda la tropa y habló con pasión, sin alzar la voz, llevando intuitivamente su mano al mango del machete:

—En un rato tendremos combate.

Su mano apretó el mango de su machete, lo desenvainó mientras todos imitaban su gesto, y dijo a viva voz, mientras lo sostenía en alto:

—¡Viva Cuba Libre!

—¡Cuba Libre! —Gritamos todos los presentes, ya deseando que empezara la batalla.

Yo tenía el machete que me había dado para entrenarme y por supuesto que lo elevé y grité “¡Viva Cuba Libre!” Ya no solamente tenía amor por Celia, sino por su causa, que la había hecho mía.

Poco después, ya estaba arriba de mi caballito, con revólver y machete en la cintura, y Celia me miraba orgullosa.

—Pelea bravo mambí, y no dejes que te maten.

¡Me sentía Superman! Le guiñé un ojito a Celia y con hidalguía y elegancia, contemplé todos los detalles a mi alrededor. Se sentía una energía vibrante. A mi lado pasó un mambí con la bandera en una asta, acompañado de otro insurrecto, y dije a Celia, mientras señalaba al símbolo patrio:

—Esa es la bandera que hiciste. Pensaré en ti cada vez que la mire.

Celia, con los ojos húmedos, tierna y orgullosa, me despidió con un gesto, el cual correspondí y me uní a la tropa que, junto a los hombres de Maceo, debíamos ser unos trescientos.

Un explorador había llegado con un mensaje. Nos desplazamos unos quince minutos hasta llegar a un montecito. Antonio Maceo, Lamberto y sus asistentes iban al frente. Escucho en un susurro que se acercaba un batallón que fácilmente nos duplicaba en fuerzas y contaba con dos cañones —muy modernos para la época— que había que capturar, dado que Maceo se había propuesto junto a un general dominicano llamado Máximo Gómez, hacer una invasión que llegara a todo el país. Lo más moderno que vi entre los mambises eran fusiles Máuser y Remington, pero esa artillería pesada sería necesaria, porque a esas alturas España, como imperio colonizador, había perdido todas sus colonias latinoamericanas y sólo le quedaba Cuba, la cual no soltaría excepto que fuera a la fuerza.

No podía escuchar lo que decía Maceo, pero cuando vi que sacó su inmenso machete, todos hicimos lo mismo. Todos estábamos alertas. En cualquier momento comenzaba la contienda. Yo no quería ni pensar, sólo deseaba que aquello terminara pronto.

—¡Al machete! —Con voz de trueno, Maceo dio la orden.

El corneta tocó el llamado de “¡a degüello!”. Y fuimos bajando gradualmente a todo galope, bordeando aquel montecito en dos direcciones, dejando en el centro a los quizás mil españoles de uniformes rayados de blanco y azul celeste. Algunos disparaban, apostados desde el monte, pero no había tenido tiempo de practicar el tiro y me tocó cargar al machete.

Desde lejos vi a Maceo y a todos los mambises, machete en mano, lanzándose sobre los ibéricos. Yo los veía desde atrás. Tenía miedo, sobre todo al ver que el enemigo también luchaba con

fuerzas, provocando heridas graves a los cubanos, y yo no me quería morir. ¡A mí me dijeron que iba a una aventura, pero aquello era una guerra de verdad! Pero pasó ante mis ojos el abanderado, como cachetada sin manos, y recordé a Celia, mi promesa de regresar triunfal y con fuerzas avispe a mi corcel para que se adentrara en la batalla, aunque me temblara la mano que sostenía el machete y estuviera sudando frío. A veces la valentía es solamente decidirse a pelear, aunque estés lleno de miedo.

Aquellos sonidos estridentes de disparos, gritos de dolor, los machetes chocando contra espadas y cuerpos, me empezó a abrumar. Los españoles pelearon organizados hasta que la fuerza cubana les hizo perder la formación de su infantería; llegó además la caballería hispana, pretendiendo rodearnos. El combate era encarnizado y sangriento. Muchos hombres, de ambos bandos, perdían su vida delante de mis ojos, el olor a sangre me daba dolor de cabeza ¡y yo siendo un niño no debería ver eso! El sudor abundante casi no me dejaba ver y ante mi falta de determinación mi caballo se detuvo en medio de aquella masacre. Ver aquella bandera cubana, sostenida por estoico muchacho, era lo único que me mantenía sin desmayarme, sólo decía “Celia” en mi cabeza, quizás lo susurraba, dándome fuerzas para al menos defenderme cuando llegaran a mí. Mi caballo hacía pequeños movimientos nerviosos porque alrededor había pelea, y no se movía porque con los nervios tenía las riendas bien apretadas.

Vi a Li y a Paula con sus ropas ya estaban cubiertas con salpicaduras de sangre, combatiendo a machete limpio. Ella me ordenó enérgicamente al verme alelado.

—¡En combate, mambí!

Como despertando del letargo, miré a Paula y levanté mi machete con decisión. Maceo, a caballo, ya tiene varias manchas de sangre en su blanca ropa, y alzó el machete con arrojo. Dos españoles se acercaron a su caballo, queriendo herirlo con la bayoneta

adjunta a sus fusiles, como si fueran lanzas, mientras otro le apuntaba directamente. Sonó un disparo justo cuando el Titán eliminó a los dos soldados con un solo swing, que lo hizo gritar mientras de su brazo izquierdo brota sangre y la manga de esa camisa se tiñe de rojo por el impacto de una bala que estuvo a centímetros de impactar su corazón. Él se miró la herida, sin dejarse aminorar por el dolor, y de un solo golpe partió en dos el fusil de quien le disparó a quemarropa. Yo estaba nuevamente en shock.

Súbitamente veo a un barbudo oficial español, a caballo, que se viene sobre mí, sable en mano y apenas me dio tiempo a poner mi machete sobre la cabeza, evitando ser herido; pero el sablazo fue tan fuerte que caí del caballo dándome un fuerte golpe en la espalda que me dejó sin aire.

Vi al morbosos hombre, con saña, sonriendo desde su caballo, se me acercó con el sable. Desde el suelo, aterrado, miraba a mi potencial asesino mientras se arrastraba hacia atrás, apoyando por los codos. Su sable no me alcanzaba, así que se tomó el tiempo y descendió de su caballo dispuesto a matarme. ¡Celia! Ese hubiese sido mi último pensamiento si Maceo no hubiera llegado a tiempo y enviado al más allá a mi atacante, quien cayó sin vida casi a mi lado.

—¿Estás bien? —Me preguntó Maceo. Yo asentí, ya al límite de la descompensación, hasta los ruidos los escuchaba lejos, cada vez más lejos. Creo que fue en ese momento donde me desmayé.

No sé qué tiempo habría pasado cuando me desperté con los gritos de “¡Viva Cuba Libre!”. Por la posición del sol, debieron haber pasado quizás varias horas. Mi cuerpo estaba cubierto por barro y sangre seca que, al no sentir grandes dolores, supuse que no eran de heridas mías. Me fui incorporando, primero sobre mis codos, hasta ponerme de pie y vi las huellas horribles del combate. Cuerpos de españoles muertos y heridos. Mambises lamentándose por sus heridas, al tiempo que recibían ayuda. ¡Habíamos capturado los dos cañones! Maceo sobre su caballo, con su ropa rasgada

por la herida sangrante, celebraba junto a Lamberto y otros mam-bises, algunos a caballo y otros a pie, con sus ropas tan sucias como la mía. En medio de aquello, la bandera cubana ondeaba gracias a la fuerte brisa del atardecer.

Yo caminaba despacito, no encontraba mi caballo. Tenía mucha vergüenza. Las lágrimas se me salían solas. Li y Amparo que se me acercaron y ni los podía mirar de frente de lo afligido que estaba.

—Lo siento, era un combate de verdad... y me asusté.

Li, con rostro paternal, apoyó una mano en mi hombro derecho, condescendiente:

—Ya pasó, ganamos...

Alcé mis ojos a Li, detrás de él vi nuevamente la bandera y me salieron dos lagrimones. El chino volteó la mirada y al mirar la insignia, comprendió que yo sabía que Celia pensaría que fui un cobarde. Nunca encontré mi caballo y fue mucho mejor, porque esa caminata de una hora lloré sin que nadie me viera y eso me relajó un poco para comenzar a buscar todos los posibles argumentos para lograr una segunda oportunidad.

Al llegar al campamento había mucha alegría. Agradecí al cielo no haber visto a Celia en la entrada, no sabría aún qué decirle; con tanta tristeza no sabía si me iba a salir la voz al querer hablar, dado el nudo que sentía en la garganta. Celia apareció sin verla venir, no tenía fuerzas para mirarla a los ojos; ella fue tan buena que, aunque decepcionada, trató de no hacerme sentirse mal.

—No te preocupes... todavía no estás listo. Eres un niño.

Bajé la mirada. Estaba desplomado por dentro. Ella, intentando mejorar mis ánimos, optó por no dale importancia a aquello.

—Voy a celebrar con todos. Puedes venir.

Y diciendo esto, se volteó, dirigiéndose al grupo de mambises que festejaba. ¿Qué iba a celebrar yo? ¡Mi falta de coraje!? Pensaba mientras me secaba las lágrimas con el puño derecho, con una mezcla de enojo y ganas de revancha inmediata.

—No soy un niño, ¡soy un mambí! ¡Te lo voy a demostrar en el próximo combate!

De pronto, todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor, como si estuviese en el centro de un tornado, los colores de todo se fueron mezclando como en una batidora cuando mezclas trozos de frutas distintas. Al ver que aquello nuevamente era como esos cuadros de Munch. ¡No era el momento de irme de ahí y quedar delante de Celia mil veces peor que como había llegado! Me fui quedando sin aire, me dio un fuerte mareo, todo se puso oscuro, y cuando abrí los ojos vi a Xu Fu sentado en su pequeño trono, con su singular báculo recostado en el brazo derecho del mueble. Parecía que no se percataba de mi presencia, pues jugaba con mi tableta, bien concentrado y sonriente, a pesar de que lo hacía con torpeza para accionar los comandos táctiles y conseguir superar los obstáculos del juego. Miré a mi alrededor, mis manos, mi ropa... ¡y estaba tan limpio como antes de viajar al pasado! Por poco me mataron dos veces, pero gracias a Dios y a Celia sobreviví. Mi primer impulso fue tomar aquel bastón mágico, pero pudo más mi sentido común, aunque era incómodo ver que me ignoraba y sólo se decía: “Tengo que ganar... tengo que ganar”.

Xu Fu me miró con el rabito del ojo por un segundo y siguió jugando; entonces me acerqué a él con mi rostro lleno de emociones.

—¡Xu Fu, debo regresar, por favor!

Él levantó la cabeza y me miró como expresando “¿qué tú dices!?”. Pero de inmediato regresó su atención a la pantalla, para continuar jugando, hablando sin mirarme.

—¿Regresar...? Dijiste que no te interesaban las aventuras.

Juro que por ese momento odié a ese chino, luego respiré profundo, se me pasó la ira, si me peleaba con él ahí sí que más nunca volvería al pasado. Estaba muy ansioso, me movía alrededor suyo intentando convencerlo.

—Pero ahora sí... es que no hice bien las cosas y... conocí a la niña que, quiero que sea mi primera novia.

Xu Fu sonrió burlón mirando a la luz cenital, mientras abría los brazos, con histrionismo.

—¡Ooooooh el primer amor!

¡Recórcholis! Dije para mis adentros, este Xu Fu sí sabía sacarme de quicio con sus bromas, entonces probé el infalible truco de pedir algo con ojos suplicantes:

—Por favor, hechicerito lindo...

Xu Fu me miró por dos segundos con una mirada menos expresiva que la de un pescado en una tarima, retomó su juego en mi tableta y me volvió a hablar sin mirarme:

—Es difícil saber dónde está “esa niña”. Las niñas siempre están de un lado a otro. Mejor te olvidas de ella y...

—No puedo olvidarla... no podemos terminar así...

Casi lloro delante de Xu Fu y no se inmutaba, más bien me dijo, mientras yo miraba su báculo apoyado en el brazo de la silla:

—A cada niño le concedo un viaje, una sola aventura... no sería justo si a ti...

¡Me cansé! Tomé aquella pieza de madera y golpeé el piso pensando en ella, generándose luces azules por toda la habitación, como ondas expansivas. Xu Fu se volteó y me miró, sorprendido. Sus ojos no lo podían creer. Luego supe que su asombro era porque sólo él o personas elegidas por una fuerza mayor podían tomar su báculo y hacerlo funcionar mágicamente. Todo comenzó a dar vueltas a mi

alrededor. Miré al chino como diciendo “¡La encontraré!”. De nuevo vino la misma sensación que ya saben que pasa en esos casos, y bum, todo se volvió negro.

¿Crees que volví al siglo XIX y pude restaurar las cosas con Celia? ¿Viajaría quizás a un tiempo más antiguo donde ella fuera una princesa y yo el caballero errante que la rescataría y así borrar toda aquella mala imagen de la primera vez?

Mañana verás a dónde me llevó la magia. ¡Buenas noches!

DÍA 8

14 de agosto

Cuando abrí los ojos, me encontré detrás de una puerta que quedaba en los bajos de la escalera de un edificio del siglo XX, por el tipo de losas del suelo parecía ser de un edificio de clase media. De la calle venía una bulla ensordecedora, se oían sirenas de patrullas y se escuchaba clarito: “¡Abajo la dictadura! ¡Fuera los corruptos!”.

Me miré mis ropas, no tenía muy claro en qué época estaba; quizás años de 1920 o 1940. Abrí la puerta lentamente y vi pasar a una multitud que avanzaba por una ancha avenida en una loma, con una tela blanca y texto en rojo y leí “¡Abajo Machado!”. Otros manifestantes llevan carteles y pancartas en los que se leía “Estudiantes por la Patria” y “Venceremos”. Yo no sabía casi nada de historia de Cuba, ni siquiera sabía si los españoles habían ganado la guerra porque la valla de “Una Sola Revolución” decía que iba de Céspedes a Fidel, y el año del triunfo sí sabía que era 1959 porque en ese año nació mi abuela cubana, quien siempre decía “¡Yo nací en enero del 59 y querían que mi madre me pusiera Victoria, pero ella se plantó firme y me puso Teresa!”.

Volví a mirar con la puerta entrecerrada. Cientos de jóvenes marchaban con sus brazos en alto en señal de protesta. Sus gritos enérgicos resonaban con vigor. Lentamente fue sacando la cabeza y vi un poco más. Aquella calle se llamaba San Lázaro, y a cuadra y media, en la calle perpendicular, muchos carros de la policía habían hecho

un bloqueo total para el paso de los protestantes. Los uniformados paramilitares portaban garrotes, escopetas y pistolas, también había a caballo. Aquello se iba a poner fatal en un par de minutos. Yo me dije, “¡esta no es tu bronca, cierra tu puerta, cuando todo pase, buscas a Celia!”. Y cuando estaba por cerrar la puerta, vi ese cabello dorado en plena multitud que se dirigía a donde yo no quería ir. ¡Celia! ¿Esa niña no podía ser normal, de uno invitarla a tomar un helado y conversar? Ella avanzaba con buen paso junto a niños y jóvenes, con rostro enojado y mirada febril; todos, con vestimenta humilde, y absoluta decisión gritaron: “¡Queremos mejores escuelas! ¡Abajo la dictadura!”.

Salté a la acera, dispuesto a llegar a ella, entrando en la multitud. Si me iban a dar un palazo, esta vez no tendría miedo y ella lo vería. Escurriéndome entre los cuerpos de los protestantes, al tiempo que me iba aprendiendo las consignas para hacer mi entrada triunfal ante sus ojos, me iban acercando, levantando el brazo derecho, entrando en el calor del momento como si yo fuera el líder de algo que sólo sabía que era una causa que ella defendía. No hacía falta más, primero tocaba apoyarla y después averiguar en qué la ayudaba; a mi edad no sé mucho del amor, pero estoy seguro que debe ser como yo digo.

—¡Viva Cuba! ¡Abajo la dictadura! —Eso gritaba a toda voz mientras me hacía un espacio al lado de mi guerrerita.

Ella me miró de arriba abajo en un flashazo, casi esbozando una sonrisa, pero vibraba tan enojada por los motivos que la llevaban a la marcha que en vez de saludarme, lanzó un grito enardecido “¡Abajo la Dictadura!”.

El grupo de niños y adolescentes que la rodeamos, reaccionamos en una sola voz “¡Abajo!”.

Ya estábamos a casi 50 metros del cerco policial, los ánimos se notaban caldeados. En los últimos dos minutos habían llegado

más carros de la policía. Delante del grupo de uniformados, llegó uno de mayor rango, de bigotico fino y grandes bolsas bajo los ojos que nos miraba con profundo desprecio. Todos decían que era el temido capitán que hacía no sé qué clase de abusos. Cuando estábamos ya casi chocando con la policía, el oficial dando un golpe sobre el techo de una patrulla, alzó la voz a su tropa, como un alarido ronco: “¡Se acabó la protestadera! ¡Palo con to’ el mundo!”.

Los policías, los agentes montados y los infantes, con sus bastones de madera, se lanzaron sobre los estudiantes que quedaban en las primeras filas. Nosotros estábamos escasamente quince metros detrás y a ver esa violencia sentí miedo, pero no me eché a correr al ver la firmeza de Celia hasta que se rompió el orden de la manifestación. Un agente, desde su caballo, golpeaba las cabezas de dos estudiantes y aquello me empezó a dar dolor de cabeza, recordándome la carga al machete; pero respiré profundo y apreté la mano de Celia, quien correspondió haciendo lo mismo con la mía. La violencia iba escalando en esa calle y esa policía no creía en derechos humanos, ni para grande ni para niños, quizás no existieran por escrito como una convención en esa época, pero aquella manada de cromañones no entendía de otra cosa que no fuera la violencia por la fuerza.

Nosotros, los niños, aunque estábamos entrando en la adolescencia poco o nada podíamos hacer contra esos uniformados, que al vernos no nos golpearon, sí nos hacían a un lado y dos de ellos nos hicieron señas para que nos fuéramos de ahí.

—¡Si no entienden... a tiros con ellos! —Vociferó el capitán para disparar hacia la multitud, primero al aire y después en una dirección hacia donde estábamos nosotros. Varios policías desenfundaron sus armas de fuego y aunque efectuaban disparos, varios manifestantes se les fueron encima, aunque la gran mayoría nos fuéramos corriendo del lugar. Subíamos por la calle San Lázaro como alma que lleva el diablo, donde vi varios heridos leves intentando escapar;

¡corría con el corazón en la boca a pesar de que me había jurado ser valiente, al menos delante de Celia, aunque preferiblemente siempre!

Escuchando gritos y ráfagas de disparos, Celia vio la puerta abierta de un gran edificio de la calle N, entre San Lázaro y Jovellar, y pocos segundos después estábamos adentro, con la puerta cerrada y por más de un minuto ni pudimos hablar. Estábamos sofocados, sudados, con los corazones que parecían bombos de carnavales. Me senté en una amplia escalera de mármol blanco hasta recuperar el aliento, quedando frente a ella, que estaba recostada a la pared, casi de perfil, frente a mí. Ella, habiendo recuperado fuerzas, dijo asqueada, mirando a la nada:

—Abusadores... maltratando a los estudiantes y al pueblo.

—¿Y el que gobierna es español? —Pregunté noblemente, buscando ponerme al día.

¿Yo qué iba a saber de historia de Cuba del siglo pasado? Cuando se Celia se volteó hacia mí, supe que no eran españoles, sus ojos lo dijeron y luego, en su voz, me dio detalles mientras proyectaba su resentimiento:

—Peor. Un cubano que fue mambí, pero traicionó.

—¿Entonces los mambises le ganaron la guerra a España? — Indagué usando un tono que no le cayera mal a Celia, quien suspiró alzando la vista en son de cansancio mental, pero pocos segundos después, decidió explicarme, incluso con un tono cariñoso, sin dejar de estar seria y un poco triste.

—Casi casi... pero llegaron los yanquis... y hoy son los que mandan. Parece que hay libertad, pero es un espejismo.

Hubo un hondo silencio, de cinco o seis segundos. Yo seguía sentado, sin comprender a ciencia cierta, mis temas como youtuber no habían sido de historia o de guerras. Ella comenzó a hacer movimiento de manos y prosiguió con su explicación:

—Ahora luchamos contra los malos cubanos, y para sacar a los yanquis también.

Bueno, al menos ya había entendido algo. Los mambises ganaron la guerra, de alguna forma entraron los norteamericanos a influir en el gobierno cubano, y el presidente del país había sido mambí, luchó por la libertad de Cuba y ahora no dejaba a las personas expresarse libremente en las calles.

Celia abrió la puerta, ya no se escuchaban ni disparos ni gritos, y asomó su cabeza, mira hacia la izquierda, en dirección a la calle San Lázaro; se viró hacia mí, sin cerrarla, mas sí se recostó en el ala de la puerta que está cerrada y me dijo a modo de despedida:

—Me voy... ahorita tengo una reunión con los estudiantes...

Incorporándome, le tomé del brazo izquierdo cortando sus movimientos. Ella me miró con sorpresa y yo, con profunda vergüenza le dije de frente a sus ojos:

—Disculpa... estuve mal en el combate mambí. —E hice una pausa, hallando el tono exacto para que entendiera que todo sería distinto—. Me gustaría demostrarte que soy valiente.

Intentando sonreírme, quitó con su mano derecha, mi mano sostenía su otro brazo.

—No tienes nada que demostrarme.

—Pero iré contigo a esa reunión. Quiero estar cerca de ti... —Decreté firmemente, aunque dulce, como ya sabía que le gustaba. ¡A una niña de carácter fuerte no le puede mostrar ninguna debilidad porque se desinteresa!

Ella me observó un poco confundida, clavándome la mirada a media asta, escudriñándose. Ahí le solté el remate:

—Quiero estar cerca de ti para defender a Cuba.

Ella, dejó caer los ojos, y supe que había aceptado. ¡Tenía mi oportunidad! En menos de un minuto nos habíamos ido de allí.

Caminamos unas nueve cuadras, subimos a un edificio que se veía bastante nuevo para la época. Allí estaba una joven, ya mayor de edad, que nos abrió la puerta; nos pidió que paráramos sándwiches para los que estarían en la reunión y así lo hicimos. Vi una revista nueva, que había llegado en la correspondencia, y busqué la fecha, ¡febrero de 1933! Estaba prácticamente un siglo antes de mi tiempo, habían pasado casi cuarenta años de mi primer viaje al pasado y Celia no había crecido tampoco. ¿Estaría ella jugando el mismo juego que yo con Xu Fu? Porque ya debería ser una señora de cincuenta años en 1933. ¡Todo era un juego hiperrealista! ¿O no lo era? No lo sé, los gráficos era pura realidad, como si fueran viajes al pasado. ¿Si me mostraba demasiado valiente y me exponía a las balas podría morir y nunca más ver a mis padres? Quizás Celia sabía más que yo, pero si le preguntaba demostraría que mi valentía era falsa, a sabiendas que nada malo me pasaría en realidad. ¡Qué difícil! Pero bueno, lo importante es que ahora, teniendo claro que ella también estaba en el juego —porque no envejecía— sí esperarí lo mejor de mí y esa sería mi actitud. ¡Lo más probable es que hasta pudiera tener súper poderes!

Ya iba entendiendo de qué podría ir yendo esto, asumí que la dinámica era seguir la rima a estas aventuras en Cuba, y sorprender a esa belleza que recién había cumplido doce años un mes y medio antes que yo los cumpla. Ni le dije que era mayor que yo para que no se sintiera más inalcanzable.

Poco a poco fueron llegando los estudiantes universitarios al departamento, estaban bien vestidos, ocuparon el amplio sofá y dos butacas, nosotros escuchábamos todo desde unas pequeñas escaleras que conducían a un piso superior dentro del mismo recinto. Había uno de ellos, que parecía el líder, vestido con vestuario más

formal, como un abogado que hablaba de que Cuba sería una patria libre de injusticias.

Yo, como niño que soy, siempre evité ver noticieros de adultos, porque siempre se veían malas noticias. Miré a ese joven, claro, no podría saber cómo sería el mundo un siglo después, alcé los ojos sabiendo que los seres humanos siempre cometeremos errores y que Cuba —como cualquier parte del mundo— siempre tendría cosas malas y buenas. Me alegró que, aunque lo poco que vi del futuro no tuviese tanto desarrollo, las personas vivieran felices, bailaran y disfrutaran los niños, aunque fuera pateando un coco si no hubiese un balón de fútbol.

Celia sí estaba encandilada observando al líder revolucionario que no paraba de dar argumentos románticos; y claro que sí me produjo celos e incomodidad verla así.

—Qué lindo habla...

—¿Quién es? —Pregunté, sin ganas, por tener una conversación con aquella embobecida niña, que no dejaba de mirar al galán.

—Un líder universitario... y no sólo habla bonito... también es un hombre de combate, sin miedo. Él nació en Filadelfia, Estados Unidos, su papá es cubano y su mamá es de allá. Ama tanto a Cuba que está luchando en contra de que el gobierno americano quiera mandar aquí.

¡Uy!, ¡dijo “sin miedo”! Me llegó hondo porque sabía que me había visto aterrado al volver de la carga al machete. ¡Qué rabia! ¡Qué celos! ¡Contrólate Tito! Respiré hondo, le toqué un hombro y cuando se volteó hacia mí, le dije bien claro:

—Entonces es como yo que nací en México, mi papá es cubano y yo defiendo a Cuba.

—Pero él es un adulto y tú eres un niño, Tito.

¡Un niño! Perfecto. ¡Usaría eso a mi favor!, pensé:

—Exactamente! Quizás a los 11 años él estaba leyendo libros de aventuras y nosotros las estamos viviendo. ¿Quién tiene más valentía?

A ella le encantó mi respuesta, aunque no lo reconoció verbalmente, su sonrisa dijo todo. Nunca me había visto así, me clavó sus ojos verdes con admiración. Orgulloso y decidido, le dije para rematar:

—Si van a hacer algo, cuenta conmigo.

Me miró con una muequita, proyectando dudas de mis actitudes combativas, pero su amplia sonrisa develó que confiaba en mí y dijo:

—Los niños de sexto grado queremos hacer algo. Nos han dado información reciente sobre un ministro corrupto y sus nuevos planes.

En uno de los palacetes del Vedado, zona residencial de La Habana, estaba la casa del ministro. El tío de Dalia —una amiguita de Celia que había conocido en la marcha— era mayordomo de la casa del corrupto ejecutivo. A media cuadra de allí, estábamos Celia, José, Dalia, Luis y yo, están sentados en la acera o de pie frente a ella; ya ella me había presentado a sus amigos y el ambiente era amistoso, aunque todos se veían enojados, mirando a la casa del malandro aquel.

Se decía que un tal Mister Carpenter estaba en su casa de visita para ayudarlo a invertir el dinero robado de las escuelas públicas que cada vez estaban en peores condiciones, incluso sin desayuno. Todo indicaba que, al día siguiente, el ministro sacaría el dinero de la casa y era el único momento para ese acto de justicia, como en el libro de Robin Hood. Celia decía que estaba cansada del abuso, mientras agitaba las manos, y yo me puse de pie y aprovechaba para apoyarla en todo, quizás con demasiado entusiasmo, porque noté que me espesaron a mirar raro, hasta que Luis le preguntó a ella:

—Celia, ¿quién me dijiste que es este?

—Tito. Un amigo mexicano. —Dijo ella con cara de “Luis, mira que eres curioso”.

Luis, que estaba sentado en la acera se puso de pie, y con cara seria me escudriñó, era más alto que yo y “pasadito de tamales”, como diría Juana cuando un niño debía hacer dieta. Entonces me preguntó:

—¿No tienes miedo... con lo fea que está la cosa en Cuba?

Celia me miró, sonreí y le respondí, sabiéndome observado:

—Los mexicanos no tenemos miedo, asere.

José y Dalia se rieron desde la acera y se pusieron de pie, alegres con mi respuesta. Las dos niñas se alejaron para conversar algo, y los dos cubanitos —bien bromistas— me hicieron señas para que habláramos aparte. Me dijeron, indagando:

—¿Qué onda entre Celia y tú, mi cuate?

—Se ve que te gusta ella... mexicano con picante, ¡eh!

Los miraba disimulando, no sabía qué decir. Ni tampoco podía ocultar mis intenciones. Ellos tuvieron un gesto de complicidad, echándome porras a favor de mi conquista. La pasión se me desbordó, olvidándome del mundo exterior, mirando a las nubes y dije:

—Es que Celia es especial...

Todo se volvió una nube, vi como estaba en un paraíso de mucho vegetación, arcoíris, pajaritos y Celia vestida con un ajustado vestido rojo se me acercaba; yo ponía mis manos en su cintura y nos mirábamos enamorados. Cerré los ojos y al abrirlos estaba nuevamente, junto a ellos que me miraban con risas en los ojos, y terminé confesando:

—Nunca me había enamorado, pero con ella... todo es diferente...

José y Luis se me acercaron, curiosos, demasiado fisgones.

—¿Y te ha dicho si tú le gustas?

—A veces se ríe conmigo, pero... no sé...

Dije, haciendo honor a la verdad. De pronto, ¡me di cuenta de mi gran oportunidad! ¡Podría tener asesoría de niños cubanos que me podrían ayudar a conquistar a Celia y la tenía que aprovechar!

—¿Cómo hago... para que se fije en mí?

Luis hizo una muequita, expresando que el asunto no es un tema sencillo, y planteó.

—Con las niñas tienes que ser romántico, fiel, y no las puedes decepcionar.

—¿Y cómo tú lo sabes? ¿Has tenido novia?

A Luis le dio pena confesarse, negó con ligeros gestos, tratando de salir del momento.

—No, pero eso es lo que dicen por ahí.

—Lo único que quiero en este mundo, es que me quiera.
—Dije regresando a mis pensamientos románticos. José miró a Luis raro, mostrando que le parecía exagerado mi desborde de pasión, y me dijo:

—Te está dando fuerte, mexicano.

Celia y Dalia ajenas a nuestro diálogo, se nos acercaron. Luis las vio venir e hizo señas para que cambiáramos el tema. Celia nos planteó:

—Atiéndanme muchachos. Este es el plan para quitarle el dinero a ese descarado.

Ahí nos dijo todo con detalles. Pasó la noche, amaneció y a las nueve en punto estábamos listos para hacer todo tal cual Celia nos orientó.

Se abrió el portón de la mansión del ministro, dos Rolls Royce salen de la residencia. Era mi gran día para ganarme a Celia o perderla para siempre.

DÍA 9

15 de agosto

Los autos salieron y ya teníamos previsto el recorrido gracias al mayordomo que escuchó las indicaciones que habían sido dadas la noche anterior a los choferes. No habría seguridad extra para no llamar la atención y nadie sospecharía de unos “mocosos”, que es la forma despectiva con la que llamaban a los niños en Cuba, especialmente los que jamás podrían desarrollar las acciones de los adultos.

Andaba en una carriola de madera, y vi pasar lentamente los dos autos. En el primero iba el elegante bandido, con la autoestima en las nubes, sosteniendo la maleta de cuero sobre sus piernas y con ambas manos. A unos cincuenta metros de mí, el carro del ministro se detiene de un frenazo. Algo había le había roto un farol delantero. El segundo Rolls Royce también frenó de golpe, casi golpeando al anterior.

El ministro, aterrado con la sorpresa, miró hacia atrás, apretando la maleta contra su cintura, al tiempo que le habló al chofer en tono muy nervioso.

—¿Y eso qué fue?

Su chofer, molesto, le habla mientras mira por la ventanilla señalando a la calle.

—Fu-fu-fu-fueron ellos.

Celia y Luis, cada uno con un guante viejo de béisbol, y José, con un bate en la mano, se detuvieron frente al primer carro, fingiendo gran desconcierto. El chofer, con la faz roja del enojo, abrió su puerta para acercarse a ellos. Los dos tripulantes del segundo auto también se bajaron, al no tener claro qué pasaba desde su perspectiva, y empezaron a expresar que los infantes siempre estaban haciendo las mismas travesuras. Aprovechando que todos estaban entretenidos con mis amigos, me acerqué por la derecha sin ser advertido, carriola en mano. El chofer tomó la pelota del piso y les habló, irritado, señalando al foco roto:

—E-e-e-este es el ca-ca-carro de un Mi-mi-ministro d-d-de la Re-repu-pública, y mi-mi-miren lo-lo que le han hecho.

Los niños se rieron en su cara, incluso los otros dos adultos, que seguramente antes se mofaban a sus espaldas. Celia paró de reír, tomó aire y dijo en su tono más serio posible, aunque se le notaban las ganas de reírse:

—¿Del mi-mi-ministro de-de dónde?

El chofer se siente abochornado. El ministro se asoma por la ventanilla izquierda, mirando a los muchachos con desprecio. Los otros dos hombres se encontraban a cada lado de la ventanilla de él, evitando que ningún niño se le acercara, mientras el burlado regresaba al carro y su jefe se dirigía a los muchachos con desprecio.

—¡Pero qué chistositos son! En vez de estar en la escuela, pierden el tiempo jugando en la calle.

Dalia se incorporó a sus tres amigos, con su carriola de madera, poniendo cara de ¿esto se está poniendo bueno! José dijo sarcásticamente, buscando entretener al ministro.

—Es que el techo de la escuela está roto, y como el gobierno no lo arregla, cerraron la escuela. ¿Usted no puede hacer algo ahí?

El ministro agitó ambas manos, distanciándose de su responsabilidad.

—Que sus padres arreglen escuela, porque no hay dinero. ¿Me oyeron?

Los cuatro niños miraron al ministro con caras serias. Celia con los brazos cruzados hizo una expresión de asco, José con el bate en las manos lo miró con repulsión, Dalia negaba con la cabeza y Luis metió un puño con fuerza en su viejo guante. La puerta de la derecha, opuesta a donde estaba el ministro se cerró de un golpe. El elegante pasajero se horrorizó mirando a los niños con ojos de luna llena y mi amada Celia, arqueando una ceja y con risa malvada, le dijo:

—Eso sí. Ya no hay dinero.

El chofer —en pánico total— hacía señas a su jefe queriendo decirle algo, pero no le salía palabra alguna. El ministro llevó las manos a un costado, buscando la maleta, sin encontrarla y empezó a sudar frío como el tartamudo que al menos sabía que ya el mensaje impronunciable había llegado hasta que, como descolche, pudo decir:

—Se-se... la llevó... un, un niño.

Sí. Eso me contó Luis mientras corrían cerca del auto y comenzaba el escándalo porque me había llevado la maleta; ya estaba a una cuadra de ahí para cuando el trajeado salió de su Rolls Royce con cara de demonio burlado, y gritó señalando hacia a mí, ordenando a sus hombres a perseguirme:

—¡Mi maleta!

La calle era estrecha como para hacer una vuelta en U y eso nos ayudó a ganar tiempo mientras íbamos en carriolas de madera y una chivichana conducida por José y Luis, loma abajo por la barriada del Vedado habanero. En esa esquina desde donde salimos, un hombre de espejuelos que está junto a su carro, con un periódico abierto, había visto todo, cerró la prensa y se montó en un amplio Ford negro,

de gomas con el centro blanco. El plan había comenzado bien. Celia me clavó sus ojos y me ordenó con firmeza:

—No sueltes esa maleta hasta el final.

—Esta vez no fallo.

Me mentalicé que este era el mejor videojuego de la historia, que no podía tener miedo y que todo me iba a salir ¡espectacular! Avancé a toda velocidad, loma abajo mientras escuchaba la bulla de los cláxones de aquellos carros ingleses mientras se acercaban.

Celia y Dalia, en sus carriolas, igual se echaron a correr. José, montado en la chivichana, y Luis, empujándolo, también se alejaron. El Ford negro nos escoltaba en secreto.

A todo lo que daba mi rústico transporte, iba esquivando vehículos, peatones y obstáculos, disfrutando la huida con la adrenalina a tope. Del timón de madera, colgaba el pesado maletín de cuero. Detrás de mí escuchaba la voz del ministro ordenando.

—¡Rápido, rápido...!

El Rolls Royce que antes iba en función de escolta, ahora era el más cercano a nosotros, y ciertamente estaba uno de esos gorilas queriendo atraparnos estirando la mano fuera del auto, al darse por vencido dado el largo insuficiente de su brazo, el copiloto sacó un paraguas. Viendo venir esa gran sombrilla bajé la cabeza evitando ser golpeado, apenas me despeinó un poco. Lo miré y su cara pasó del mayor stress a demostrar que se le había ocurrido una gran idea, con su pulgar presionó una protuberancia circular en el mango del paraguas, haciendo que este se abriera; él no contaba con la fuerza del viento que casi lo saca por la ventanilla hasta la cintura, obligándolo a soltarlo, y aquel parasol dio varias vueltas de campana hasta estrellarse en el parabrisas del carro del ministro. Desde donde estaba oía sus gritos de ira por no tener visibilidad.

El carro de adelante se detuvo en la luz roja, yo me había quedado varios metros atrás, dado que iba más despacio que este, por la velocidad que podía alcanzar. El copiloto, que me veía desde su espejo retrovisor lateral, abrió la puerta del auto para atrapar el maletín, y casi cuando estaba saliendo, no contó con que el carro del ministro no tenía visibilidad y golpeó tan fuertemente a su auto que este fue empujado varios metros delante, quedando en el medio de la calle transversal. El copiloto, aterrado, se aguantó de la puerta abierta para no caer, cuando paró se dispuso nuevamente a atraparme, pero por el otro lado de la calle, un camión inmenso chocó contra Rolls Royce, impactando la puerta del conductor y haciendo volar al copiloto hasta caer en un latón de basura que había a pocos metros. El carro del ministro retrocedió, cayendo la sombrilla del parabrisas a la calle, el auto ya ambos faroles rotos y la defensa caída por el lado izquierdo- dio un corte hacia la derecha y se incorporó a la calle. Nosotros seguimos avanzando, pero sentimos cómo aceleró esa bestia inglesa a nuestras espaldas.

Nuestros pies iban impulsando nuestros transportes lo más rápido que podíamos, pero sabíamos que era cuestión de segundos que el ministro nos alcanzara y así pasar a la segunda parte del plan. Dicho y hecho, sentí enseguida la mano de aquel hombre rozando el maletín que no pudo atrapar en su primer intento, seguro en el próximo lo lograría. Agarré aquel cuerudo bolso y lo lancé con fuerza por encima de mi hombro derecho, que pasó volando entre Celia y Dalia, para caer en las manos de Luis, quien estaba sentado en la chivichana. Él hizo girar a la chivichana a la derecha, con el timón que es un palo que movía con los pies. Se escuchó el frenazo del carro del ministro y unas palabrotas que aquí no puedo escribir.

El frustrado ladrón gritó a su chofer:

—¡Sigue a la chivichana!

El carro se incorporó de reversa, bruscamente, a la avenida que acababa de pasar para poder seguir a la chivichana. Un vehículo

se interpuso, pero el ávido chofer lo logró evadirlo, aunque detrás de ellos se creó tanta confusión en la vía que varios carros chocaron. Seguíamos siendo perseguidos.

Nosotros, en las tres carriolas y la chivichana, íbamos a todo tren, evadiendo a carros y peatones. Luis abrazaba la maleta sentado en la chivichana. Doblamos a la izquierda a máxima velocidad. Según me comentaron Luis y José, había un clavo que se aflojó que sostenía una de las cajas de bolas delanteras de la chivichana y al doblar, esta salió disparada y con ella, Luis y José. Dos obreros, cargaban un colchón caminando por la acera, y allí fueron a caer ellos con el maletín, tumbando a los que lo llevaban. El Rolls Royce frenó frente al colchón.

Vimos con tremenda pena que el ministro se bajó antes de que pudiéramos hacer nada, pateó la chivichana rota, recogió su estafa embolsada y gritó: “¡Ladrones! Pensaron que se iban a escapar”.

Nos sonrió burlón, besando su maletín. Celia se puso triste, pero le hice un gesto que le dio esperanzas, yo iba a improvisar a ver qué pasaba. El ministro le dijo al del asiento delantero mientras cerraba su puerta, tesoro en mano.

—Vamos. Ya estamos más cerca del banco.

El vehículo echó a andar. El chofer estaba con los nervios a flor de piel, mientras su jefe estaba sentado en el extremo derecho, tranquilo, sabiéndose vencedor. Ninguno había visto que yo viajaba apoyado con una mano del estribo de la puerta, agachado, y con la otra aguantaba su carriola con un pañuelo rojo, mientras estaba en cuclillas quedando en el punto ciego para el tartamudo. Celia y Dalia montaron a Luis y a José en sus carriolas y nos siguieron.

Lentamente me fui elevando desde mi posición de cuclillas, una mano en la carriola y otra en la manigueta de la puerta, asomando la cabeza por la ventanilla, a centímetros del ministro; estiré mi brazo derecho presionando con algo el cuello del ministro, a quien

se le cortó la respiración. Aquello era una acrobacia, había colocado ambos pies sobre la tabla base de la carriola, quedando esta como una patineta. Mi mano estaba cubierta con un pañuelo rojo, del cual sobresalía un cilindro que hincaba el cuello del corrupto estremecido. Le dije con la voz más seca y gruesa que pude emitir:

—O me da la maleta o disparo.

El ministro tenía cortada la respiración. El chofer miraba la escena, con pánico, desde el espejo retrovisor y preguntó:

—Lle-lle-llegamos al banco. ¿Si-si-sigo o pa-paro?

—Sigue, chico, ¿tú no ves lo que está pasando aquí?

—Respondió, intentando de recuperar la calma, sonriendo desafiante a Tito, sin mover las manos, queriendo persuadirlo, pero aún con miedo.

—Niño, deja el jueguito. Eso no es una pistola.

Mantuve mi seriedad y firmeza, apretando el cilindro con fuerza en el cuello del ministro.

—¿Entonces, disparo?

El ministro asustado, sudaba frío. La luz del semáforo cambió a roja y el auto se detuvo. Me impulsé y metí el otro brazo en el carro y agarré la maleta.

—Ese dinero es robado, y lo vamos a devolver.

Al ministro ver la maleta salir por la ventanilla, se resistió a dejarla ir, y de alguna forma la agarró por un lado y empezamos a forcejear. Puse ambos pies sobre la puerta del carro para poder hablar con más fuerzas. La luz del semáforo cambió a verde y el piloto aceleró mientras hacía mi máximo esfuerzo, con ambos pies sobre la puerta del auto y halé con todas mis fuerzas.

Las manos del hombre cedieron, y por inercia, salí volando por los aires, dando un salto mortal para atrás como cuando entrenaba en

el Kung Fu, y caía de pie, flexionando mis rodillas, a poca distancia de Celia, que ahora sí me veía como el niño que siempre quise mostrarle.

—¿¡Pero ese niño también vuela!?! ¡Síguelo, que no se escape!
—Gritó el truhan desde la ventanilla.

El auto paró en seco a pocos metros de mí. Eché a correr por la acera, en dirección opuesta al tráfico vehicular. De marcha atrás fui perseguido.

—¡Acelera que en el banco lo atrapamos!

Estábamos a metros del banco, sabía que el carro se estaba acercando amén de que evitara chocar con los automóviles que venían en dirección opuesta. No debí mirar para atrás corriendo a tanta velocidad, porque tropecé y caí de panza —quedando sin aire— sobre el suelo, con el maletín, del cual se abrió el cierre. El Rolls Royce ya estaba a mi lado y escuché que el enemigo público se bajaba del mismo.

Todo podría acabar ahí. Vi que los policías que estaban en la puerta del banco nos miraban con atención. Las transeúntes hacían pausa en su andar para mirarnos y yo no tenía ni fuerzas para ponerme de pie. El cierre estaba abierto, vi los fajos de billetes de cien pesos y con la fuerza de mi amor por Celia me puse de pie, quedando a escasos tres metros del ministro, quien sabía que yo no me iba a rendir tan fácil. A media cuadra de allí, mi princesa del Caribe me miraba nerviosa, midiendo cada uno de mis movimientos. Este era mi momento. O todo o nada.

DÍA 10

16 de agosto

Alcé el maletín a la altura de mi hombro para que todos vieran. El ministro sonrió, en modo persuasivo.

—Estamos frente al banco. Si armas alboroto, llaman a la policía... y tú eres un delincuente, yo soy un ministro. Dame la maleta y vete.

Lo miré a los ojos, vi a Celia, al hombre del Ford que había detenido su auto junto a la acera opuesta que le hace una seña con los dedos que capté perfectamente. Bajé la vista y el maletín, tomando impulso, para luego gritarle mientras lanzaba el maletín al aire, desde donde salían las docenas de fajos de billetes.

—Aquí tiene su dinero, ladrón.

Mientras el dinero estaba por caer, el ministro, sorprendido y aterrado, se lanzó a atraparlos, mientras el hombre de los espejuelos ya había sacado su cámara fotográfica para hacer su mejor trabajo, mientras el ladrón agarraba la maleta, intentando guardar todo el dinero, ya disperso a su alrededor, mientras gritaba “¡Todo es mío! ¡Que nadie se acerque!”.

Al saberse fotografiado y visto como cazador que ha caído en su propia trampa, entró en un estado superior de cólera que se notaba en sus ojos, pero ridículamente intentaba disimular, incluso dejando algunos billetes sueltos en el suelo, para montarse lo

más pronto posible en su lujoso vehículo, mientras las personas más cercanas corrían al suelo para llenarse los bolsillos con los miles de pesos que no habían podido ser recuperados por él. No pudimos quedarnos con el efectivo para entregarlo a alguna autoridad seria, pero se había cumplido la misión de desenmascararlo delante de todos.

En menos de veinticuatro horas, el *Diario de la Marina* publicaba en primera plana la foto que se había tomado frente al banco con el gran titular “¡MINISTRO LADRÓN!”. Valió la pena tanto peligro para verlo derrotado, recogiendo el dinero del suelo para echarlo en su maletín. Cientos de personas habíamos acordado en la tarde anterior que amaneceríamos frente a la casa del criminal de cuello blanco reclamando su dimisión, y así fue, antes de las siete de la mañana empezaron a llegar y, a las ocho, la calle estaba que no podía pasar transporte en toda la cuadra. Estábamos estudiantes y maestros de todos los niveles de enseñanza, la prensa y pueblo en general, portando pancartas y carteles en los que se leía “¡Justicia!”, “Cárcel para los corruptos”, “Maestros y Escuelas para los niños” y gritos de “¡Abajo la dictadura y sus ladrones! ¡El dinero es del pueblo!”. Antes de las nueve de la mañana llegaron varias patrullas, que más tarde condujeron esposado al famoso cleptómano, mientras todos gritábamos como cuando en el estadio de béisbol alguien da un jonrón.

Nos fuimos al parque más cercano, llamado Víctor Hugo, donde en su centro un techto singular que nos daba rica sombra. Estábamos henchidos de orgullo, hacíamos chistes rememorando lo vivido. José dijo en voz alta, riendo, con gran histrionismo y elocuencia:

—¡Tremendo plan, Celia! La foto salió como queríamos, el ministro ladrón con el dinero robado... ¡frente al banco!

Reímos desbordados de gozo, fue entonces cuando me ganó la pasión y dije sin pensar:

—¿Si hubiéramos grabado un video y lo subíamos a YouTube, tuviéramos millones de *likes*!

La risa de todos se volvió silencio. ¿Habría hablado en ruso y nadie me entendió? Ups, sí, pero era tarde, ya lo había dicho. José me dijo, rompiendo el hielo:

—Compadre, a veces tú dices unas cosas más raras.

Dejé escapar una ligera sonrisa subiendo los hombros y los demás siguieron y retomar las memorias recientes. Celia dio unos pasos hacia a mí y dijo delante de todos, con ojos brillantes.

—El plan era bueno, pero tuvo éxito gracias a Tito.

Se acercó a mí, mientras los demás sonreían por el evidente coqueteo y a sus espaldas, me hacían gestos y muecas de que ahí iba a pasar algo romántico. José fue un poco más allá al decir, entre risas:

—¡Ese huevo quiere sal!

—¡Pero no le echas picante que se alborota!

Remató Luis mientras todos reíamos, aunque yo intentaba mantenerme serio. ¡Celia se acercaba a mí como leona que mira un filete! Y ella agregó, sin alzar la voz, pero sabiendo que sería escuchada por todos, mientras movía sus pestañas, muy presumida:

—Eres el niño más valiente que he conocido... el más valiente y el más bonito.

No sabía qué hacer. Me sentía intimidado, ella se me acercaba demasiado, y no se me ocurrió otra pregunta que esta que hice a media voz:

—¿Tú también estás enamorada?

—No sé, nunca me había enamorado... pero me siento así... no sé cómo decirlo...

Celia no dejaba de sorprenderme. Luis, ese incansable bromista, exclamó en tono grave:

—Candela. ¡Se formó el chuchuchú romántico!

Aquello le valió un buen codazo en la panza propinado por Dalila, mientras lo miraba con grandes ojos exigiéndole silencio. Todos sonríen disfrutando la escena de amor en vivo. Yo procuraba conservar la calma. Ella, a pocos centímetros de mí, cerró sus ojitos y se me acercó un poco más, lista para un beso. ¡Sería mi primer beso! Sonreí, dispuesto a besarla. Cerré los ojos y ¿qué creen que pasó? No me había dado cuenta que Xu Fu me había traído de vuelta a su rarísima habitación y me miraba enojado, con mi tableta en una mano. Él me miraba como besando el aire, o tirándole un beso a él, y me miraba raro, como expresando “¡¿qué le pasa a este niño!?”.

¡Nooooo! ¡Después de todo lo que hice no podía haber regresado si un beso de amor! Uy, ¡cómo me enojé! Y así mismo, sin filtros, le reclamé al mago, levantando mi dedo índice.

—Asere! ¿No podías darme un minuto más?

—¿Cómo qué asere?

Preguntó Xu Fu, explota en risas, apoyando las manos sobre sus rodillas. Imagino mi cara de mueca mientras pensaba ¡No entiendo a este viejo loco! ¡Vive en Cuba hace siglos y no sabe qué es asere!

—Bueno, eso es AMIGO en Cuba. —Dije queriendo ser conciliador. ¡Había que regresar al menos por un minuto para dar ese primer beso!

Xu Fu, queriendo recuperarse del ataque de risa, volvió a eruirse, enderezando su espalda, aunque con ojos llorosos de tanto carcajear.

—Pero en tu voz suena muy cómico.

Él notó que yo no estaba para bromas. Respiró hondo y me clavó su mirada:

—¿Quién te dijo que podías usar mi bastón?

Tenía que convencerlo de mi necesidad de un tercer viaje, busqué las palabras con sumo cuidado y le dije, con las palmas de sus manos unidas en símbolo de respeto y petición, como veía hacer en las películas con chinos antiguos.

—Disculpe Maestro... pero es que estaba nervioso, y al verlo jugar con mi tableta... pensé que yo podía utilizar su bastón.

Xu Fu me miró hallando en mí un punto a mi favor, apretó los ojos haciendo una mueca que resaltó sus labios, y sin más análisis, regresándome la tableta para irse a descansar a su butaca, zanjó ese asunto ahí mismo:

—Está bien. Estamos a mano.

Recogí el báculo que estaba a mis pies y se lo entregué. Él se notaba cansado. Justo cuando iba a hablar, me miró a media asta, interrumpiéndome:

—Ahora puedes irte para tu casa, y yo...

“¡No!”, pensé mientras hacía todo tipo de gestos queriendo persuadirlo:

—¡Pero si estaba a punto de dar mi primer beso de amor, y justo ahí usted me regresó!

—Eres muy lento. No es culpa mía.

Me dijo en mi cara ese cruel bromista chino. ¡Obvio que me dieron ganas de halarle los bigotes, pero ahí lo perdía todo! Respiré hondo y le supliqué con lo que mi madre define como “mi infalible mirada de ojos brillantes”. Incluso lo hice varios segundos y Xu Fu, como si con él no fuera.

—A cada niño que entra aquí le concedo sólo una aventura, y tú tuviste dos. Vete a tu casa. En el mundo hay millones de niñas.

—¡Pero Celia es única! —Dije ya cayendo de rodillas, como último recurso, como vi en tantas obras de teatro en la escena cumbre donde todo parece perdido y aparece una última oportunidad.

Él levantó la mirada y alzó los ojos sabiendo que no me rendiría, supongo que aquello le parecía demasiado dramático, y ya queriendo que parara mis ruegos, accedió:

—¡OK! ¡Bésala rápido!

¡Qué alegría! Él golpeó el suelo cerca de mí, con su singular bastón, pasó el mismo proceso que en los otros viajes en el tiempo, y ¡bum!, caí de nalgas sentado en una pequeña montañita, de abundante y espesa vegetación. Parece que recientemente había llovido, por la humedad que había en las plantas a mi alrededor. ¿En qué año estaríamos? A mí me daba igual estar en cualquiera, siempre y cuando pudiera encontrarme con ella.

¡Bum Bum bum! Escuché explosiones a lo lejos, a más de un kilómetro de mí, y el sonido de un motor de avión se acercaba, del cual caían racimos de bombas, era un modelo de los años cincuenta del siglo pasado, con una bandera cubana. ¿Este país siempre estaría en guerra? ¡Y lo tranquilo que se ve en el siglo XXI! Habrían pasado, según el modelo del avión, al menos quince o veinte años desde el segundo viaje en el tiempo, y aún había contiendas. Pronto me enteraría de los detalles. ¿A que no adivinas quién venía caminando hacia mí con un bulto entre las manos, mientras miraba la descarga de la aviación?

DÍA 11

17 de agosto

¡Hoy es el día de mi cumpleaños! Cualquiera pensaría que me encanta estar rodeado de muuuuchos amigos ese día, pero más me prefiero estar en casa, con mi familia, y cuatro o cinco amigos. De hecho, todos saben que estoy avanzando con este libro cada día, y me han dado un espacio para narrar todo hasta en el momento en que nos metieron presos. Ups, creo que no debí haber dicho eso, pero lo dicho, dicho está. ¡Sigo con la historia por donde la pregunta que te dejé ayer!

¿Quién venía caminando hacia mí con un bulto entre las manos, mientras miraba la descarga de la aviación?

¡Celia! ¡Claro que ella! ¿Quién si no?

La niña más bella del mundo venía vestida con un vestido gastadito, color rosado, que combinaba perfecto con sus ojos verdes y sus rizos de oro. Al bajar la mirada y verme sentado en la yerba, gritó mi nombre sorprendida, dejando caer el bulto y vino a abrazarme gritando mi nombre, mientras yo me ponía de pie. Fue abrazo hermoso, largo, de risas; un apretón inocente ¡Aclaremos! Porque esa niña, como todas las demás, merecen nuestro respeto.

Le pregunté si ella estaba bien, mientras nos separábamos, aunque sin soltarnos las manos. Ella bajó la mirada, se notaba un poco misteriosa.

—Yo sí, pero mi papá está enfermo, por eso estoy aquí, haciendo lo que él hace...

Mira a su alrededor y modera la voz, mientras señalaba a la cima de la montaña que empezaba a elevarse desde donde estábamos:

—Llevarle medicinas a los rebeldes que están allá arriba... luchando contra el dictador Batista.

—¿Otro dictador? ¿A dónde me trajo mi papá? —Dije, pensando en voz alta, ¡un país tan tranquilo en el siglo XXI y que en tres viajes en el tiempo no salía de una guerra para entrar en otra!

Ella asintió, subiendo los hombros y haciendo una mueca, resignada; dos segundos después se resistió a su actitud y una sonrisa se dibujó en su rostro y exclamó llena de optimismo.

—Sólo nos queda luchar para que un día todo sea mejor.

—Órale, vamos a llevar esas medicinas! —Dije, tomando con la mano derecha el bulto, que había caído en el camino al vernos, y juntitos loma arriba, aun escuchando el bombardeo, que pocos minutos después cesó.

Probablemente caminamos una media hora hasta llegar a encontrarnos con dos barbudos vestidos de verde, con fusiles, que al vernos se mostraron muy gentiles y empezamos a caminar hacia el campamento que estaba supuestamente a cinco minutos. Gran alegría nos dio escuchar que el avión que tanto atacaba, se alejaba; los muchachos que nos conducían dijeron que a veces hacía pausas de una hora para ir a la base y cargar más bombas, que era el mejor momento para llegar al campamento sin riesgos. En el camino hablamos de donde yo venía, me contaron que ellos querían mucho a México y que fue desde allí que llegaron varios de ellos en un yate para liberar a Cuba del tal Batista, un cubano que había dado un golpe de Estado en 1952. Un golpe de Estado es cuando en vez de tomar la presidencia por elecciones, se hace por la fuerza.

Aquel era un sitio improvisado para el descanso, había varias hamacas colgando de los árboles. No salía de mi sorpresa, a pesar de ya haber vivido varias guerras en un sólo día con tal de que Celia fuera mi novia. Vi a dos rebeldes heridos, uno con el hombro y el pecho vendados, y otro con un vendaje alrededor de la cabeza, descansan sentados en el suelo. Otro rebelde acostado en el suelo y con una herida sangrante en una pierna, era atendido por una guerrillera, quien a través del hueco del pantalón le realiza una cura. Dos guerrilleros se tomaban un descanso y comían guayabas y plátanos. Otros dos revisaban el mecanismo sus fusiles.

Todos nos saludaban con las fuerzas que podían, supongo que conocían a Celia o suponían que en el bulto nuestro había medicinas. Allí habría en total, quizás, trecientos hombres y algunas mujeres, en su mayoría muy flacos, pero con fuego en los ojos, se veía la pasión en ellos a pesar del cansancio, porque Celia me había contado que estábamos a finales de 1958, en el norte de una provincia llamada Las Villas, y que ya habrían desarrollado una invasión desde oriente, habiendo caminado quinientos kilómetros, luchando contra un ejército profesional muy bien armado.

Los muchachos que nos habían acompañado salieron de entre la espesa y alta vegetación acompañados por el comandante de la tropa, un hombre también joven, de barba inmensa, que tenía bien puesto el apellido Cienfuegos, porque se sentía en la fuerza de su mirada, incluso de su risa en medio de tanto stress. Sí, su nombre era Camilo Cienfuegos. En el fondo de sus ojos lo veía preocupado, pero su personalidad era muy fuerte y su risa era una inspiración para su tropa, para mí lo fue. Una joven de cabellos rizados color café sostuvo el bulto que trajimos, hizo una seña a su jefe, como que nuestro paquete era lo que esperaban. Él se nos acercó, ampliando aún más su risa.

—Gracias por las medicinas. A tu papá ya lo veré en La Habana porque a esto le queda poco.

Celia lo ratificó, con alegría. Entonces me habló más a mí:

—Y gracias a ti también, Tito, el mejicano. Un día te voy a presentar al argentino amigo mío que le gustan los tacos y las rancheras.

—Ese es el Che. Yo lo he escuchado por Radio Rebelde. ¡Y a Fidel también! —Intervino Celia.

Yo no sabía ni del Che, ni en ese momento tampoco ubiqué que Fidel era Fidel Castro, porque allí el trato era más de amigos que de jerarquía militar. En fin, en Cuba, las cosas eran así y aun son así, las personas se saludan sin conocerse y hay mucha amabilidad, y más cuando se nota que uno no es de ese lugar. Entonces hice la pregunta más tonta, habiendo olvidado quién era Fidel, y como ya había confianza le pasé mi brazo derecho por el hombro a Celia y le pregunté.

—¿Y quién es Fidel?

Camilo miró mi actitud cariñosa con Celia e hizo una mueca como diciendo ¡qué tremenda confianza tienen estos dos! Viendo que Celia también estaba sorprendida por mi actitud, él mismo me respondió, hablando serio en un tono suave, mientras me pasaba una mano por la cabeza, como si fuera un tío mío:

—¿Fidel? El jefe. Si no te matan, yo te lo presento. A él también le gustan los niños.

¡Qué buena vibra proyectaba este Cienfuegos! Luego de un corto silencio, dio un paso atrás y nos dijo.

—Ahora váyanse, me informaron que viene un batallón de soldados y seguro un avioncito que anda por ahí... regresa con sus bombitas.

—Pero si podemos ayudar en algo aquí... —Dijo Celia, a lo que él negó con la cabeza y señaló en dirección a un estrecho camino.

—Bombas y niños no pegan. Así que se me van por ese trillito y salgan de estas lomas.

Poco me iba a durar ese tiempo con él, porque no dio la oportunidad de ayudar allí, ¡pero sin él saberlo nos había dado la misión más dura al pedirnos que nos fuéramos!

Llegamos a la base de aquella montaña, tomados de la mano, y encontramos un arroyo que debíamos cruzar. El agua nos daba un poco más abajo de las rodillas. Celia me soltó y sus manos entraron al agua para lanzármela mientras reía. Me empapó, y como si fuera futbolista lancé con mis piernas toda el agua que pude con muchas pataditas, que levantó una especie de metralla acuática. Ambos reímos, nos miramos, sonriendo con ternura y le dije, al verla zalamera, como justo antes de besarla en el segundo viaje.

—Nada me gusta más que estar contigo.

—¿Ni estar con ese teléfono? Siempre estás hablando de él.

Negué con gestos de cabeza.

—Estar contigo es otra cosa... me siento feliz, sin teléfono ni internet.

Celia sonrió ante mi elogio, aunque hizo una mueca por no entender qué era el internet. Todavía me es un misterio, porque ella evidentemente era una niña de mi tiempo, pero se metía tan adentro de cada una de las épocas que era como si su mente se olvidara que venía del futuro. Era imposible que no fuera la misma niña, ¿o eran Celias distintas que se veían exactamente iguales 25 o 40 años? Y tampoco quise preguntarle para no romper la magia, la dinámica del juego de la conquista.

Caminábamos sonrientes, habiendo salido del arroyo, con la ropa mojada, unidos de la mano. Ella me arrancó una pequeña flor silvestre, y me la regaló; con exagerado histrionismo, como si danzara, la tomé, la olí con gratitud y se la coloqué detrás de su oreja izquierda.

Justo en ese momento volvimos a escuchar el sonido del avión militar sobrevolando la zona. Sabíamos que algo terrible podría pasar, escuchamos acercarse a militares que venían conversando, casi discutiendo, usando cascos y vestidos con uniformes de color mostaza, Celia vibró con temor, y di un paso adelante, como buscando protegerla.

Eran dos soldados, un flaco pelirrojo y un rechoncho mulato. Al vernos nos apuntaron con sus rifles y empezaron a hacer bromas.

—¿Qué hace esta parejita por aquí?, ¿colaboradores de los rebeldes?

Celia, quien nunca para de sorprenderme, fingió una sonrisa y se puso delante de mí, sin soltarme la mano:

—No, soldados... Vinimos a ver a unos parientes que viven loma arriba.

—Somos niños tranquilos, nos vamos para la casa... —Dije, simulando mi mejor acento cubano posible, en apoyo a la bella chica. El pelirrojo no nos creía, pensé en pelear, pero Celia me apretó la mano, sugiriendo que no hiciera nada raro.

—Nada de casa, me resultan sospechosos y los llevo con el coronel.

—¡Los llevamos! Somos dos, compay.

Estos soldados, a pesar de ser nuestros enemigos, tenían un tipo de relación casi cómica, sus voces eran tan nasales y agudas que, al verlos discutir, parecían dos niños grandes. A punta de fusil, nos indicaron en una dirección diferente a la montaña de donde veníamos, y obedecimos. Caminamos quizás un cuarto de hora cuando, vimos el campamento del ejército, estaban parqueados varios vehículos jeeps y camiones. Un par de centenares de soldados, armados con ametralladoras, se tomaban un descanso alrededor de los vehículos y los arbustos. Un tanto separadas, se ven dos casas de campaña militar, y nos llevaron a la más grande. Un soldado custodiaba la

misma, entendió la seña del gordito chistoso que nos llevaba y nos dejó pasar. El primero en entrar fue el pelirrojo, que tenía el mismo grado que el otro, pero se creía capitán.

Adentro estaba el famoso coronel Alfonso, un hombre altísimo, de ojos verdes, delgado de brazos y piernas, pero con un vientre prominente. A sus espaldas estaba la maqueta de una montaña y muchas banderitas rojas. Nos miraba con sus manos unidas atrás, escudriñando con su mirada hasta los más pequeños detalles, con una mueca que quería ser risa, pero se le veía mal.

Los soldados en posición recta, hicieron un saludo militar con la mano derecha y empezaron a reportar —casi a pelear— sobre lo que había ocurrido.

—Coronel. Aquí le traigo...

—Le traemos.

El pelirrojo miró a su compañero pidiendo silencio; se raspó la garganta y volteó el rostro al coronel para recomenzar, mientras Celia y yo poníamos una mirada distraída como de niños regañados.

—Coronel. Le traemos a dos chiquillos que deambulaban por la zona donde están los barbudos.

El coronel que había estado en silencio, escaneándonos con sus ojos felinos, ha escuchado pacientemente a ambos soldados con un rostro parco. Movié su mano derecha delicadamente, donde sostenía una banderita roja —como las de la maqueta— con los dedos índice y pulgar.

—Y ustedes son... ¿primos?

—¡Novios! —Dijimos al unísono, mirando con gran nobleza al coronel, quien dio un paso atrás, casi horrorizado y se puso a mirar a todas partes, con simpáticos amaneramientos en sus manos, que contuvo medianamente al ver que los soldados lo miraban de

manera curiosa, mientras negaban con movimientos de cabeza que nosotros pudiéramos serlo.

El coronel inspiró profundamente, haciendo acopio de paciencia, intentando armar la idea, como si pensara en voz alta, mientras miraba la banderita que sostenía con dos dedos.

—Son novios que colaboran con los rebeldes.

Negamos con gestos, pero nos dimos que cuenta que nos estaba poniendo un poco nerviosos, porque ese hombre era una mezcla de alguien fino y frío. Realmente intimidaba. Se nos acercó, echando el torso adelante, nos olió, y nos clavó su mirada de cerca para luego, volver a una postura recta, y sonreír sarcásticamente.

—Pues escúchenme que voy a ser clarito con ustedes, porque yo adoro a los niños. O me llevan directico a los barbudos, o no van a hacer el cuento.

Y explicando esto, se pasó el dedo índice izquierdo por el cuello, mostrando que nos mataría si fallábamos, y nunca dudé que lo expresara en serio. Entonces tomé fuerzas y dije disimulando mi nerviosismo.

—Pero en serio, no sabemos.

El coronel no nos creía ni media palabra. Nos miró, preocupado, e indicó, haciendo un gesto facial de rechazo.

—Y están muy chiquitos para ser novios. A ver. Dense un beso.

¡La mejor orden que me habían dado en mi vida! Me puse en posición de firme y hasta saludé marcialmente, dispuesto a cumplir la orden.

—Sí, señor!

Celia se puso nerviosa al no saber qué haría, pero no le quedaba más remedio que seguir la rima. Me paré delante de ella, la tomé por sus cachetes con mis dos manos y ella me miraba con los

ojos bien abiertos como diciendo “¿Qué vas a hacer niño!?” Había que seguir la orden porque en eso nos iba la vida y “ese sacrificio” me gustaba, si Xu Fu me llevaba al presente no me quedaría en blanco, lo haría, cerré los ojos como si la fuera a besar en los labios... pero justo en ese momento pensé lo hermoso que sería en un momento donde ella estuviera relajada y le di un beso entre la nariz y el surco nasolabial, buscando que desde la perspectiva del coronel pareciera que se lo ofrecía en los labios. Ella se emocionó con el beso, la sentí vibrando, suspirando. Paré cuando escuché la queja del coronel.

—¡Ay, Virgen de la Caridad del Cobre! ¿Por cuánto con ese tamaño yo estaba haciendo eso en la escuela militar? ¡No quiero más besitos aquí, que esto es una guerra y no una fiesta!

Ambos nos reímos, pero cubrimos nuestras bocas con las manos en señal de respeto.

El coronel pasó de una expresión jocosa a estar muy serio y levantó su mano derecha con la banderita entre dos dedos, de forma explicativa, como si fuera a dar una clase, mientras dirigía a la maqueta que quedaba a dos pasos detrás de él.

—Les explico. Nuestro avión no logra ver el campamento rebelde, ustedes tienen que llevarnos hasta los barbudos... para indicarle con banderitas al avión... el lugar donde están esos delincuentes.

Su mano colocó la banderita roja que tenía en su mano, cerrando el círculo de las mismas alrededor de una zona.

—Y entonces... cuando el avión ya sepa dónde están, les caerá a bombazos.

Se dio media vuelta y nos sonrió, simulando explosiones con sus manos al abrir los cerrados puños expandiendo los dedos mientras las movía en forma circular, todo muy amanerado.

—Banderitas, banderitas... boom, boom...

Los soldados ríen, sonríen burlones, siguiendo la rima al coronel, imitando el movimiento de sus manos ridículamente. Celia y yo nos miramos, expresando en una mueca que aquello se iba a poner bien feo.

Pocos minutos después nos habían puesto a la vanguardia del batallón, en dirección a donde nos encontraron. A dos metros detrás de nosotros, iban los soldados que nos encontraron con sus fusiles, vigilándolos; después venían dos jeeps, el primero con el coronel sentado en el puesto del copiloto, y en el segundo, un capitán y el sargento de Comunicaciones con un aparato que emitía indicaciones al bombardero. Detrás, veía un camión con varios soldados y al final, los más jóvenes de la tropa, a pie.

Celia, a discreción, me dijo, tratando de que no se dieran cuenta los soldados que nos escoltaban.

—No podemos llevarlos con los rebeldes. Si ponen las banderitas alrededor del campamento... ya tú sabes.

—Hay que engañarlos.

Le respondí, la verdad sin aún tener un plan. El pelirrojo se dio cuenta de nuestra conversación y nos dijo con voz de corneta china.

—¡Romeo y Julieta! ¿De qué están hablando ahí?

Celia se volteó con una ligera sonrisa. Ya tenía un plan y expresó señalando a la izquierda.

—Yo que pensaba que era por aquí... pero él está seguro de que el camino es por allá.

Ya había entendido su estrategia y me di vuelta, dándole la razón con una muequita con los labios apretados. El soldado nos miró hurgando, sospechando, dejando un ojo más abierto que otro. Quería meternos miedo, pero le faltaba carácter.

El avión sobrevuela la zona, acercándose al campamento rebelde. Celia y yo quedamos fríos como ranas, pero el piloto no divisó nada por la tupida flora y se retiró, como esperando nuevas órdenes.

Habíamos caminado más de una hora, cuando el coronel, desde su asiento de copiloto, gritó molesto, haciendo detener el auto:

—¡Alto ahí!

Terminó de bajarse el coronel y se acercó a nosotros haciendo gestos raros con sus inmensas y delgadas manos.

—¡Ya hemos pasado por aquí dos veces!, ¿qué son to' esta pila de vueltas?

Celia se fingió atemorizada y le explica, como excelente actriz de telenovela y me inculpó, señalándome con una mano.

—Fue una confusión, coronel... ¡de él!

Sólo puse mi carita de “ella tiene razón, pero fue sin querer”, pero el alto oficial estaba ya demasiado enojado, iracundo, y ordenó al pelirrojo:

—¡Mételo preso allá atrás!

Así me llevaron a punta de fusil, mientras vi que el coronel desenfundaba su pistola y amenazaba a Celia. Igual ya casi estaba haciéndose de noche y según ella, seguro desistirían en la búsqueda hasta la mañana siguiente. No podía escuchar lo que ellos hablaban, pero sí escuché cuando el jefe se dirigió a la tropa y ordenó el regreso al campamento militar.

Me habían puesto a trabajar en la cocina, con un grillete —unido por una gruesa cadena de quizás cinco metros— a una bola de hierro, pesadísima. Así podría ayudar en la cocina, yo que jamás había frito un huevo en mi vida. En menos de dos horas ya estaba lleno de tizne, medio me había quemado una mano, en fin... aquello no era lo mío, pero me portaba bien para que no me dieran un tiro. Allí los ánimos estaban cargados, pero necesitaban a alguien

que cortara las viandas, revolviera el caldo, y ahora que todos comían, pues también fregar los inmensos calderos con un cepillo y un cubo de agua.

Se me acercó el cocinero, que pesaba quizás trecientas libras, y no había parado de hacerme burlas y darme empujones desde que me pusieron bajo su mando.

—Cuando acabes, cortas esa leña para hacer el desayuno de mañana.

Ya él sabía que no le aguantaba ni una más, pero a mi mala cara me sonrió burlón, como si hubiese logrado su objetivo. Se alejó unos pasos para saludar a soldado que estaba de guardia, fusil en mano, mientras su gelatinosa masa boba se movía de manera simpática. Ambos se saludaron, mientras yo seguía dándole cepillo a aquella olla de metal, y sentí que alguien me llamaba desde el otro lado de la improvisada cocina. Era ella con su “pss... psss”, que me sonreía desde lo oscuro.

—¿Estás bien?

—Sí, tizado como un carbón. —Le dije a media voz, buscando hacerla reír.

—¿Entonces, qué viene ahora? —Me preguntó.

Y le conté mientras miraba con el rabillo del ojo hacia el cocinero y el soldado:

—En cinco minutos me escapo.

—Recuerda bien el plan. —Dijo mientras se alejaba hablando con susurros. Me daba mucho miedo dejarla y que le pasara algo malo, y sin pensarlo le pregunté:

—¿Y tú vas a estar bien?

—Sí. Me cuidaré de ese coronel.

Le escuché decir en un hilo de voz mientras ya se perdía en la vegetación.

Tuve que esperar más tiempo del que pensaba para que el soldado que hablaba con el cocinero se marchara. Ya todos los calderos estaban limpios y revisados por el panzón que se iría a dormir luego de comer ovíparamente, y me había sido entregada una gran hacha para cortar troncos de madera con la que se haría el desayuno. Habían dejado a un nuevo soldado con cara de avestruz flaca, que parecía que había sido reclutado para estar molestando a los prisioneros, no para de hacerme burlas pesadas que no se le deben hacer a ningún niño. Viendo que casi todos en el campamento estaban dormidos, empecé mi escena de escape como el mejor actor del año.

—¡Ay, ay!

Fueron mis quejidos para hacer que se acercara a mí aquel enjuto soldado. Yo hacía muecas, fingiendo dolor en un pie.

—Me corté con el hacha.

—¿Qué clase de bobo eres que tú mismo te cortas? Deja ver.

Se acercó entonces a mi pie buscando ver la gravedad del accidente y cuando lo tuve en el lugar perfecto, lo golpeé durísimo en la cabeza con el cabo del hacha, quedando desmayado con los brazos abiertos:

—¡El bobo eres tú!

Esa fue la frase más dulce de esa noche. Enseguida, con un golpe seco, partí la cadena que me unía a la bola metálica, miré a todas las direcciones y salí sigiloso de la cocina.

Por la posición de la luna, ya sería medianoche cuando logré llegar bien cerca de los jeeps, donde sabía que se escondían las banderas rojas que guiarían al bombardero. Dos soldados, con sus fusiles al hombro, vigilaban los vehículos, cruzándose en su recorrido. Nadie se había dado cuenta aún de mi fuga, pero no

podía esperar mucho tiempo, podrían dar la alarma en cualquier momento.

Me acerqué, sigiloso con estilo ninja, desde detrás de los jeeps, con una piedra en la mano y la lancé lo más duro que pude hacia el monte en dirección izquierda, haciendo que los custodios caminaran hacia donde sonó la pedrada.

Luego, lancé otra mucho más lejos en dirección derecha, y eso los puso inquietos y los alejó más. Entonces, levanté la lona, vi la caja de madera con las benditas banderitas rojas y me dispuse a cargarla, cuando me pegaron en la cabeza el frío cañón de un fusil y me preguntaron:

—¿Qué tú haces aquí, chama?

DÍA 12

18 de agosto

Pues sí. Se siente bien feo cuando un arma de fuego te la pegan en la cabeza. Alcé mi mano izquierda mientras me daba la vuelta en esa dirección, sonriendo para distraer al soldado para distraerlo, mientras dejaba mi mano derecha dentro del jeep. El soldado me reconoció y volteó el rostro queriendo llamar a los otros, pero le lancé una patada doble de Kung Fu, por el cuello y por el rostro, que lo derrumbé sobre la yerba. Tomé la caja de banderitas, mientras dos disparos impactaron en el jeep y empezaron a gritar.

—¡Atájalo, ataja...!

Me contó Celia que ella escuchó los disparos y se sintió aterrada esperando lo peor, pero que ahí mismo se puso rezar el Padre Nuestro y el Ave María para que me fuera bien. Me apoyaré en lo que me contó para que la historia quede más redondita.

Ella durmió lo mejor que pudo hasta que amaneció, la despertó el soldado mulato que nos encontró el día anterior. La llevaron frente a la casa de campaña donde escuchaba los gritos del coronel:

—¿Cómo que se escapó el chiquito ese?, ¿por qué no me llamaste? ¿Y la niña?

El pelirrojo se asomó a donde estábamos y nos hizo pasar.

—Aquí está, coronel. La vigilé la noche entera.

El coronel, molesto, sacó la pistola y apuntó a la cara de Celia.

—¡Ahora mismo me llevas con los peludos esos!

Ella realmente se asustó, si algo la calmó, fue que teníamos un muy buen plan. Salieron del campamento pocos minutos después, en dirección a la montaña donde se escondían los barbudos. Ella iba delante, custodiada por el pelirrojo que ahora tenía ojeras moradas de no dormir en toda la noche pensando que ella se iba a escapar.

El coronel iba en su jeep junto al sargento de comunicaciones, con el microondas en la mano, mirando hacia arriba y sonriendo contento; para él ese día acabaría con el avance de las tropas de Camilo. El coronel dijo por el microondas con guapería amanerada.

—¡Pájaro! ¡Te quiero listo! Cuando veas el círculo de banderitas... ahí están los rebeldes, así que ni preguntes, ¡les sueltas las bombas!

El coronel le entregó el micrófono del microondas al sargento y le gritó a Celia:

—Esto se acaba hoy, muchachita! ¡Y si tu novio está con los rebeldes, también se va del aire!

“Irse del aire” en Cuba es morir. Aquella frase le cayó fatal, aunque Celia optó por callar. Ya yo estaba a unos cien metros observándolos desde un montecito y ella lo sabía. Ella se detuvo, el coronel al verla pararse alzó una mano para que la caravana continuase la marcha. Ella le dijo al soldado que necesitaba hacer una necesidad, pero el soldado no podía autorizarla, en eso llegó ante ellos el propio coronel.

—¿Ahora qué pasó?

—Tengo que hacer algo... detrás de esas maticas. —Expresó ella, con rostro de sufrimiento, mientras movía las piernas apretando los muslos, como si estuviera haciendo pipí, al hablar señala

en la misma dirección donde antes me vio. El coronel la miró suspicaz, enojado, y se dirigió al soldado:

—Ve con ella, ¡y no te le despegues!

El pelirrojo, fusil en mano, miró a Celia y levantando el mentón y los ojos, le indicó que ya podía ir “al baño”. Ella caminaba comiquísima, en dirección a donde me escondía, apretando las piernas. ¡Qué gran actriz! A lo lejos se escuchaba acercarse el avión bombardero. El coronel, contento y convencido de su victoria, dio varios pasos hasta llegar a la parte trasera del jeep para sacar la caja con banderas rojas, levantó la lona y al ver que no estaban, gritó:

—¡Que alguien me diga ahora mismo... ¡¿Dónde están las banderitas?!

—¡Coronel! —Gritaba, mientras corría el pelirrojo, quien ya tenía la histeria en sus ojos. Se encontraron y escuchamos, bien escondidos, lo que decían:

—¡¿Se te escapó la chiquita?!

—Le di la espalda para que hiciera lo suyo, y cuando volví a mirar... ya no estaba.

El coronel, molesto, le apuntó con su pistola.

—¡¿Por dónde te meto el tiro?!

Pero el soldado, buscando calmarlo, le dio la segunda novedad:

—La buena noticia es que encontré... una de sus banderitas.

El coronel lo miró sorprendido, como si no entendiera lo que escuchaba. El soldado señaló a lo alto de un árbol donde una ondeante banderita roja, sobresalía por encima de la copa del mismo. El coronel, suspicaz, mira hacia lo lejos en otra dirección y, de pronto, empezó a encontrar decenas de banderas rojas a su alrededor, mientras escuchaba que el avión casi lo sobrevolaba y

que podría no verlos porque la vegetación podría estar impidiéndolo desde el cielo. Sabiendo que las bombas podían caer muy pronto, corrió a su jeep con ojos de luna llena, mientras le gritaba al sargento de comunicaciones:

—¡Dile al avión que no dispare...!

Nosotros, por la cercanía a la zona marcada por las banderas ya nos habíamos mandado a correr con todas nuestras fuerzas, y a nuestro paso escuchábamos incontables explosiones y gritos. El aire se enrareció por la tierra levantada que nos llegaba con la brisa. Dos de ellas cayeron relativamente cerca de nosotros, pero tomados de la mano, emulábamos a ver quién corría más hasta llegar a la montaña donde estaban los de Camilo, que al vernos por poco nos regaña, pero algo en nuestras caras de niños traviesos que le hizo decir.

—¿Ustedes formaron todo ese alboroto?

—¡Sí, una ayudita para los barbudos!

Todos rieron, aún sin poderlo creer. Camilo expuso la palma de su mano como para hacer en saludo chocando las palmas, y claro que fue correspondido. Sabía que los barbudos habían ganado la guerra y aunque no me acordaba si faltaban semanas o meses, le pregunté:

—¿Ahora podemos seguir con ustedes, ¡verdad?

—Hasta La Habana me los voy a llevar... ¡Si quieren!

—Respondió el jefe vestido de verde olivo.

Celia y yo reíamos emocionados. La tropa se acercaba a darnos abrazos y a que les hiciéramos de nuevo el cuento de cómo logramos que el enemigo se autobombardeara.

Pasaron un par de semanas, yo no sabía cuándo Xu Fu me iba a regresar a mi época, me tocó pasar Nochebuena en un bohío cubano en un sitio llamado Yaguajay, luego conocí al famoso Che

argentino en otra de las villas, Santa Clara, y el fin de año fue una locura porque se había ido Batista del país y entonces en la radioemisora llamada Rebelde, se pidió al pueblo cubano que apoyara la revolución, que el tirano se había marchado y que no habría golpe de Estado, sino ¡una revolución! Camilo recibió la orden de entrar a La Habana y para allá fuimos, conocí en el camino a la provincia de Matanzas y entramos a la capital. Camilo debió tomar la fortaleza de Columbia, pero a Celia y a mí nos dejaron en un hotel, para descansar del viaje, y esperar a Fidel para entrar todos en el mismo tanque de guerra una semana después de declarado el triunfo.

¡Dicho y hecho! Desde las afueras de La Habana nos montaron en la parte de atrás del tanque y veíamos al pueblo en la calle, dando la bienvenida a los vencedores. Camilo iba al lado de Fidel. Todos estábamos vestidos de verde, con un brazalete del Movimiento 26 de julio, que era el que llevaba la guerra en las ciudades. El nombre había sido puesto porque ese día de 1953 había comenzado la lucha contra Batista, según nos contaron.

Todo el mundo gritaba: “¡Viva Cuba Libre! ¡Viva!”.

Celia y yo estábamos tan felices, nos tomábamos de la mano y celebrábamos con ojos emocionados. Yo llevaba mucho tiempo pensando preguntarle, pero no hallaba el momento ideal, no quise esperar más y olvidé todo lo romántico que había calculado para decirle lo más simple del mundo.

—¿Y al final, somos novios?

—Yo creo que sí. —Respondió ella.

Y nos besamos en los labios como en las películas que habíamos visto en el cine mientras esperábamos a Fidel, al estar vestidos de revolucionarios el cine era gratis, la comida, todo era gratis para los héroes. Y sí, aquel beso era lo más bello del mundo, y mientras seguía con los ojos cerrados poniendo mi alma en los labios escuché la voz de mi papá, llamándome. ¡La hora de volver se acercaba

y sólo me quedaría encontrarla en el mundo real! Si la conquisté en tres guerras y sin ser famoso, sería sencillo conquistarla en la paz; había aprendido a enamorar por quien soy y no por lo que tenía o aparentaba.

Y ya sabes, todo se transformó y estaba de vuelta, ¡zaz! Estaba de vuelta en la habitación de Xu Fu, pero no sólo estaba su trono y sobre él, mi tableta. Me di media vuelta y vi a mi papá entre sorprendido y triste porque ya no estaba con Celia. Él me miraba sonriente desde la puerta.

—¿Todo bien?

Le sonreí, emocionado, y le conté mientras camina hacia él, señalando a la butaca, moviendo mis brazos con gestos grandilocuentes, románticos ¡y hasta con giros al hablar de mi novia!

—Papá, ¿no viste salir a un señor chino? Dice que es Xu Fu. ¡Me llevó al pasado con su magia! Conocí a una niña, mi novia, Celia...

Él me sonrió con cara de búho que nada entendía y trató de cortar la conversación para irnos, haciéndome un gesto con la mano para salir del lugar.

—¿Novia imaginaria? ¿Apareció Xu Fu en La Habana? ¡Wow!

“¡Hum, mi papá no me toma en serio!”. Pensé y en tono de regaño con broma, me quejé mientras salíamos de la habitación del chino.

—¡Daddy!!

Entonces él buscó congraciarse, mientras me impulsa, cariñosamente, por la espalda para irnos ya.

—Es broma. ¿Celia? Ese es un lindo nombre. ¿Por qué no vamos a la Casa del Chocolate?

Y salimos de aquel sitio digno de una película y mientras me alejaba, sentía que una parte de mí había quedado adentro.

—Fue una aventura tremenda. ¿Alguna vez tendré otra así?

—La magia vive en ti. Es la primera de muchas. —Me expresó con el cariño de siempre.

Dos cuadras después, sucedió lo menos esperado, Xu Fu o un hombre idéntico a él, pero vestido como cualquier cubano con camisa, pantalón y una bolsa con varias barras de pan se acercaba mientras caminaba en dirección opuesta a nosotros. ¡Y hasta saludó a mi papá con un gesto de manos! ¡Y mi papá se lo correspondió! Xu Fu guiñó un ojo y siguió su camino. Emocionado, le dije a mi padre:

—¡Daddy! Ese es Xu Fu, ¿no lo reconociste?

Mi papá se volteó sonriendo, miró al anciano y regresó la vista a mí.

—Solo se parece. Tranquilo.

Aún no me recuperaba de la sorpresa y miraba al anciano alejarse, cuando escuché el timbre de una bicicleta infantil y al darme la vuelta no di crédito a lo que veían mis ojos. ¡Celia y su amiguita se acercaban montando bicicletas en la calle adoquinada!

Celia, hermosísima, al pasar junto a mí, me reconoció, detuvo su bici, quedando tan congelada como yo por unos segundos, hasta que sonrió en grande y sus pupilas brillaron. Su amiguita Yusy —según supe después, ese era su nombre— me reconoció también y dijo en un tono altísimo, haciendo gestos chistosos.

—¿Ese no es el youtuber mejicano que a ti te gusta? ¡Aydioooo, “Tito Reacciona” está en Cuba!

Celia se volteó hacia a Yusy y le sonrió feliz, mordiendo su labio inferior. No se lo podía creer. También sonreía, disimulando mi timidez. Yusi agitó a su amiga, embullándola.

—¡Dale niña! ¡Aprovecha!

Celia bajó del asiento y con una patadita puso la pata de metal para sostener la bicicleta. Sin dejar de mirarla le dije a mi papa:

—Daddy... ella es Celia.

Ella, caminando hacia mí, le sonrío a mi papá, para luego llevar la vista al niño con ojos de “bueno, bueno... qué tenemos aquí” y me dijo, en un tono coqueto:

—¡Hola “Tito Reacciona”!

Yo estaba como con alas en la espalda. Más feliz, imposible. Celia estalló de alegría en su risa y mirada, y nos dimos un fuerte abrazo con cariño infantil, o casi infantil.

¡Y por ahora dejo aquí la historia de mis aventuras en Cuba! Ya me han preguntado que cuándo van a aparecer los piratas y mis aventuras bajo el mar. Imagínate que todo un libro ocurrió, gracias a la magia, el primer día de estancia en Cuba. Sin dudas, por lo que veo habrá que seguir contando de los fantásticos acontecimientos en la reina del Caribe donde había nacido papá.

Espero te haya gustado mi narración y si veo mucho interés una vez se publique este libro, contaré qué pasó cuando llegamos al mágico Viñales y su Puerto Esperanza. Si lo que pasó antes con Xu Fu les pareció increíble, lo que vino después los dejará fritos.

Con amor,

TITO REACCIONA

< indice >

Estoy seguro que un personaje cubano-mexicano que lucha por la justicia, la dignidad, la soberanía, la solidaridad, que utiliza las formas de decir de la infancia de hoy, tiene que ser un éxito. En *El diario de Tito Reacciona: Aventuras en Cuba* encontramos cómo de una forma brillante, con los códigos de los superhéroes que la industria hegemónica emplea para someter-nos, con ese instrumental perverso, se ha logrado articular una herramienta para la defensa de la emancipación y de valores universales. Tiene un enorme valor, porque es cubano y mexicano, pero también es de nuestra América, y tiene un componente universal. Recordemos que José Martí dijo “Patria es humanidad” y eso late en *Tito Reacciona*, como la piedra angular de su universo creativo.

La presencia de China es también destacada y simpática, con ese guía espiritual y mago milenario que es Xifu, que pone al protagonista a viajar en el tiempo para encontrarse con Celia, la cubana encantadora, en busca del sentimiento más noble, el amor. Los chinos tuvieron un valiente desempeño en nuestras luchas; dijo uno de los arquitectos clave del movimiento independentista de Cuba, y muy amigo de Martí, Gonzalo de Quesada, “nunca hubo un traidor, ni un desertor chino”. Las victorias de Cuba son también las de sus aliados, que no son pocos, pues este archipiélago ha sido punto de encuentro de muchas culturas, mezcladas en esa especie de ajiaco cultural, como diría don Fernando Ortiz.

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

